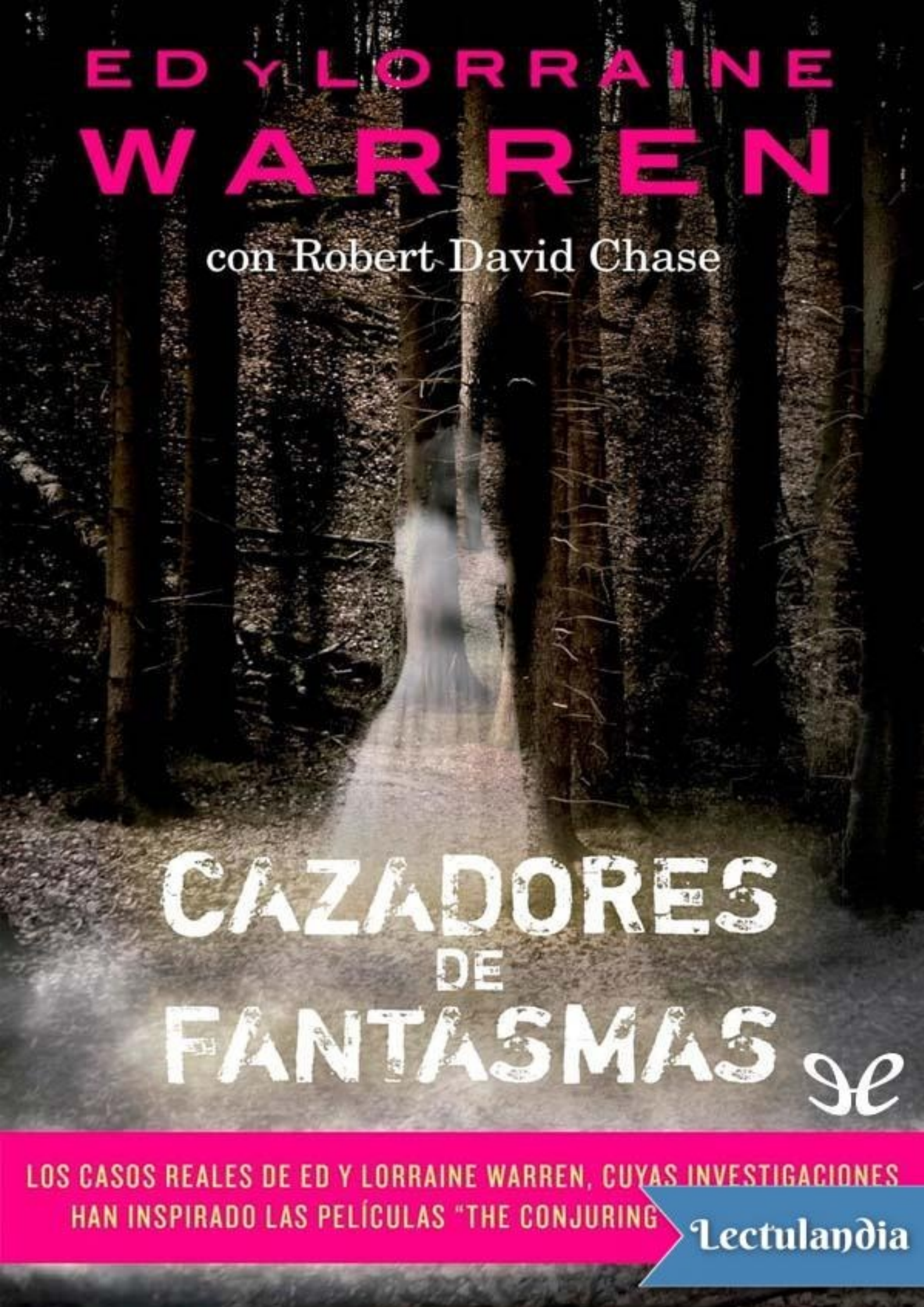




ED Y LORRAINE
WARREN

con Robert David Chase

CAZADORES
DE
FANTASMAS



LOS CASOS REALES DE ED Y LORRAINE WARREN, CUYAS INVESTIGACIONES
HAN INSPIRADO LAS PELÍCULAS "THE CONJURING"

Lectulandia

Los fantasmas están siempre activos, no respetan ningún límite y no tienen piedad. Ed y Lorraine Warren, los demonólogos más famosos y respetados del mundo, llevan décadas dedicados a explorar, documentar y certificar de un modo concluyente innumerables casos de fenómenos paranormales. Las extraordinarias experiencias de los Warren con el mundo sobrenatural han servido de inspiración tanto a libros como a películas de gran éxito como, por ejemplo, *Horror en Amityville*, *Extrañas apariciones*, *Expediente Warren* o *Annabelle*.

Desde la academia militar de West Point, en Nueva York, a las zonas rurales de Tennessee, *Cazadores de fantasmas* describe en primera persona los enfrentamientos de los Warren con lo desconocido y lo innombrable. En este libro encontrarás la historia de unas adolescentes que se dejan seducir por el satanismo y la *ouija*, para terminar siendo víctimas de espeluznantes espíritus; la de un pueblo aterrado por imparables fuerzas asesinas cuyo origen no puede ser otro que el mismísimo infierno; la de una casa familiar acosada por un furioso e implacable *poltergeist*... ¡La historia real de la casa de los horrores de Amityville! En total, catorce aterradores relatos cuya autenticidad te provocará escalofríos.

AA. VV.

Cazadores de fantasmas

Casos reales de los demonólogos más famosos del mundo

Ed & Lorraine Warren: 2

ePub r1.0

Titivillus 23.06.2025

Título original: *Ghost Hunters*
AA. VV., 1989
Retoque de cubierta: Titivillus
Prólogo: Javier Pérez Campos
Traductor: Daniel Aldea

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



PRÓLOGO

UNA VIEJA FOTOGRAFÍA

El niño mira fijamente desde una habitación vacía. Lo hace directamente a cámara, asomándose por el marco de la puerta, como si supiera del interés que suscita su rara presencia. Lleva el pelo a un lado, tapando parte la frente, y su boca marca una extraña expresión de desconcierto. Es como si estuviera aturdido, como si alguien lo hubiera despertado de un largo sueño. De hecho, parece llevar puesto un pijama. El mismo de la noche que lo mataron.

La fotografía captada por el equipo de Ed y Lorraine Warren en la casa de Amityville es una de las más aterradoras que he visto en mi vida. Y es que ése no es un lugar cualquiera, como tampoco lo es la habitación desde la que se asoma la inquietante figura infantil. Allí, en 1974, un joven de veintitrés años llamado Ronald DeFeo masacró a su familia al completo, y lo hizo con pasmosa premeditación. Primero vertió sedantes en la cena. Después, con los seis miembros ya dormidos, fue habitación por habitación y les disparó hasta la muerte. Eran las tres de la madrugada.

Acto seguido, con los cadáveres aún calientes, se dio un baño y se deshizo de algunas pruebas. Unas horas más tarde entró en el bar más cercano pidiendo ayuda. Afirmaba que había cometido un acto terrible. Ocurrió en el 112 de Ocean Avenue, en Amityville. Una casa que nunca volvió a ser la misma. Una casa con dos ojos por ventanas. Una casa maldita.

Sólo un año después, la familia Lutz se instaló en aquel inmueble. No conocían nada de la matanza de los DeFeo. Y aunque el precio era, como suele ocurrir en estos casos, sospechosamente bajo, les enamoró su estructura, su estilo colonial y el coqueto embarcadero de madera en el jardín.

Pero tan pronto como se mudaron, las cosas comenzaron a ir de mal en peor. George, el padre, empezó a comportarse de manera anómala. Según sus palabras posteriores, el espíritu de la casa fue cambiándole la personalidad e incluso el semblante. Se dejó barba y adquirió un aspecto desaliñado, se

mostraba irascible con facilidad... Por no hablar de los enjambres de moscas que surgían de la nada. O de la sustancia fangosa que aparecía en los cuartos de baño. O de las voces. O de la figura con rostro de cerdo que George vio una noche desde el exterior, asomándose a la habitación de su hija.

El terror fue haciendo mella en la pareja y los niños, hasta que una noche vieron una sombra descender por la escalera principal. Fue demasiado. Salieron de la casa como alma que lleva el diablo para no volver jamás. Sus cosas se quedaron durante meses tal y como las habían dejado aquella noche de horror: las camas deshechas, los platos de la cena sobre la mesa de la cocina, los juguetes sin recoger en las habitaciones de los niños...

El caso Amityville copó la portada de los principales periódicos, lo que provocó que aflorasen todo tipo de historias referentes a la vivienda. Por ejemplo, que se erigía sobre un antiguo mortuorio de los indios nativos shinnecock, o que en el sótano había una habitación roja que había sido sellada y de la que surgían voces que incitaban a matar. Lo cierto es que la estancia, durante años considerada legendaria, existe. De hecho, fue captada por un fotógrafo que la revista española *Interviú* envió al domicilio.

Pero si hablamos de fotos, debemos volver a la del niño. Un pequeño de unos seis años que asoma, curioso, por una habitación. Los Warren estuvieron allí tras la partida de los Lutz en una noche de investigación que a más de uno nos habría gustado vivir. Aquella madrugada, la casa pareció vomitar parte de su turbio y denso pasado. La foto es el ejemplo más claro. Todavía es objeto de disputa y siguen en liza diferentes teorías sobre quién podría ser la figura que asoma, precisamente, desde la habitación que ocupó John DeFeo, el más pequeño de la familia asesinada años atrás. Su aspecto corresponde con el que aparece en la imagen captada una jornada en la que allí no había niños. Ambos tienen un flequillo peinado hacia el mismo lado, unas cejas arqueadas, un rostro muy similar y compartirían, además, la edad.

La foto nunca estuvo exenta de polémica, pero Ed y Lorraine estaban seguros de que la metodología utilizada no permitiría lugar a la duda. Eso es algo que admiro y valoro profundamente de esta pareja de ya míticos investigadores de lo extraño. Su pericia. Su profundo entusiasmo. Su convencimiento. Sus agallas para defender su labor donde hiciera falta y ante quien fuera necesario. Creían de verdad en lo que hacían. Quizá por eso se ganaron el afecto de una sociedad cada vez más descreída y escéptica.

Ed y Lorraine lanzaron teorías que resultaron seminales para otras de gran calado que llegaron después. La mente, como elemento canalizador capaz de crear figuras con el poder del miedo colectivo. Un tulpa. Un ser fabricado con

los hilos invisibles de la mente de una sociedad concreta. Y es que, a pesar de creer en los fenómenos paranormales, buscaban formas de racionalizarlos lo máximo posible. Porque la fe y la ciencia no están reñidas. Y ellos no ocultaban ninguna de sus facetas. Creían que, complementándolas, podían llegar a soluciones.

Pero veréis, por encima de los métodos empleados o de las teorías que enunciaron, hay algo en el trabajo de los Warren que valoro por encima de todo porque sé de lo que hablo. Llevo una década investigando misterios. Para ello recurro a todas las disciplinas posibles. He llegado a acudir a casas donde manaba sangre de las paredes con miembros del CSIC para recoger muestras y analizarlas en laboratorio. Y aunque cada caso es un mundo, hay un denominador común: la angustia de las familias que viven en esos domicilios presenciando una realidad que se les escapa.

Sé que Ed y Lorraine, con su respeto y su implicación personal, pudieron dar calma a cientos de testigos. Y, creedme, aunque sólo fuera por eso, su labor ya habría merecido la pena.

Recientemente, Lorraine nos ha abandonado. Pero ha dejado todo un legado para que no olvidemos la importancia de creer de verdad en lo que uno hace. Ahí tenemos las piezas de su museo, que son historia de una época. También está su maravillosa familia, que, estoy seguro, velará mejor que nadie por su legado.

Ahora Ed y Lorraine, reunidos de nuevo, estarán buscando nuevos misterios. No me cabe duda. Nosotros, gracias a sus libros, quizá podamos siquiera atisbarlos.

Y para mí eso ya sería suficiente.

JAVIER PÉREZ CAMPOS
Ciudad Real,
2 de julio de 2019

INTRODUCCIÓN

No era el tipo de historia que uno esperaría encontrar en *The New York Times*. Tampoco era el tipo de historia que uno esperaría de la institución militar más prestigiosa de EE. UU., West Point.

Y aun así, los periódicos, los noticiarios televisivos y los programas de radio de todo el mundo difundieron durante cuatro días las últimas noticias sobre la infestación demoníaca que asediaba West Point. El apelativo «infestación demoníaca» es la versión políticamente correcta del término «fantasmas».

En el centro de esta historia en desarrollo, que muchos responsables gubernamentales esperaban que desapareciera pronto, había un matrimonio de mediana edad compuesto por Ed y Lorraine Warren. Lo que más atrajo la atención de la opinión pública sobre esta pareja fue su profesión. Ed y Lorraine eran demonólogos que habían dedicado su vida al estudio de los sucesos sobrenaturales y ocultos.

Aunque, tal vez, la palabra «estudio» se quede demasiado corta, pues sugiere que los Warren se pasaban la mayor parte del tiempo descifrando minuciosamente polvorientos volúmenes llenos de antiguas y macabras tradiciones.

De hecho, los Warren han viajado por todo el mundo y han participado en todo tipo de actividades sobrenaturales, desde presenciar violentos fantasmas arrojando hachas a seres humanos hasta prestar ayuda a sacerdotes en los ritos del exorcismo.

Mucho antes de que la prensa mundial los «descubriera» en West Point, Ed y Lorraine eran muy conocidos por las personas que habían recurrido a ellos en busca de ayuda, desde detectives de la Policía, quienes habían utilizado los poderes psíquicos de Lorraine para resolver varios asesinatos, a estrellas de cine preocupadas porque sus hogares pudieran estar poseídos.

En numerosas ocasiones habían puesto en peligro sus propias vidas. Muchas veces se habían encontrado atrapados en las garras del mundo de los

espíritus. Muchas veces se habían visto obligados a ayudar a personas que las autoridades —gubernamentales, médicas y religiosas— habían abandonado.

Veamos, ¿quiénes son estas dos personas que ayudaron a los responsables de West Point a resolver el problema que tenían con los fantasmas?

Los Warren pasan ambos de los sesenta y llevan casados más de cuarenta años. En la actualidad, Ed es director de la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra. Su interés por la demonología se remonta a su infancia, cuando descubrió que la casa de sus padres estaba poseída. De niño, veía asiduamente objetos volando por la casa, e incluso fue testigo de algunas apariciones, es decir, personas reales que se le aparecían.

La experiencia de Lorraine con lo paranormal también empezó muy pronto. De niña, veía una luz alrededor de la cabeza de la gente. Más tarde, descubrió que aquellas luces eran auras. Cuando conoció a Ed, tuvo una experiencia similar: «La noche que me lo presentaron, al principio vi a un joven atlético de dieciséis años de pie delante de mí. Pero, entonces, tuve una visión premonitoria y vislumbré a un hombre más corpulento y canoso; supe inmediatamente que aquel era el futuro Ed. También supe que pasaría el resto de mi vida con él».

Ed y Lorraine se conocieron durante la segunda guerra mundial. Ed fue la escuela de arte, mientras que Lorraine se formó como artista autodidacta. Su hija Judy nació mientras Ed todavía estaba de servicio. Después recorrieron el país en un Chevrolet Daisy del 33, con un pastor alemán en el asiento trasero. «Nos gusta pensar que fuimos los primeros hippies —dice Ed en tono jocoso—. Pero nunca hemos perdido el interés por las apariciones y la demonología. La gente suele sorprenderse de la influencia que el mundo sobrenatural y de lo oculto ejerce sobre sus vidas. Muchos casos de supuestas enfermedades mentales en realidad son el resultado de posesiones. Y muchos casos de asesinato son el resultado de una posesión demoníaca. Desde el principio, tomamos la firme decisión de investigar todos los sucesos extraños de los que tuviéramos noticia.

»Con los años, nos ganamos la reputación de serios especialistas en incidentes de este tipo. Gracias a nuestra experiencia directa con demonios, también aprendimos a lidiar con ellos».

Posteriormente, los Warren participaron en el que probablemente sea el caso de infestación demoníaca más popular de EE. UU.: Amityville. Aunque expresan su disgusto por el hecho de que «en el libro se exageraran algunas cosas o se dejaran fuera otras», consideran que la historia de Amityville hizo que muchos escépticos reconsideraran su postura.

Su fama no ha hecho más que aumentar. Se han escrito varios libros sobre ellos: *Deliver Us From Evil* de J. F. Sawyer o *The Demonologist* de Gerald Brittle. Los Warren también aparecen de forma destacada en *The Haunted*, un aterrador ejemplo de infestación demoníaca sobre la cual presentamos nuevos datos en este libro. Además, cientos de artículos y dos programas de televisión propios han terminado de situar a los Warren en la palestra. Hace algunos años, la cadena NBC produjo una película para la televisión basada en uno de sus casos. Incluso el mundo académico ha llamado a su puerta; Ed y Lorraine han impartido cursos de demonología en la Universidad Southern Connecticut State.

«El mensaje más importante que queremos transmitir al público — aseguran los Warren— es que existe un inframundo demoníaco y que, a veces, puede ser un problema profundamente aterrador para la gente».

Según nos cuentan, en ese inframundo demoníaco conviven tanto espíritus humanos como inhumanos. Los espíritus humanos, que con anterioridad a su muerte recorrieron la tierra como individuos, pueden tener intenciones positivas o negativas. Por el contrario, los espíritus inhumanos nunca han tenido una existencia corpórea y se dedican a vagar por la tierra oprimiendo o poseyendo a los espíritus humanos. Estos espíritus inhumanos pueden representar fuerzas elementales (o naturales), poderes demoníacos o incluso al propio diablo.

En *Cazadores de fantasmas* se presentan algunas de las investigaciones más aterradoras y desconcertantes del matrimonio Warren. Entre muchos otros, descubrirás el caso de una adolescente acosada sexualmente por un demonio, el de una pequeña localidad estadounidense afligida por las fuerzas satánicas, el de una estrella de cine con el presentimiento de que en una determinada casa le espera un destino oscuro y el de la mítica criatura Bigfoot, con quien los Warren tuvieron un encuentro casi trágico en un bosque sombrío.

Cazadores de fantasmas ofrece pruebas irrefutables de que el «inframundo demoníaco» del que habla Ed realmente existe, y de que influye en nuestra vida cotidiana mucho más de lo que nos gustaría admitir.

Esto lo podrían confirmar las personas que estuvieron involucradas en el caso West Point. A pesar de que el interés en esta historia ha ido disminuyendo con el paso del tiempo, aquí descubrirás nuevos detalles sobre el caso. Una historia que los oficiales de la academia militar, pese a no poder confirmar abiertamente, tampoco pudieron negar.

Por muy sorprendentes, inquietantes y desconcertantes que puedan resultar estas historias, los Warren las han vivido todas ellas en primera persona y saben que son ciertas.

Únete a nosotros en un viaje de pesadilla de la mano de los demonólogos más experimentados y célebres del planeta: Ed y Lorraine Warren.

ARCHIVO DEL CASO WEST POINT

No hay ninguna institución en Estados Unidos más respetada que West Point, situada en el estado de Nueva York. Fundada en 1802, después de que el mismísimo George Washington sugiriera la conveniencia de crear una academia de esta índole, la historia de West Point no tiene parangón con ninguna otra institución semejante en el mundo.

Entre sus graduados encontramos a líderes tan famosos como Stonewall Jackson, Robert E. Lee y Dwight David Eisenhower.

«The Point», como se la conoce entre sus graduados, tiene la merecida reputación de producir hombres y mujeres con un adiestramiento que les enseña a ser obstinados y pragmáticos, y a rechazar todo aquello que tenga que ver con la fantasía. Teniendo esto en cuenta, podéis imaginar cuál fue nuestra reacción cuando uno de estos obstinados pragmáticos nos dijo que había fantasmas rondando por algunos de los edificios de la academia...

Corría el año 1972. Por entonces, Lorraine y yo teníamos un agente que nos ayudaba a programar las conferencias que dábamos. Antes de descubrir la existencia de fantasmas en West Point, nuestro agente había programado una charla en la academia a petición tanto del personal directivo como de los estudiantes. Nos sentimos profundamente halagados. Como la mayoría de los estadounidenses, Lorraine y yo sentimos un gran respeto por nuestras academias militares. De modo que nos emocionó especialmente que estuvieran interesados en saber sobre nosotros y nuestro trabajo.

Aceptamos la invitación de inmediato y nos dijeron que el mismo día un vehículo militar nos recogería en nuestra casa.

Son pocos los compromisos que nos ponen nerviosos; estamos acostumbrados a hablar frente a todo tipo de público. Sin embargo, en aquella ocasión, los dos admitimos sentir cierta aprehensión a medida que se acercaba el día.

Después de todo, estábamos hablando de West Point.

—Ed Warren

Lorraine esbozó una sonrisa al ver el «coche» que les habían enviado desde West Point. Aquel tipo de limusina sólo la había visto antes en el cine: oscura, elegante, colosal. Parecía fuera de lugar frente a la modesta casa que los Warren habían terminado de construir a principios de aquel mismo año.

Por la expresión de Ed, Lorraine supo que él se sentía igual que ella; algo aturdido e intimidado.

De la limusina bajó un chófer alto y recto como un palo enfundado en un uniforme del Ejército. El hombre les abrió la puerta y los Warren subieron al vehículo mientras cruzaban una mirada de nerviosismo.

Durante las horas siguientes, recorrieron algunos de los parajes más hermosos del país, colinas y valles rurales abrasados, pese a estar en el mes de octubre, por un tórrido sol otoñal. Sólo se oía el zumbido del motor de la limusina; el sistema de aire acondicionado los mantenía frescos. Los mullidos asientos de piel parecían envolverlos en la comodidad y el lujo.

El chófer sólo hablaba cuando le interpelaban directamente. De lo contrario, se dedicaba a mantener las manos en el volante y los ojos en la carretera. A Lorraine le asombró su porte militar. Si aquél era un ejemplo del adiestramiento de West Point, estaba realmente impresionada.

Cuando la limusina alcanzó la cima de una colina, Lorraine divisó por primera vez la academia militar. Se quedó literalmente sin habla. Jamás había visto algo tan hermoso.

Situado en una parte de las 6000 hectáreas propiedad del Ejército en el estado de Nueva York, junto a la orilla del río Hudson, West Point da la impresión de ser una enorme fortaleza de piedra, ladrillo y mortero al margen de la civilización. Aunque, de hecho, la academia está a sólo 80 kilómetros de la ciudad de Nueva York.

A los visitantes que llegan a The Point por primera vez se los acompaña al Washington Hall, un enorme edificio situado frente a la plaza de armas.

Aquel día, mientras la limusina recorría los terrenos de la academia, Lorraine se sintió abrumada por el peso de la historia. Las banderas estadounidenses ondeaban movidas por una suave brisa y los cadetes desfilaban en perfecta formación. Le agarró la mano a Ed y comprendió que él se sentía igual que ella.



La primera parte de la visita de los Warren consistió en un recorrido con el mayor Ron Price haciendo de guía. Los Warren pudieron ver de primera mano la evolución que había sufrido West Point a lo largo de su historia, pasando de unos pocos edificios hasta el gigantesco complejo que es hoy en día.

Durante la visita, el mayor Price, un perfecto ejemplo de los típicos modales de West Point, les hizo muchas preguntas sobre su trabajo. El oficial parecía especialmente interesado en su experiencia con los fantasmas.

Los Warren no tardarían mucho en descubrir el motivo.

Cuando terminaron el recorrido, el mayor Price les pidió a los Warren que le acompañaran a la residencia del superintendente Francis Dunbar. En The Point, el superintendente es siempre un teniente general del Ejército que está al cargo de las 6000 hectáreas de terreno, de la base militar y de la propia academia.

La residencia de Dunbar era el antiguo hogar del coronel Sylvanus Thayer, el superintendente de West Point de 1817 a 1833. La primera impresión que Lorraine tuvo de la casa, un edificio de ladrillo blanco de estilo federal, fue bastante positiva.

No obstante, a medida que se acercaba a ella, e incluso antes de que el mayor Price le hablara de los problemas asociados con ella, Lorraine empezó a temblar ligeramente y a oír el distante pero inconfundible lamento de los espíritus afligidos, un lamento que a menudo suele resonar en los oídos de las personas con dones psíquicos.

El mayor Price no se anduvo por las ramas. Mientras entraban en la casa, les relató los numerosos incidentes extraños que habían tenido lugar allí durante el último año. Diversos testigos habían presenciado cómo unas manos invisibles deshacían una cama. Tras volver a hacerla, una fuerza invisible volvía a deshacerla pasados sólo unos minutos. Solamente por eso, y por muy urgente que fuera el asunto que debían tratar con el general Dunbar, varios

miembros del personal de la academia evitaban a toda costa acercarse a la casa Thayer.

Pero había otros problemas aún más preocupantes.

Durante su dilatada experiencia como investigadores paranormales, los Warren se habían topado muchas veces con casos de «aportes». Casi siempre, los aportes son objetos que demuestran la existencia de seres sobrenaturales.

El mayor Price les mostró una tabla de madera para cortar pan. En el centro de la tabla había una zona húmeda del tamaño aproximado de una rebanada de pan. Por mucho que se secara la tabla (y se habían utilizado diversos métodos para ello), la mancha húmeda se negaba a desaparecer. Y llevaba allí varios meses.

Al ver la tabla de madera, Lorraine supo con certeza que las sensaciones que la embargaban —un ligero escalofrío, el distante lamento, el extraño juego de luces y sombras en los rincones de la casa— eran un indicio de la presencia de entidades sobrenaturales. El mayor Price corroboró sus sospechas al revelarles que tanto el general Dunbar y su esposa como algunos invitados que habían pasado la noche en la casa habían sido testigos de apariciones.

La letanía de pruebas no les sorprendió lo más mínimo a Lorraine y Ed. La presencia de fantasmas era evidente no sólo por las apariciones, sino también por los golpes en las paredes, las puertas que se cerraban solas y, tal vez lo más embarazoso de todo ello, por el registro de las pertenencias personales de los invitados. Todo, desde carteras a joyas, se había movido de una parte de la casa a otra. La ropa había sido arrancada de las perchas y sacada de los cajones.

No cabía ninguna duda.

La residencia del general Dunbar estaba infestada de fantasmas. Aún quedaba por determinar tanto su naturaleza como su propósito.



Una hora más tarde, Lorraine empezó a recorrer la casa, habitación por habitación, intentando entrar en contacto con los fantasmas que habían visto tanto el general como sus amigos. Si bien no siempre es posible contactar con el reino de los espíritus, Lorraine estaba segura de que su experiencia le permitiría descubrir lo que estaba ocurriendo en aquel lugar.

Sin embargo, su optimismo inicial no tardó mucho en verse considerablemente rebajado; en las tres primeras habitaciones que registró no

obtuvo ninguna respuesta por parte de los espíritus. Temió que el comandante Price empezara a dudar de sus dones especiales.

El proceso se repitió en cada una de las habitaciones: Lorraine se colocaba en el centro de la estancia y «escuchaba» mediante diversos medios cualquier evidencia de actividad psíquica. Nada.

La cuarta habitación le deparaba una sorpresa. Lorraine se sentó en una hermosa mecedora y cerró los ojos. Inmediatamente experimentó el aumento del ritmo cardíaco y de las sensaciones áuricas que suelen acompañar al contacto con fantasmas.

De forma inexplicable, sintió una presión en el brazo, como si alguien la tocara suavemente. Lorraine supo con absoluta certeza que había una presencia sobrenatural en la habitación, pero lo que vio fue tan sorprendente que estuvo a punto de no contárselo a nadie.

—¿Sabe si el presidente Kennedy estuvo alguna vez en esta habitación? —le preguntó a uno de los ayudantes del comandante.

El ayudante pareció sorprendido.

—La verdad es que sí —dijo—. Se alojó aquí durante su visita a West Point.

Lorraine confirmó de ese modo que su emanación había sido válida.

Había sentido y vislumbrado la imagen del presidente Kennedy de pie junto a ella, y éste le había tocado suavemente en el hombro para indicarle que levantara la vista y le mirara. Lorraine había sido una admiradora del presidente asesinado durante toda su vida. Se sintió embargada por una tristeza abrumadora mientras permanecía sentada en la mecedora, la misma en la que John Fitzgerald Kennedy, con sus conocidos problemas de espalda, se había sentado.

Tras abandonar la habitación donde había dormido Kennedy, Lorraine tuvo la sensación de haber resuelto el enigma sobre la identidad del fantasma de West Point. Sin embargo, mientras recorría el amplio y soleado corredor, sintió nuevas emanaciones que parecían mucho más inquietantes que las que habían acompañado a la imagen del presidente Kennedy.

Había otros fantasmas en aquella venerable casa. Su trabajo aún no había terminado.



«En cuanto entré en el dormitorio principal —explicó Lorraine Warren más tarde— supe que la casa estaba siendo perturbada por una presencia

femenina. En aquel momento, sólo sabía eso, pero después de media hora en la habitación, descubrí muchas más cosas».

Con Lorraine y Ed, además del comandante Price y su ayudante, reunidos en el dormitorio principal, la investigación se centró en diversas piezas de porcelana y estatuas de la estancia, muchas de las cuales databan de la guerra de Independencia.

«Cuando toqué las piezas, empecé a recibir una señal confusa —explicó Lorraine—. La porcelana, que tenía más de doscientos años de antigüedad, no desprendía ninguna emanación específica, pero las piezas de porcelana y la colección de estatuas más recientes me transmitieron la imagen de una mujer muy dominante y de carácter fuerte.

»Salí de la habitación y me dediqué a recorrer el resto de la casa durante un rato. La imagen de la mujer dominante me acompañó durante el recorrido. Me di cuenta de que era ella la que estaba perturbando la atmósfera de la casa, la que deshacía las camas y movía las pertenencias personales en las habitaciones de los huéspedes».

En una pequeña habitación auxiliar, Lorraine permaneció un rato de pie mientras la presencia femenina ocupaba el umbral de la puerta.

«Sabía que la mujer era un espíritu celoso y posesivo que pensaba que la casa le pertenecía y a quien le molestaba cualquier persona que viviera en ella. No era un espíritu peligroso, pero sí problemático.

»Regresé a la habitación de antes y le dije al ayudante del comandante lo que había descubierto».

—Muchas piezas de porcelana que hay aquí pertenecían a una mujer de carácter muy fuerte, ¿verdad?

Sorprendido, el ayudante le explicó que, entre un matrimonio y otro, la esposa del general Douglas MacArthur había vivido en aquella casa. Había sido una mujer insegura y algo iracunda cuya misión suprema en la vida fue la de administrar la casa Thayer como nadie lo había hecho antes.

El personal de servicio le tenía miedo, e incluso los oficiales se acongojaban ante su severa presencia.

De este modo quedó resuelta la presencia del segundo espíritu... así como algunos de los comportamientos más perturbadores que habían tenido lugar en la casa durante el año anterior.

No obstante, cuando Lorraine siguió recorriendo el resto de las estancias, reparó en otra presencia que, comprendió, era la auténtica fuente de los escalofríos que había sentido de forma intermitente durante todo el día.

JFK había sido un espíritu muy amistoso; la señora MacArthur, aunque entrometida y con tendencia a gastar bromas, también era esencialmente benigna, sin ningún aspecto especialmente peligroso.

Pero había algo más en el aire...

Lorraine percibía... violencia.

Continuó recorriendo la casa, deteniéndose en cada una de las habitaciones para tocar los muebles y las envejecidas molduras que habían adquirido una pátina pulida.

La sensación de... violencia... no la abandonaba.

En aquel lugar había sucedido algo terrible...

Y la persona involucrada en dicha violencia todavía deambulaba por el vestíbulo y se ocultaba en las tenebrosas sombras que poblaban cada una de las gélidas habitaciones.

Sin embargo, al no disponer de ninguna prueba concluyente más allá de su intuición, Lorraine se rindió y condujo al resto del grupo hasta el comedor, donde iban a disfrutar de un banquete elaborado con orgullo por el mejor restaurante de la zona.

Por la tarde, Ed y Lorraine dieron una larga conferencia a la audiencia de West Point, compuesta tanto por oficiales y las esposas de éstos como por cadetes.

Los Warren descubrieron a un grupo fascinado no sólo por la charla y las diapositivas que ponían en evidencia diversos casos de actividad paranormal, sino también más que dispuesto a tomarse en serio tales fenómenos.



Al final de la velada, varios oficiales y sus esposas preguntaron a los Warren si estarían dispuestos a regresar a la casa Thayer para intentar establecer contacto con los espíritus que Lorraine había descrito.

Desconcertada y consternada por la enojada presencia que había percibido en la casa, Lorraine no pudo negarse a la invitación.

En el dormitorio principal, los participantes se sentaron en el suelo formando un semicírculo alrededor de la cama. Los oficiales se desabrocharon el cuello de los uniformes mientras Lorraine cerraba los ojos y daba comienzo al difícil y, a veces, aterrador proceso de contacto con la otra dimensión terrenal.

Casi de inmediato Lorraine sintió una gran energía en la habitación, una señal inequívoca de la presencia de un espíritu. Supo sin lugar a dudas de que la señora MacArthur estaba allí. Lorraine, que estaba sentada al borde de la

misma cama en la que había dormido la señora MacArthur, empezó a ver con mayor claridad a la mujer.

Todo lo que había supuesto aquella tarde acerca de ella (su carácter inseguro y tirano cuya presencia pretendía desafiar el derecho de Lorraine a estar allí) quedó confirmado. Pero la fuerte voluntad de Lorraine no tardó en desterrar a la señora MacArthur, y durante la siguiente media hora, los miembros de West Point y los Warren disfrutaron de un placentero debate sobre el mundo sobrenatural.

Fue realmente emocionante —comentó Ed— presenciar a los futuros líderes de nuestro país sentados en el suelo, vestidos con su atuendo militar, haciéndonos preguntas. Nadie se mostró avergonzado. Algunos de ellos se dieron cuenta, junto a Lorraine y a mí, cuando la presencia de la señora MacArthur entró en la habitación. Y entonces nos hicieron muchas más preguntas sobre cómo podían contactar ellos con la otra dimensión.

A última hora de la noche, algunos invitados les pidieron a los Warren su dirección para poder recibir más información sobre temas sobrenaturales.

Lorraine nunca se había sentido tan orgullosa de los dones que tanto ella como Ed compartían desde hacía años.

No obstante, justo cuando estaban a punto de irse, pues la limusina ya estaba preparada en un garaje próximo, Lorraine miró por la ventana y vio una aparición en la plaza de armas bañada por la luz de la luna: un hombre negro enfundado en un uniforme de principios de siglo, sin galones ni insignias de ningún tipo (como si hubiera sido despojado de todos sus privilegios), miraba con semblante triste hacia la casa Thayer.

Aquella era la airada presencia que Lorraine había percibido de forma instintiva durante todo el día.

—¿Quién eres?

—(*Sin dejar de mirarla*). Me llamo Greer.

—Estás afligido por algo.

—(*La presencia ayudó a Lorraine a formar una imagen en su mente: una pequeña habitación, parecida a una celda, donde el hombre parecía estar confinado*). No soy libre.

—¿Qué te pasó?

(*Una abrumadora sensación de dolor. Greer, enfundado en su uniforme sin insignias, volvió a mirar a Lorraine con sus tristes ojos y luego desapareció*).

—Greer —quiso decirle Lorraine—, Greer, puedo ayudarte.

Pero el hombre ya no estaba allí; se había marchado.



Mientras los Warren esperaban la limusina en la cálida y húmeda noche otoñal, Lorraine le habló a uno de los asistentes del comandante acerca de Greer. Cuando le describió el uniforme, el asistente sacudió la cabeza.

—En aquel entonces no había gente negra en West Point.

Lorraine y Ed se marcharon a casa inquietos.



En realidad, la aventura en West Point tuvo dos finales.

Una semana después, el asistente con quien Lorraine había compartido la historia de Greer telefoneó para decirle que había estado investigando un poco y que, de hecho, había habido un hombre negro en West Point durante la época que Lorraine le había descrito. Efectivamente, su nombre era Greer, y había matado a otro hombre. Aunque era culpable del asesinato, Greer había sido absuelto y exonerado por un tribunal militar.

En cuanto el asistente le reveló aquello, Lorraine comprendió quién era Greer: un espíritu enojado y triste que no podía aceptar su propia culpa y que, por tanto, vagaba por West Point aterrorizando a la gente sin pretenderlo. La gente percibía su rabia, probablemente la rabia que sentía hacía sí mismo por lo que había hecho, y se sentía aterrorizada por ella.

De modo que el espíritu atribulado fue identificado y explicado. Los habitantes de West Point agradecieron a los Warren su valioso trabajo.

Pero después se produjo el otro final. Gracias a una filtración de la Marina que pretendía dañar la imagen del Ejército, *The New York Times* publicó un artículo sobre la presencia de fantasmas en West Point. Poco tiempo después, la prensa internacional se hizo eco de la noticia.

En todos los artículos se mencionaba a los Warren en un lugar destacado, lo que hizo que se convirtieran en personas famosas. Se duplicaron las peticiones de conferencias, y los programas de televisión, que anteriormente habían mostrado muy poco interés por ellos, ahora les suplicaban para que les concedieran una entrevista.

Lorraine Warren se ríe al recordar el caso.

«Conocimos a mucha gente maravillosa en West Point. Algunos incluso siguen siendo muy buenos amigos nuestros. Pero ¿sabes lo que jamás olvidaré? La limusina. Créeme, ¡fue increíble!».

ARCHIVO DEL CASO EL ASESINATO MÁS VIOLENTO

Durante las últimas décadas, diversos Departamentos de la Policía le han pedido ayuda a Lorraine para identificar y localizar a asesinos. Pero, de entre todos los casos, tal vez el que le resultó más difícil de resolver fue el de una joven y hermosa mujer que acababa de ser madre. El caso sigue produciéndole pesadillas, los detalles resultan tan espeluznantes que ni siquiera el tiempo es capaz de atenuar la terrible realidad.

—Ed Warren

2 DE ABRIL

Lorraine y Ed han dado muchas conferencias en universidades (según diversas organizaciones estadounidenses, Ed y Lorraine son dos de los oradores más populares). En aquella ocasión, varios miembros de la facultad estaban especialmente interesados en los fenómenos parapsicológicos y creían que sus alumnos eran un público particularmente adecuado para los Warren.

Era un día lluvioso en el sur del país en el que las primeras flores apenas comenzaban a brotar. Lorraine y Ed estaban de pie frente a un aula repleta, mostrando diapositivas de diversas apariciones que habían logrado inmortalizar a lo largo de los años.

En el transcurso de la presentación, Lorraine vio como un hombre mayor, tocado con un sombrero de ala ancha y enfundado en una gabardina empapada, entraba silenciosamente en el aula, se apoyaba en la pared y observaba la diapositiva con especial atención. No tenía aspecto de estudiante ni de profesor.

Terminada la clase, mientras muchos de los estudiantes se acercaban a los Warren para hacerles más preguntas, el hombre avanzó hasta la parte frontal del aula y tomó asiento en un escritorio. Esperó pacientemente mientras los Warren atendían a los estudiantes; en ningún momento apartó sus solemnes ojos azules de Lorraine.

Cuando el último estudiante se hubo marchado, y mientras los Warren recogían las bandejas de diapositivas, el hombre se adelantó y se presentó.

—Soy el detective Mel Peterson —dijo—. Me gustaría saber si podría hablar con usted sobre un caso en el que estoy trabajando.

—Por supuesto —repuso Lorraine, dándose cuenta de lo preocupado y sombrío que parecía el detective.

Quince minutos después, en la cafetería de la facultad, el detective Peterson les explicó someramente las dificultades que estaba teniendo para resolver un caso de homicidio.

Tres semanas atrás, en una ciudad cercana, había aparecido el cuerpo medio desnudo de un ama de casa de veintisiete años. El asesino no había mostrado piedad alguna.

En sus diecinueve años en el cuerpo, Peterson jamás había sido testigo de un asesinato tan salvaje.

Sin embargo, no le dio a Lorraine ningún detalle.

—Quiero que empiece de cero. No quiero que algo que pueda decirle condicione su forma de ver las cosas.

Lorraine sonrió. Estaba acostumbrada a aquel tipo de enfoque por parte de los oficiales de la Policía. Lo que el detective le estaba diciendo realmente era que quería que Lorraine aportara sus propias pruebas, que reconstruyera, a través de sus propios métodos, el guion del asesinato tal y como había hecho la policía. Sólo entonces el detective sabría que sus dones clarividentes eran reales. Curiosamente, incluso los detectives que recurren con regularidad a médiums son escépticos respecto a los dones paranormales.

—Me gustaría consultarlo con la almohada —dijo Lorraine mirando a Ed de refilón.

—Mi mujer suele tener problemas con los homicidios —dijo Ed—. A veces la deprimen mucho.

El detective asintió.

—Le agradecería mucho si pudiera ayudarnos. Me temo que la investigación está en un callejón sin salida. —Sacudió la cabeza—. Si viera las fotos de la joven... Era muy hermosa, y muy vulnerable. —El detective suspiró—. De verdad que no se lo merecía.

—¿Tiene una tarjeta? —le preguntó Lorraine.

El detective metió una mano en el bolsillo de la americana, sacó una tarjeta y se la dio a Lorraine.

—Entonces, ¿me llamará por la mañana?

Lorraine asintió.

—Por la mañana.

El detective se puso de pie. Era un hombre alto, y entonces jugaba ansiosamente con su sombrero. Parecía estar a punto de decir algo, pero el nerviosismo se lo impedía.

—Supongo que le parecerá cursi —dijo finalmente—, pero cuando entré en el aula tuve un buen presentimiento sobre usted, Lorraine. De verdad.

Y entonces se puso el sombrero y salió de la cafetería.

3 DE ABRIL

—¿Detective Peterson?

—Sí.

—Soy Lorraine Warren.

—Buenos días.

—No he dormido mucho esta noche.

—Lo siento.

—Ed no estaba exagerando. Trabajar en casos de asesinato me quita mucha energía.

—Lo mismo nos pasa a los detectives, Lorraine. Créame.

—Bueno, le he estado dando vueltas y también he rezado bastante. Supongo que no puedo dejarle en la estacada. Es decir, parece realmente conmovido por la muerte de esa joven.

—Así es.

—Entonces, ¿por qué no me dice dónde podemos vernos?

—Se lo agradezco sinceramente, Lorraine. De verdad.

4 DE ABRIL

Durante la mañana, Lorraine se reunió con miembros de las agencias de investigación local y estatal y también con el departamento del *sheriff*. Todos ellos le esbozaron las líneas generales de un horrible caso de homicidio.

Donna Zorn tenía veintisiete años y era la madre de un niño de dos y la esposa de un joven empresario que poseía un pequeño supermercado. Tras haber conseguido abrir la primera tienda, tenía la ambición de fundar una cadena de establecimientos.

Donna fue secuestrada en la tienda de su marido la noche en que fue asesinada.

Aparte de esa información, a Lorraine Warren no le dijeron nada más. Al mediodía, el detective Peterson se llevó a los Warren a almorzar. Frente a unas deliciosas hamburguesas vegetarianas y café, les mostró las primeras imágenes de Donna Zorn.

A Ed la joven le hizo pensar en una de sus películas favoritas, *Laura*, un clásico de los años cuarenta en el que el retrato de una mujer fallecida ejerce un poder hipnótico sobre el detective encargado de investigar su asesinato.

Donna Zorn había sido conmovedoramente hermosa, una mujer rubia que transmitía una vulnerabilidad casi frágil, con unos ojos azul claro y una sonrisa tímida pero atractiva. En la fotografía también aparecía Jennifer, su hija.

Al pensar en lo que le había ocurrido a Donna Zorn, en su muerte terrible y absurda, tanto Lorraine como Ed se sintieron invadidos por la ira y el remordimiento.

—Ahora sé que quiero ayudar —dijo Lorraine—. Quiero encontrar a los hombres que la mataron.

—Bueno, la llevaré al lugar donde encontraron el cuerpo. A ver si puede ayudarnos.

Poco después los tres salían del restaurante.



La escena del crimen era un terreno irregular y embarrado situado junto al caudal seco y sucio de un río. Coches oxidados y abandonados estaban parcialmente ocultos entre la alta maleza, y las ratas entraban y salían de las puertas descuajeringadas.

Lorraine se dedicó a recorrer la escena del crimen, deteniéndose cada pocos metros cada vez que una imagen empezaba a formarse en su mente. Por desgracia, durante la siguiente media hora, Lorraine no obtuvo ninguna información significativa.

Se dio cuenta del cambio que se producía en la actitud del detective Peterson. Había pasado de la fe absoluta al escepticismo en cuestión de minutos. Incluso empezó a hacer pequeñas bromas inocentes sobre los dones psíquicos.

La frustración de Lorraine era doble. No sólo quería demostrarle al detective, debido a un comprensible orgullo humano, que sus poderes psíquicos eran auténticos, sino que también deseaba encontrar a los hombres que habían matado a Donna Zorn. De un modo inexplicable pero poderoso, Lorraine ya sentía un vínculo especial con la joven.

Tras cuarenta y cinco minutos en los que Lorraine fue incapaz de evocar ni una sola imagen psíquica útil, Peterson sugirió que regresaran al coche. Incluso en un día tan agradable como aquél, el viento de abril resultaba molesto.



—¿Le ocurre muy a menudo? —preguntó el detective Peterson mientras regresaban a la ciudad.

—¿No «ver» nada? —preguntó Lorraine.

—Sí.

—De vez en cuando.

—Siento lo de las bromas. No debería haberlo hecho.

—No pasa nada. No le culpo por su escepticismo.

—¿Recuerda lo que le dije cuando entré en el aula, lo de que tenía un buen presentimiento sobre usted?

—Sí.

—Pues todavía lo tengo, Lorraine.

Ella sonrió.

—Gracias. Es algo agradable de oír en un momento como éste.

—Si descubre algo, hágamelo saber.

—Lo haré. Se lo prometo.

8 DE ABRIL

Lorraine se despertó con el rugido de los truenos. El destello de un relámpago convirtió el dormitorio de los Warren en un momentáneo refugio plateado. A su lado, Ed, agotado tras un largo día de largas reparaciones domésticas, dormía profundamente.

Lorraine permaneció varios minutos sentada en la cama. Los imprecisos recuerdos de un sueño se negaban a desaparecer. Sin embargo, cuando intentaba recordarlo, éste se desvanecía como si estuviera hecho de humo.

Lentamente, bajó de la cama, se puso la bata y recorrió el pasillo hasta su estudio.

Desconcertada por el hecho de estar entrando en el estudio, Lorrai ne decidió que lo mejor era dejarse llevar por aquel misterioso impulso y descubrir adónde la llevaba.

Cinco minutos después, se sentó frente al escritorio y empezó a escribir enérgicamente con un bolígrafo una hoja de papel blanco y liso tras otra. Escribió sin descanso, como si una fuerza invisible controlara su mano.

La noche de su muerte, Donna Zorn había estado trabajando en la tienda de su marido para darle a éste un poco de descanso tras una larga jornada detrás de la caja registradora. Era algo que solía hacer cuando su marido empezaba a mostrar signos de depresión, lo que le ocurría cuando estaba agotado o cuando las facturas empezaban a acumularse.

Aquella noche en particular, Donna atendió a la clientela habitual: chicos menores de edad que intentaban comprar cerveza que ella se negaba a venderles, adultos que llenaban ellos mismos el depósito de su vehículo y que luego entraban en la tienda para pagar, personas que se preparaban la cena en el microondas (chile o perritos calientes congelados que costaban un dólar la pieza).

Hacia las nueve, entraron tres hombres que llegaron al establecimiento en una camioneta. Donna los reconoció de inmediato, pues eran clientes habituales. Las noches que estaba sola, solían flirtear con ella. Aunque era obvio que a los tres les gustaba empujar el codo, nunca se habían mostrado amenazadores.

La noche en cuestión, sin embargo, parecían estar más bebidos de lo habitual. Donna pensó que necesitaban un buen afeitado y, tras pasar demasiado cerca de ella, también una ducha. Llevaban ropa vaquera desgastada y andrajosa y no paraban de fumar. Uno de ellos llevaba un tatuaje de un cuchillo en el reverso de la mano derecha. Una mano que también necesitada lavarse urgentemente.

Después de pagar un paquete de seis cervezas Bud, el más alto de los tres dijo:

—¿Nunca has pasado miedo trabajando aquí?

—No —dijo Donna—. Todo el mundo es muy amable conmigo.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Bueno, una chica tan guapa como tú completamente sola por la noche... —Meneó la cabeza y después les guiñó un ojo a sus amigos—. Bueno, yo seguro que no dejaría a mi chica sola para que otros hombres pudieran mirarla. Sobre todo si fuera tan guapa como tú.

Los tres hombres se rieron y, por primera vez, Donna fue consciente del aspecto tan grotesco que tenían: dientes que necesitaban un empaste, cicatrices en varias partes del rostro, ojos de mirada malévola, incluso cuando sonreían.

Uno de ellos alargó la mano para tocarle el hombro. Donna se echó para atrás y soltó un grito.

Los tres hombres se echaron a reír y empezaron a darse empujoncitos entre sí.

Habían conseguido exactamente lo que se habían propuesto: asustar a Donna.

El primer hombre cogió la cerveza que Donna había metido en una bolsa y se encaminó hacia la salida. Se detuvo en la puerta y la miró por encima del hombro mientras esbozaba una mueca.

—Tal vez nos veamos un poco más tarde, cariño.

Donna se dio cuenta de que el hombre, a pesar de la suciedad que le cubría la piel y el mal estado de su ropa, se consideraba a sí mismo un dandi con las mujeres. Habría sonreído, pero no quería enojarlo.

Los hombres salieron a la calle y se alejaron en su vehículo con el sonido de un silenciador antiguo rasgando la oscuridad.

Su primer impulso fue el de llamar a su marido para contarle lo que había ocurrido. Pero no, aquello sólo conseguiría molestarlo, y últimamente había estado bajo mucho estrés.

La otra alternativa era llamar a la policía.

Donna cogió el teléfono y empezó a marcar el número.

Pero se detuvo.

No; los hombres no le habían hecho ninguna amenaza obvia, de modo que la policía no podía hacer nada.

Nada.

La siguiente hora y media Donna estuvo ocupada con otros clientes, y al cabo de un rato empezó a ver el incidente en perspectiva.

Tres hombres toscos y borrachos tratando de impresionarse entre sí con su destreza con las mujeres.

Tampoco era para tanto.

Era algo que pasaba todos los días.

Hacia las once y media, cuando quedaban quince minutos para el cambio de turno, los tres hombres regresaron.

Por entonces ya estaban borrachos como cubas.

Lo supo porque tropezaron con el umbral y por el modo directo con el que la miraban.

Sin ningún tipo de inhibiciones.

Ninguna en absoluto.

Supo que debía correr a descolgar el teléfono pero ya era demasiado tarde.

El más alto de los tres llegó antes y arrancó el aparato de la pared.

El segundo le puso una mano en el pecho y se lo apretó con tanta fuerza que Donna soltó un grito.

Buscó frenéticamente con la mirada algún cliente en el exterior del establecimiento.

No había nadie.

Estaba sola con aquellos tres hombres.



La primera violación tuvo lugar en la parte posterior de la tienda. La golpearon con los puños hasta dejarla inconsciente y luego se turnaron para violarla.

Después de envolver el cuerpo con papel de estraza, la dejaron frente a la puerta trasera y acercaron la camioneta. La metieron en su interior y, a continuación, se alejaron rápidamente. Uno de ellos sabía que la persona que debía reemplazarla estaba a punto de llegar.



La llevaron al lugar donde se acumulaban los coches oxidados, entre la alta maleza.

Mientras circulaban, siguieron bebiendo y fumando marihuana.

Cuando llegaron, dejaron el cuerpo en el suelo. El hombre más alto quemó con su cigarrillo el pecho desnudo de Donna.

Sin dejar de reír, se puso de rodillas y empezó a quemarle otras partes del cuerpo. Los otros dos le imitaron.

Donna recuperó la consciencia una sola vez. En cuanto vio lo que ocurría se puso a gritar. Y cuando lo hizo, el más alto de los tres le puso las manos alrededor del cuello y comenzó a estrangularla.

Los otros dos se situaron sobre él, instándolo a continuar.

Cuando estuvo seguro de que Donna estaba muerta, se bajó los pantalones y la penetró.

Cuando terminó con ella, los otros dos volvieron a turnarse.

Y después se largaron, dejando allí el cuerpo de Donna.



—Siento despertarle.

—No pasa nada.

—Y pídale disculpas también a su esposa, detective Peterson.

—Lo haré. —Se rio tímidamente—. ¿Qué puedo hacer por usted a las cuatro de la madrugada?

Lorraine le habló sobre la escritura automática; no en detalle, pero lo suficiente como para percibir que el detective parecía cada vez más emocionado al otro lado de la línea.

—¿Sabe qué aspecto tenían los hombres?

—Sí —dijo Lorraine, y se los describió.

—¿Sabe qué tipo de camioneta conducían?

—Sí.

—¿Tiene alguna idea de dónde podemos localizarlos?

—No, creo que eso no lo sé.

—Dios mío, el caso se está aclarando de repente.

—Sí —dijo Lorraine Warren—. Sí, ¿verdad?

Y entonces se puso a llorar porque se sentía muy feliz.

La imagen de la hermosa y joven Donna ocupaba toda su mente. Sus asesinos iban a ser detenidos.

Y castigados.



Poco después, los tres hombres que Lorraine Warren había descrito al detective Peterson fueron detenidos, acusados y condenados por asesinato.

ARCHIVO DEL CASO BIGFOOT

Nunca habíamos hecho mucho caso a las historias sobre Bigfoot. Aunque no me atrevería a decir que las consideraríamos falsas, lo cierto es que Bigfoot no tiene demasiado interés para los investigadores psíquicos. Esto cambió una primavera, mientras dábamos una conferencia en Tennessee, cuando un reportero del Elk-Valley Times se puso en contacto con nosotros y nos contó que algunos habitantes de las montañas insistían en que algo estaba amenazando a sus hijos...

—Lorraine Warren

Al principio, Lorraine no prestó mucha atención a lo que oía. Se encontraba al final de un largo día durante el cual ella misma, Ed, varios estudiantes universitarios interesados en lo sobrenatural y dos habitantes de las montañas se habían pasado muchas horas rastreando el terreno lleno de matorrales alrededor del pequeño campamento donde, supuestamente, habían avistado a un Bigfoot.

Nada de todo aquello había sido una experiencia agradable para Lorraine. Para empezar, el terreno le resultaba desconocido: enormes colinas y bosques tan impenetrables que parecían fuera del alcance de la civilización. Además, Lorraine jamás había presenciado una pobreza tan extrema en ninguno de los estados continentales de la Unión.

Un puñado de chozas se levantaban en la inclinada ladera de una colina. La única fuente de electricidad era un tramo de cable que se extendía desde

un poste y serpenteaba por el suelo frente a las chozas. Por la noche, el cable relucía como una gigantesca bengala del 4 de julio, arrojando un brillo tenue sobre las chozas amontonadas. No había agua corriente y, por lo tanto, tampoco tuberías. El aire cálido convertía las letrinas en un espacio nauseabundo.

En cuanto a la gente, mostraba una preocupante falta de higiene, una extrema necesidad de atención dental y, probablemente, también revisiones físicas completas. Además, hablaban la lengua vacilante e inarticulada de las personas que no han recibido educación. Lorraine sintió una gran compasión por ellos y deseaba poder ayudarlos de algún modo a mejorar sus condiciones. Ese era precisamente el motivo de su creciente depresión: no había nada que pudiera hacer para ayudar a aquella gente. Nada.

Tal vez fue la culpa lo que la llevó a pasar todo el día con ellos. Pese a no creer necesariamente en la historia de avistamientos asiduos de un hombre-mono aparentemente dispuesto a robar los niños de aquel pequeño asentamiento, Lorraine escuchó educadamente mientras Ed y los estudiantes grababan el testimonio de todas las personas del poblado.

El testimonio de una de las mujeres fue particularmente aterrador. Explicó que la criatura, oculta detrás de un árbol, había alargado un brazo para intentar tocar la mano de su hija de dos años. La mujer había soltado un alarido y había salido corriendo de vuelta al asentamiento. Alarmados, los hombres y los jóvenes se armaron con palos y penetraron en la profunda maleza.

Aquello había sucedido el día antes de la llegada de los Warren. Era evidente que la gente estaba aterrorizada.



Lorraine no tardó mucho en encontrarse rodeada por un terreno montañoso lleno de fresnos, hayas y nogales y completamente colmado por una hermosa vegetación. La zona era el hogar del oso negro, el gato montés, el ciervo de cola blanca y el zorro. El aire estaba saturado por los cantos del ruiseñor, el azulejo y el pájaro carpintero. Dos especies de serpientes venenosas son oriundas del lugar: la cascabel diamantina y la cabeza de cobre. Profundas gargantas, que no han cambiado desde el tiempo en que Daniel Boone estuvo aquí por primera vez, cortan el irregular terreno.

Así era la zona que Lorraine se encontró cuando salió a rastrear aquella mañana brumosa con los demás.

Se pasaron la mayor parte del día subiendo pendientes, bajando cuidadosamente colinas empinadas y arrancándose ácaros rojos de la ropa y el cuerpo. Uno de los miembros del grupo le sacaba especialmente de quicio; un estudiante bastante frívolo que no dejaba de hacer bromas con su megáfono a pilas. Tras un descanso que aprovecharon para comer, Lorraine se sentía muy cansada y su mente no dejaba de vagar. Se acercaba la fecha para empezar una gira de conferencias de cuatro días y necesitaba estar fresca. Después de un día como aquél, no lo iba a estar.

Hacia las cuatro y media de la tarde, Lorraine reparó por primera vez en una presencia perturbadora en la zona. El grupo acababa de atravesar un claro en el que la alta hierba estaba misteriosamente aplanada, como si algo muy pesado hubiera pasado sobre ella repetidamente.

De pie junto a un árbol, mientras se tomaba un descanso después de dos horas seguidas de travesía, la mente de Lorraine le ofreció de repente la imagen de una curiosa criatura. De hecho, parecía la fusión entre un hombre y un simio, un animal alto y cargado de hombros y con unos brazos muy largos cubiertos de un pelo casi enmarañado. Tenía un rostro plano, con una protuberancia ósea sobre los ojos. Había dos cosas de él que resultaban especialmente inquietantes. En primer lugar, sus ojos, los cuales brillaban con inteligencia, compasión y miedo. Y segundo, su capacidad para proyectar telepáticamente imágenes en la mente de Lorraine. Ningún animal sin inteligencia sería capaz de llevar a cabo tales proyecciones.

Lorraine supo de inmediato que estaba frente a una criatura que, a pesar de su apariencia temible y desagradable, no era la bestia prehistórica que la mayoría de la gente suponía.

Entonces la imagen cambió.

Lorraine vio unas cuevas rocosas sobre una catarata de aguas oscuras junto a un caudaloso río. La criatura se encontraba en la entrada de la cueva y, detrás de ella, había otras criaturas similares. El hombre-mono miraba con tristeza el ancho río. Lorraine supo que la criatura se sentía atrapada y aislada.

La imagen cambió otra vez.

En esta ocasión, Lorraine supo que la criatura le estaba mostrando una imagen de él mismo en aquel preciso instante, a tan sólo unos cuarenta o cuarenta y cinco metros de distancia, entre la alta maleza y el bosque.

Tenía una herida en su peludo y ancho pie que le sangraba. Durante su deambular diario, se había hecho daño en el pie. Temiendo que la herida le impidiera regresar a la cueva secreta, la criatura se dedicaba a proyectar el gran temor que sentía.

Quería volver a ver a su compañera.

Y a sus hijos.

Pero tenía miedo de que los humanos que acompañaban a Lorraine lo atraparan y le mataran.

Empezaron a comunicarse mentalmente. Lorraine le explicó que había aterrorizado al pequeño asentamiento cuando había tratado de tocar a la niña humana.

La criatura sacudió la cabeza y aseguró que sólo había intentado comunicarse con la niña. Los jóvenes no tienen los prejuicios de los adultos, de modo que pensó que tal vez podría explicarle a la niña quién era, tal y como se lo estaba explicando ahora a Lorraine.

Ésta tomó la decisión de adentrarse en la maleza para encontrar a la criatura. Pero, cuando se puso en movimiento, algunas personas del grupo se acercaron a ella y empezaron a hablar.

Lorraine les pidió que guardaran silencio porque estaba tratando de contactar psíquicamente con su entorno.

El corazón le latía con fuerza en el pecho.

Las manos le empezaron a temblar por la ansiedad.

Desde que era niña, Lorraine había sido capaz de captar las necesidades de los animales; la casa de sus padres había sido una auténtica colección de perros, gatos y pájaros. En aquel momento sintió una vinculación casi maternal con la criatura.

Se alejó de los demás, abriéndose pasó a través una maleza que le llegaba a la altura de los hombros. Al captar un olor casi acre, supo que se trataba del rastro de la criatura. Muchas de las personas que habían estado cerca de ella se habían quejado de aquel olor, y ahora Lorraine comprendió el motivo.

Proyectó imágenes a la criatura en las que ella le examinaba el pie y le ayudaba a cerrar y curar la herida.

Las proyecciones de la criatura fueron igualmente agradables. Se mostró a sí mismo de pie en el borde de un acantilado, al amanecer, con un halcón posado sobre su muñeca. Levantó el brazo hacia el sol naciente y el halcón alzó el vuelo con una elegancia negra y sedosa, su silueta recortada contra el círculo rojo del sol matutino.

Estoy llegando, le dijo Lorraine. Te voy a ayudar; seré tu amiga.

Por primera vez, sintió como el miedo abandonaba ligeramente a la peluda criatura.

Ésta continuó proyectando imágenes de paz y sosiego.

Lorraine cada vez estaba más cerca.

Y entonces, detrás de ella, oyó el estruendo del megáfono.

Las imágenes que estaba proyectando la criatura cambiaron inmediatamente, haciéndose más violentas.

Le vio corriendo por la maleza, huyendo en dirección a la cueva. Pero sentía dolor. Un gran dolor. El pie le sangraba más que nunca.

Y estaba aterrorizado.

Después de todo, la criatura humana no era su amiga.

Y el estridente y violento ruido del extraño instrumento era prueba de ello.

La criatura se tapó las orejas. El sonido del megáfono era tan doloroso como la herida del pie.

Y huyó.

Lorraine comprendió que ahora la criatura volvía a proyectar lo que estaba ocurriendo en aquel momento.

Le vio subir cojeando por la ladera de una colina, avanzando tan rápido como podía. Tropezó, se puso de pie y volvió tropezar.

Todo su cuerpo temblaba de miedo y agotamiento. El dolor era casi cegador.

Deprisa.

Huir.

Lorraine oyó cómo volvía a sonar el megáfono detrás de ella. Y después llegó el sonriente estudiante llamándola por su nombre, burlándose de ella, consciente de lo mucho que le disgustaba aquel ruido.

Las imágenes mentales cesaron.

La criatura se había marchado.

Y también sus proyecciones.

Tropezando.

Corriendo.

Había desaparecido.

Lorraine pasó los siguientes veinte minutos intentando no enfrentarse al estudiante del megáfono. El chico percibió su gran enojo y fue lo suficientemente inteligente como para guardar el megáfono y mantenerse alejado de Lorraine.

Siguiendo el rastro de la criatura lo mejor que pudo, y pidiendo a los demás que la dejaran explorar sola por si volvía a percibir algún tipo de conexión psíquica, Lorraine se adentró en la maleza.

No le costó encontrar varias pruebas de que la criatura había estado allí. Una sangre más roja y viscosa que la sangre humana manchaba las hojas, la hierba y el follaje.

Lorraine siguió el rastro de sangre hasta el borde de un acantilado, tal vez el mismo donde la criatura había estado de pie con el halcón en la muñeca, y allí lo perdió. Ciertamente, la criatura había desaparecido.



«Se denominan tulpas —comentó Ed—, manifestaciones físicas que, de hecho, son proyecciones de la mente. Son las criaturas de la magia negra que se practica en todo el mundo, pero, sobre todo, por los monjes tibetanos.

»Según mi parecer, el Bigfoot es un tulpa, una proyección mental. Como el monstruo del lago Ness y muchas otras criaturas que aparecen y desaparecen y de las que habla la prensa. Alguien que está practicando magia negra proyecta esas criaturas y los demás podemos “verlas”. Es algo que también podría explicar los objetos voladores no identificados.

»El tulpa más famoso de los últimos años fue un tigre visto por un senador de Estados Unidos y, algo más tarde, por un policía de tráfico y un conductor de autobús. Todos estos hombres, sobrios e inteligentes, juraron que, después de ver al tigre, éste simplemente desapareció.

»Hasta que Lorraine no tuvo la experiencia con el Bigfoot, no comprendí su auténtico origen. Hoy en día, muchos otros investigadores psíquicos están de acuerdo conmigo».

ARCHIVO DEL CASO JANE SAYMOUR

UNA ENTREVISTA CON LORRAINE WARREN

De vez en cuando he conocido a algún famoso durante mis investigaciones. Ninguno de ellos fue más agradable conmigo que Jane Seymour. Jane me ayudó en un caso que estaba investigando en Malibú.

—Lorraine Warren

P: Cuando conociste a Jane Seymour, ¿qué estaba haciendo ella?

Lorraine: La conocí en casa de Thomas Allen, en Beverly Hills. Fui con Jane al estudio donde Paul Michael Glaser estaba filmando la película sobre Houdini.

P: ¿En Hollywood?

Lorraine: Sí, estaba allí investigando diversos casos. Ed no me había acompañado. Durante aquella época, la doctora Viola Barron, de la Universidad de UCLA, me estaba realizando pruebas para evaluar mis habilidades psíquicas. Los resultados superaron el promedio. Un amigo en común me presentó a Jane. En aquel momento, Jane estaba planteándose realizar algunos cambios en su carrera.

P: ¿Te quedaste en el plató aquel día?

Lorraine: No, nuestro amigo nos llevó a un restaurante de yogures. Eran los años setenta, antes de que los establecimientos de yogures se pusieran de

moda. Me sorprendió y me encantó. Toda aquella comida tan deliciosa y con tan pocas calorías. Durante el almuerzo surgió el tema de la casa de Malibú.

P: ¿Qué casa de Malibú?

Lorraine: Nuestro amigo tenía un amigo que tenía una casa en Malibú. Un pastor episcopal que se alojaba en la casa tenía algunos problemas.

P: ¿Sabían de qué tipo eran esos problemas?

Lorraine: No exactamente. Al parecer, existía la sospecha, aunque nunca se había podido demostrar con absoluta certeza, ni siquiera por la policía, de que se había cometido un asesinato en la casa.

P: Anteriormente, ¿quieres decir?

Lorraine: Hace muchos muchos años. Décadas, probablemente.

P: ¿Y la casa había cambiado de dueño?

Lorraine: Bueno, la casa ha cambiado de dueño muchas veces, pero siempre han circulado historias sobre «problemas», aunque nadie podía o quería decirnos en qué consistían esos problemas exactamente.

P: Entonces fuisteis los tres a la casa, ¿tú, Jane y tu amigo?

Lorraine: Así es.

P: ¿Era una casa agradable?

Lorraine: Era espectacular. Estaba situada en un acantilado frente al océano. Tenía una sala de estar increíblemente hermosa y una piscina muy profunda de agua azul con plantas y flores, y más allá se extendía el océano.

Aquel día probablemente debía de parecer una fan adolescente; jamás había visto una casa tan hermosa.

P: ¿Te dio la sensación de que la casa sufría algún tipo de perturbación?

Lorraine: Sí, inmediatamente. Aunque no era algo específico. A veces, cuando entras en un lugar, te vienen a la mente ciertas imágenes, pero allí..., bueno, no era nada específico.

P: ¿Qué hicisteis mientras estuvisteis allí?

Lorraine: El pastor episcopal nos hizo de cicerone. Nos contó que la familia propietaria de la casa lo había «adoptado» durante su año sabático y que eran muy buenos con él.

P: ¿Fue él quien os mostró la casa?

Lorraine: Fue un anfitrión muy amable y, para serte sincera, no tenía ningunas ganas de marcharme. Hasta que entré en el dormitorio principal, en

la planta superior.

P: ¿Encontraste algo allí?

Lorraine: Sí, algo que me alarmó.

P: ¿Podrías describirlo?

Lorraine: Lo intentaré. No «vi» ninguna imagen a través de mis sentidos psíquicos, pero tuve la sensación de que, tiempo atrás, había vivido un hombre en aquella casa que había muerto en trágicas circunstancias.

Probablemente había sido una muerte violenta, aunque no estaba segura. Cuando empecé a sentir aquello, les pedí a los demás que guardaran silencio mientras intentaba comunicarme con el espíritu. Todos estuvieron de acuerdo.

P: ¿Contactaste con él?

Lorraine: Sí, brevemente.

P: ¿Pero no recibiste ninguna imagen mental?

Lorraine: Bueno, tras intentarlo en aquella habitación, fuimos al cuarto de baño principal, que estaba decorado con accesorios de oro y mármol negro. Allí obtuve una imagen concreta. Vi a un hombre con sangre en las manos, probablemente el asesino. Se las estaba lavando. Me asusté mucho.

P: ¿Alguien más «vio» algo?

Lorraine: El pastor me dijo que a menudo veía la imagen oscura de un desconocido vestido de blanco.

P: ¿Pasó algo más?

Lorraine: Varias cosas. Después de la cena, nos sentamos frente a la chimenea, alrededor de una enorme mesa, y allí empecé a comunicarme con el muerto. No había querido morir y no aceptaba su muerte, por eso los habitantes de la casa reparaban en su presencia de vez en cuando. Creo que empezaba a entender lo que le estaba ocurriendo.

P: Entonces, ¿todo se solucionó?

Lorraine: No, como suele ocurrir muchas veces, las repercusiones del incidente fueron muy extrañas. A veces te pasan cosas que no parecen tener ninguna relación con el caso que estás investigando pero que, de alguna manera, están relacionadas.

P: ¿Y eso es lo que te pasó en este caso?

Lorraine: Así es. Al día siguiente, en el avión de regreso al este, sufrimos la peor turbulencia que he vivido nunca a bordo de un avión. El aparato no dejaba de sacudirse violentamente de un lado a otro. Recé a un amigo pastor

que vivía muy cerca de nuestra casa y le pedí que intercediera ante Dios para que aterrizáramos sanos y salvos. Al día siguiente, de manera totalmente inesperada, el pastor me llamó para decirme que el día anterior había recibido una señal mía muy fuerte. Le conté lo que había ocurrido durante el vuelo y que le había dirigido mis oraciones.

P: ¿Y tuviste la sensación de que eso tenía relación con el caso?

Lorraine: Creo que a veces, cuando te relacionas con evidencias del demonio, las fuerzas del mal intentan alejarte.

P: ¿Y eso es lo que ocurrió?

Lorraine: Eso creo, sí.

P: ¿Y qué hay de Jane Seymour? ¿Habéis mantenido el contacto?

Lorraine: No, aunque hace algunos años me la encontré en el aeropuerto de Heathrow. Iba con su hija pequeña, una niña tan guapa que me cuesta describirla. Por entonces, Jane estaba embarazada de su hijo Sean y tenía un aspecto radiante. Es una señora muy elegante en todos los sentidos. Mantuvimos una conversación muy agradable y después cada una se fue por su lado.

ARCHIVO DEL CASO

EL EXORCISMO Y LA ADOLESCENTE

En todas nuestras conferencias la gente siempre nos hace preguntas relacionadas con los exorcismos y sobre el libro y la película El exorcista. Quieren saber si El exorcista es un retrato realista de las posesiones demoníacas y del difícil, y a menudo peligroso, proceso de expulsión del demonio del cuerpo de una persona.

Nosotros creemos que sí, que en líneas generales, El exorcista es una obra buena y veraz. Aunque tal vez lo más importante es que tanto el libro como la película ayudaron a mucha gente a entender que existe una dimensión espiritual que nos rodea y que, a veces, las vidas ordinarias pueden terminar en dicha dimensión. Y, en determinadas ocasiones, incluso verse eternamente atrapadas en ella.

Durante uno de nuestros viajes alrededor del mundo, Ed y yo conocimos a un espléndido pastor llamado Peter Martins. De origen nigeriano, cuando le conocimos, el padre Martins estaba pasando unas semanas en la Universidad de Nueva Escocia. Después de nuestra conferencia, se acercó al estrado, se presentó y nos habló de las manifestaciones del mundo sobrenatural en su África natal.

Supimos de inmediato que estábamos ante un hombre de una profunda sabiduría. Hablaba de lo sobrenatural con gran soltura, y nos relató terribles incidentes que se habían producido en su tierra natal. Era un hombre de pequeña estatura y una gran dignidad, y poseía la gravedad propia de las personas que se han enfrentado al reino de los espíritus. Aunque sonreía y se reía con facilidad, sus ojos oscuros

transmitían una sombría sabiduría que su jovialidad no podía disimular.

Nos hicimos amigos de inmediato, y durante los siguientes años nuestros caminos se han cruzado en circunstancias que sólo pueden deberse al capricho del destino.

Dos años después de nuestro primer encuentro, cuando Ed y yo estábamos terminando uno de nuestros libros, nos enteramos de que el padre Martins estaba pasando unos meses en una rectoría católica de New Hampshire. Poco después de llamarle para planear un largo y tranquilo fin de semana juntos, recibimos una perturbadora llamada que nos uniría a los tres en una batalla sin cuartel con el mundo de las posesiones y los demonios.

El caso ilustra perfectamente un aspecto en el que solemos incidir en nuestras conferencias: muchas de las personas poseídas son las primeras responsables de su situación.

Hablamos durante cuarenta y cinco minutos con una mujer al borde de la histeria sobre la triste situación en la que se encontraba su hija de dieciséis años. Debo advertir en este punto que recibimos muchas llamadas telefónicas de personas angustiadas. Debido a nuestras apariciones en la televisión de ámbito nacional, y a la extensa cobertura que han recibido nuestros casos en la prensa, nos conocen muchas personas convencidas de estar experimentando problemas de infestaciones demoníacas, las cuales pueden derivar en otros problemas, como, por ejemplo, una posesión. Según nuestra experiencia, sin embargo, la mayoría de estas «infestaciones» en realidad son el resultado de problemas psicológicos. Por tanto, a menudo derivamos las llamadas a pastores, psiquiatras y trabajadores sociales.

La llamada de esta mujer era distinta. Lo que nos describió entraba en el patrón clásico a través del cual un demonio es atraído sin pretenderlo a una casa; literalmente, algún habitante de ésta le invita para que tome las riendas de su vida.

Le devolvimos la llamada a la mujer y le comunicamos que nos acompañaría un pastor familiarizado con los ritos del exorcismo.

Agradecida, la mujer nos confió una nueva información que no se había atrevido a contarnos anteriormente.

Para conocer y entrevistarnos con su hija, debíamos viajar al estado de New Hampshire, a una institución mental donde la chica estaba entonces ingresada...

—Lorraine Warren

Tres noches a la semana y todo el fin de semana, Stacy se divierte donde lo hacen el resto de sus amigos: en el centro comercial que hay cerca de su casa. Allí, se dedica a recorrer las tiendas mirando ropa, discos y joyas. Sin embargo, la mayor parte del tiempo lo pasa sentada en una de las mesas que rodean un pequeño establecimiento denominado The Hot Dog Hutch^[1], que es donde también están los chicos que le interesan.

En el Hutch se pasa el tiempo haciendo bromas, chismorreando y haciendo planes para las noches del fin de semana..., unos planes que no terminan realizándose nunca. Normalmente, Stacy pasa la noche del sábado en compañía de sus amigas. Por lo general, esto significa ver una película en el cine multisalas ubicado al otro lado del amplio aparcamiento del centro comercial. Ninguno de los chicos que le gustan la ha invitado alguna vez a salir, y esto le provoca no sólo frustración, sino también una creciente sensación de que hay algo en ella que no termina de funcionar. Las otras chicas sí tienen citas..., pero ella no.

¿El espejo miente? ¿No es una chica tan atractiva como su reflejo parece indicar? Unos meses antes de que empezara esta historia, una amiga le dijo un día:

«Stacy, tu problema es que eres demasiado intensa y asustas a los chico».

Aunque, secretamente, Stacy sabe que probablemente su amiga esté en lo cierto, cada vez que está cerca de un chico que le gusta se convierte en una persona chillona y un tanto agresiva a la que no termina de reconocer.

Una tarde lluviosa de abril en la que los compradores del sábado están encantados con el calor artificial y la luz del centro comercial, Stacy está sola. Dos amigas tienen la gripe y otra ha ido a visitar a su hermano a la universidad. Si alguno de los chicos que entran y salen del *Hutch* está interesado en ella, parecen disimularlo muy bien.

Stacy se come un bocadillo de queso a la parrilla y una Coca-Cola Light (irónicamente, a pesar de todo el tiempo que pasa en el Hutch, odia el sabor

agrio de los perritos calientes) y después, al no tener nada mejor que hacer, se dedica a deambular por el centro comercial.

Cerca del extremo norte del complejo comercial en expansión hay diversas tiendas pequeñas que albergan negocios que aparecen y desaparecen tan rápidamente como las luciérnagas en una calurosa noche de verano. Por lo general, estos negocios son tiendas especializadas y, entre ellas, ha habido un establecimiento de muñecas hechas a medida, una boutique de macramé y un negocio donde podías hacer tu propio vídeo de rock. La mayoría están tristemente condenados al fracaso.

A media tarde, los pasos han llevado a Stacy hasta este sector del centro comercial, y se da cuenta de que una de las pequeñas tiendas alberga un nuevo negocio: The Antique Attic^[2].

Stacy entra en la tienda, aunque en realidad no siente interés alguno en las antigüedades, y empieza a echar un vistazo a los objetos expuestos. Muchos de ellos tienen una etiqueta con anotaciones que para ella no tienen ningún sentido: «Neoclásico», «Adiamantado» y «Cerámica Doulton».

La dependienta le regala a Stacy una tímida sonrisa y poco más. Obviamente, los adolescentes no son especialmente bienvenidos en un lugar como aquél.

Stacy está a punto de irse cuando repara en la presencia, en la parte posterior de la tienda, encima de una vieja caja sorpresa, de algo por lo que hace tiempo que siente una gran curiosidad: una *ouija*.

Stacy siente la misma emoción que suele embargarla cuando ve a un chico guapo.

Se pone de puntillas, coge la tabla y empieza a examinarla. No tiene la menor idea del tiempo que lleva allí de pie, observando la tabla algo maltrecha, con sus letras y símbolos ocultistas, cuando la propietaria de la tienda le dice a su espalda:

—¿Puedo ayudarte?

—Esta tabla.

—¿Sí?

—¿Está... a la venta?

La mujer esboza una sonrisa.

—Sí, y muy barata.

—¿En serio?

La mujer vuelve a sonreír.

—La conseguí en un lote con un montón de cosas más. De hecho, me da escalofríos. No me gustan, ya sabes, las cosas sobrenaturales.

Como es sábado, día de paga, Stacy tiene diez dólares en el bolsillo.

—¿Me la vendería por cinco dólares?

—Nada me haría más feliz.

Cinco minutos después, con la tabla *ouija* bajo el brazo, Stacy sale de la tienda y vuelve a sumergirse en el flujo de personas que pasean por el centro comercial...



—Siento algo —dice Jenny.

—¿Que sientes algo? —pregunta Stacy— ¿El qué?

—Como... algo en la habitación... algún tipo de presencia o algo así. En serio, Stacy. De Verdad.

Jenny Brooks era una chica regordeta con un rostro sorprendentemente hermoso. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama de Stacy, quien llevaba más de tres meses experimentando con la tabla *ouija*.

Al principio, los experimentos habían sido poco más que un divertimento ocioso. Stacy no creía que la tabla tuviera poder alguno, mágico o de cualquier otro tipo.

Sin embargo, el miedo repentino de Jenny y el día gris y opresivo hicieron que Stacy sintiera un escalofrío involuntario.

—Jenny, ya sabes que sólo estamos jugando.

—Escucha.

—¿El qué?

—Shhh. Escucha. ¿Lo oyes?

—¿Qué se supone que tengo que oír?

—Escucha.

Por mucho que le costara admitirlo, en realidad Stacy oyó un ruido tenue y áspero. Parecía proceder de la pared oculta por el póster de Michael Jackson. Desde su interior.

Stacy se rio, diciéndose a sí misma que los espíritus y fantasmas no aparecían en habitaciones repletas de muñecos de peluche, discos y cintas de casete, por no mencionar la pared llena de fotografías de los rompecorazones del instituto. Los espíritus y los fantasmas sólo aparecían por la noche, en mansiones sombrías, ¿verdad?

Sin embargo, mientras seguía allí sentada, observando como su amiga Jenny se asustaba cada vez más, Stacy se dio cuenta de que, en realidad, ella también oía algo...

Un ruido como si alguien estuviera rascando la pared para escapar...

... Para recuperar la libertad...

Jenny saltó de la cama y dijo:

—Lo siento, Stacy. No puedo seguir haciendo esto.

—Jenny, si eres mi amiga, tienes que quedarte conmigo para descubrir... lo que pasa. —Los ojos de Stacy seguían fijos en el póster de Michael Jackson.

También seguía concentrada en el ruido procedente de la pared, el cual cada vez se parecía más al sonido que se produce cuando alguien araña una superficie.

Mientras se apresuraba hacia la puerta y la libertad, Jenny le dijo:

—Stacy, deberías deshacerte de esa tabla antes de que sea demasiado tarde..., antes de que ocurra algo terrible.

Stacy se quedó mirando fijamente la tabla. Cuadrada, con la pintura desconchada y escabrosos símbolos ocultistas, parecía salida de un cubo de basura. Era imposible que tuviera algún tipo de poder...

La garra...

—Será mejor que le cuentes a tu madre lo que está pasando, Stacy. ¡Será mejor que se lo digas ahora mismo!

Jenny cerró la puerta de golpe. Stacy, recostada sobre la cama, oyó los pasos de su amiga bajando las escaleras.

Y, poco después, el portazo de la puerta principal.

Stacy hizo ademán de cerrar los ojos, para intentar recuperar el control de sí misma y de la situación, pero entonces el ruido procedente del interior de la pared se intensificó.

La garra...



La pasión de Stacy por la comida era notoria. Ya fuera un McDonald's o un restaurante caro, Stacy siempre seguía comiendo mucho después de que los demás hubieran terminado, disfrutando con el apetito de un campesino al final de su jornada. Por suerte, su metabolismo le permitía ocultar tales indulgencias. Esbelta, ágil, tenía la figura que anhelan la mayoría de las chicas.

Pero, últimamente, unos cuatro meses después de llevar la tabla *ouija* a su casa, sus amigos empezaron a darse cuenta de que Stacy ya no comía tanto. Si antes había exhibido una espléndida figura, entonces parecía demacrada y sus alegres ojos azules parecían apagados, como si se hubiera extinguido su luz interior.

Sus amigos no eran los únicos preocupados por Stacy. Maestros, consejeros y familiares intentaron descubrir qué le ocurría, qué podía estar afectando su vida de un modo tan drástico.

«Fue en esta época —comenta la madre de Stacy— cuando empecé a oír los ruidos en su cuarto. Su padre, que es médico y que siempre busca la explicación más lógica para todo, dijo que Stacy simplemente estaba cantando mientras escuchaba sus casetes, pero yo no lo creía.

»El sonido era perturbador, casi como un gemido, hasta que un día me di cuenta de lo que era. Tuve muchas dificultades para enfrentarme a ello, pues parecían ser los sonidos de dos personas haciendo el amor.

»Al principio, me negué a creerlo. Habíamos criado muy bien a Stacy, y aunque de vez en cuando pasara el rato con algún chico, no me cabía duda de que todavía era virgen.

»No quería entrar en su habitación y montar una escena. Durante los siguientes días, me contenté con la explicación de mi marido: Stacy estaba cantando mientras ponía sus casetes favoritos.

»Pero un jueves los gemidos se intensificaron; eran tan notorios que mi hijo pequeño empezó a sonreír consciente de cuál era su origen. De modo que subí las escaleras, llamé a la puerta y entré.

»Por entonces estaba preparada para lo peor. Había asumido que Stacy había dejado entrar a un chico en su habitación, tal vez había escalado las celosías de la parte posterior de la casa, y que estaban haciendo el amor en la cama de Stacy.

»Me sorprendió verla en su cama, con los auriculares puestos, escuchando música. Estaba sola.

»Ella se mostró tan sorprendida como yo. Se quitó los auriculares y me preguntó qué hacía allí.

»Algo en su tono de voz me dijo que ya no era la misma persona que conocía. Me di cuenta por primera vez de que había perdido mucho peso, de lo profundas que tenía las ojeras y de que había empezado a morderse las uñas hasta el punto de hacerse sangre.

»Entonces vi la *ouija*. Dado que tenemos una mujer de la limpieza dos veces por semana, no suelo entrar mucho en su habitación. Ya sabes lo que piensan los adolescentes acerca de su privacidad. Hasta aquel momento nunca había reparado en la *ouija*.

»Aunque mi marido es protestante, a mí me educaron como católica estricta. Sólo con ver la *ouija* supe que estaba ante una presencia siniestra. Le

pregunté a Stacy por qué tenía aquella cosa en su habitación y ella respondió que no era de mi incumbencia. Casi nunca me había hablado de aquel modo.

»Hice ademán de coger la tabla, pero ella me apartó la mano de un manotazo.

»—No lo toques. Es mío —exclamó. Su voz no era normal. Tenía un timbre distinto.

»Intenté quitarle la tabla de nuevo. Esta vez, en lugar de darme un manotazo, me agarró el brazo. Me lo apretó con una fuerza increíble y me hizo mucho daño. Por primera vez en mi vida, tuve miedo de mi hija.

»Me marché de la habitación con lágrimas en los ojos. Stacy me siguió con la tabla debajo del brazo, abrazándola protectoramente como si se tratara de un bebé.

»No salió de su cuarto hasta que su padre llegó a casa. Cuando le conté lo que había sucedido, subió las escaleras inmediatamente. Su padre obtuvo la misma respuesta por parte de Stacy. Parecía molesta y enojada, y no le permitió ni siquiera tocar la tabla.

»Cuando volvió a bajar, tenía el rostro pálido como la leche y se negó a hablar. Fue al estudio y se quedó allí sentado en la oscuridad durante media hora. Nunca le había visto tan... derrotado. No hay otra manera de describirlo. Nunca he sabido a ciencia cierta qué ocurrió en el cuarto de Stacy, pero algo le arrebató la confianza a mi marido. Parecía destrozado por la experiencia».



Las tres semanas siguientes la casa de la familia Collins se convirtió en el tipo de pesadilla que la madre de Stacy sólo creía posible en las películas baratas de la televisión.

Los arañazos en las paredes se intensificaron de tal modo que podían oírse en toda la casa.

Los sonidos de éxtasis sexual que emanaban de la habitación de Stacy entonces se oían incluso desde el comedor familiar.

La propia Stacy se convirtió en una auténtica extraña con tendencia a rabietas repentinas y sollozos inconsolables. La familia consultó con un pastor, un sacerdote y un psiquiatra, pero ninguno de ellos pudo hacer nada por ayudarla. Stacy dejó la escuela, renunció a la comida, excepto lo básico para la supervivencia, y dejó de hablar con los miembros de su familia.

Su padre, desesperado, irrumpió en su habitación con la intención de arrebatarse la *ouija* y destruirla.

Cuando no había dado más que dos o tres pasos desde la puerta, Stacy se abalanzó sobre él y empezó a abofetearlo brutalmente y a golpearle repetidamente la cabeza contra la pared.

Pese a ser un hombre adulto y fuerte, el doctor Collins tuvo que recurrir a toda su fuerza para desembarazarse de su hija.

Registró la habitación apresuradamente, mientras Stacy le lanzaba diversos objetos, pero no encontró nada. Estaba claro que Stacy había escondido la *ouija*.



Pasadas dos semanas más, y tras tres sesiones con un psiquiatra, llevaron a Stacy Collins a un hospital psiquiátrico ubicado al norte del estado. Fue entonces cuando la madre se puso en contacto con los Warren.

A pesar de estar hospitalizada —les aseguró la señora Collins— y de haberle suministrado varios tipos de sedantes, Stacy no experimentó ningún cambio significativo. Todavía tenía ataques de ira y seguía consultando la *ouija*..., lo más desconcertante de todo. Stacy había conseguido colar de algún modo la *ouija* en el hospital. No tenemos ni idea de cómo lo hizo, pero un día, a última hora de la noche, un enfermero entró en su habitación y la vio en su cama, bajo la luz de la luna, con la *ouija* delante de ella.



Un día nublado de primavera, Lorraine y Ed Warren fueron con su coche hasta la rectoría para recoger al padre Martins. Los tres se dirigieron en primer lugar a casa de los Collins, donde la señora Collins les mostró la habitación de Stacy y les reveló dos detalles importantes que no les había contado por teléfono.

«Lo primero que nos dijo —comenta Ed— fue que las tentativas de Stacy no se habían limitado a la *ouija*. Ella y sus amigas habían estado comprando libros de bolsillo sobre ocultismo y probando muchos de los juramentos y rituales que encontraban en ellos. Stacy había estado mucho más implicada en el mundo sobrenatural de lo que su madre nos había hecho creer.

»La señora Collins también nos dijo que un día había visto una silueta oscura recorriendo el pasillo del piso superior. La forma parecía estar hecha de niebla negra, y había entrado en el cuarto de Stacy. La señora Collins no se había atrevido a contárselo a nadie, ni siquiera a nosotros, porque estaba segura de que creeríamos que estaba perdiendo la cabeza.

»Cualquier duda que hubiéramos podido tener sobre una infestación y una posesión demoníaca desapareció al instante. Aquél era un caso clásico de alguien que se dedica a experimentar con lo oculto y que virtualmente, si no literalmente, invita al demonio a entrar en su casa.

»Le dijimos a la señora Collins que debíamos ver a Stacy lo antes posible. Telefoneó al hospital con antelación para explicarle al médico que llevaba el caso de Stacy lo que pretendíamos hacer. Aunque en un primer momento éste se mostró reacio a cooperar, no tuvo más remedio que reconocer que ninguno de los tratamientos que había intentado con ella había funcionado.

»La señora Collins insistió y, finalmente, el médico accedió. A continuación, llamó a su marido, quien estaba trabajando. Éste le dijo que se reuniría con nosotros al cabo de dos horas en el hospital donde Stacy estaba ingresada».



El hospital era un inquietante edificio de ladrillo que se levantaba en el margen de un espeso bosque. La entrada principal estaba protegida por una puerta de hierro. Un guardia armado y enfundado en un poncho impermeable les detuvo frente a la puerta, comprobó el motivo que los llevaba al hospital y los dejó continuar.

En el interior del hospital, las paredes estaban pintadas en relajantes tonos tierra. Las enfermeras, vestidas con almidonados uniformes blancos, se movían con eficacia. El doctor Larson recibió al grupo en el tercer piso y, tras hacer algunas consultas, acompañó a los Warren, al padre Martins y a la señora Collins a la habitación de Stacy.

El doctor Collins ya estaba allí, sentado solemnemente al borde de la cama de su hija en la pequeña y limpia habitación. Stacy, vestida con un pijama de seda azul, el pelo recogido en un moño no muy ceñido, no le prestaba la más mínima atención. Tenía los ojos apagados, centrados en una locura invisible, como si sólo respondiera a las voces de su interior, como suelen comportarse algunos esquizofrénicos.

El doctor Collins saludó a los recién llegados con tristeza y después les dejó proceder.



Antes de ir a casa de los Collins, el padre Martins y los Warren habían acordado un plan de actuación, que entonces el sacerdote se dispuso a llevar a

cabo.

Mientras se acercaba lentamente a la chica, dirigiéndole palabras suaves y tranquilizadoras, el padre Martins extrajo de su traje negro un pequeño crucifijo. Stacy comenzó a gritar.

Antes incluso de que el sacerdote pegara el crucifijo contra la rodilla de Stacy, ésta se refugió en una esquina de la cama y empezó a maldecir vilmente al hombre de pequeña estatura.

Alarmados, los padres le rogaron a la chica que se comportara. Los Warren los calmaron y les explicaron que aquélla era una parte necesaria de su plan.

Los ojos de Stacy cambiaron de color, pasando del azul habitual a un ámbar intenso, y de las comisuras de su boca empezó a manar una saliva plateada y espumosa.

El padre Martins empezó a hablar no con la chica, sino con el demonio que había en su interior.

—Seas desterrado —dijo.

Stacy estiró la mano e intentó tirar al suelo el crucifijo que sostenía el sacerdote.

El doctor Collins sacó a su inconsolable esposa de la habitación.

Los Warren y el padre Martins rodearon a Stacy.

—Estamos aquí para ayudarte —dijo Lorraine suavemente—. Podemos ayudarte.

El demonio produjo un sonido gutural y amenazador desde el interior del pecho de Stacy.

El padre Martins, sabiendo perfectamente qué estaba pasando, apartó el crucifijo.

—Volveremos pronto, Stacy. Muy pronto —aseguró Ed.



Las siguientes dieciocho horas fueron muy intensas. El padre Martins tuvo que obtener un permiso por parte de la rectoría donde se alojaba para llevar a cabo un exorcismo. También les pidió que le proporcionaran otro sacerdote para ayudarle con el ritual. Después de mucha discusión, el rector accedió a las peticiones del padre Martins.

«Siempre supimos que el padre Martins era alguien especial, incluso para un sacerdote. Pero ver cómo hacía ayuno y meditaba para prepararse para el exorcismo fue una de las experiencias más conmovedoras de nuestra vida» comenta Lorraine.

Se denomina «ayuno negro» —añadió Ed—. El sacerdote sólo ingirió un poco de pan y agua, y se pasó la mayor parte del tiempo solo, rezando. Caminó mucho, por lo que empezamos a preocuparnos por su resistencia física. Nos preguntamos si un hombre de su complexión podría resistir una prueba como aquélla, especialmente el exorcismo en sí, que es uno de los rituales de la Iglesia más exigentes físicamente.



Para el exorcismo, el sacerdote se viste con una estola de color púrpura que simboliza la penitencia y la humildad y, mediante una serie de oraciones, le pide a Dios que libere a la persona poseída por el demonio. Una parte de la ceremonia consiste en imploraciones al diablo mediante las cuales se exige a Satanás que, en nombre de Cristo, la Santísima Virgen y todos los santos, abandone a la persona o el hogar inmediatamente. En algunos casos, durante el ritual, el sacerdote le exige al espíritu o espíritus que hablen y se identifiquen.

Finalmente, están los objetos que usa el sacerdote: agua bendita, un crucifijo y una reliquia de un santo, los cuales se aplican al cuerpo del mismo modo, pegándolos a la cabeza o al pecho, por ejemplo, durante el transcurso del exorcismo.

A pesar de las creencias populares, no hay cantos durante el ritual. El sacerdote reza en voz alta y potente, normalmente en latín. El sacerdote que lo asiste se asegura de que las velas continúen encendidas y de que tenga a mano los recipientes con el agua y el vino, el misal, las campanitas y el cáliz de oro. De hecho, hace las veces de monaguillo.

Ésta era la escena que se producía en la habitación de hospital de Stacy dos días después, mientras una lluvia fría e impenitente caía en el exterior y un nervioso psiquiatra paseaba por el pasillo preguntándose si estaba haciendo lo correcto al permitir que el ritual siguiera adelante.

Por entonces, los efectos del ayuno negro estaban pasando factura al padre Martins. Tenía las manos crispadas, los ojos vidriosos por la falta de sueño y la voz ronca.

El exorcismo dio comienzo.

«Lo que mucha gente no sabe es que se trata de una ceremonia que puede llegar a ser muy violenta —comenta Lorraine—. El demonio ha poseído el cuerpo y el alma y se niega a abandonarlos. Parecía como si estuvieran disparando a Stacy con balas invisibles. Se retorció en la cama y, a veces, sus

gritos recordaban a los producidos por el éxtasis sexual y, otras, al dolor puro y duro.

»Sin embargo, el padre Martins no se dejó intimidar. Habló con el demonio y éste le respondió con voz enojada. El padre Martins siguió adelante con el ritual. Se oyeron unos ruidos muy fuertes procedentes del interior de la pared. Un olor fétido llenó la habitación, por lo que tuvimos que cubrirnos la boca y la nariz. Aunque el joven sacerdote que hacía las veces de asistente parecía muy asustado, cabe destacar su coraje, pues continuó haciendo lo que debía hacer sin abandonar en ningún momento al padre Martins.

»Stacy arrojó objetos contra la pared, gritó obscenidades, se agitó sobre la cama como si estuviera sintiendo algún tipo de placer sexual y, finalmente, cuando la voz del demonio comenzaba a desvanecerse en su interior, se quedó inmóvil en la cama. A veces te preguntas si la persona no ha podido soportar toda aquella tensión y ha fallecido.

»El ritual duró casi una hora, y cuando hubo terminado, las rodillas del padre Martins empezaron a fallarle. Tuvimos que cogerle para que no cayera al suelo. Al principio, no estás seguro de si el exorcismo ha tenido éxito.

»Cuando los sacerdotes hubieron recogido su instrumental, todos salimos al pasillo.

»Media hora después, los Collins entraron para ver a su hija».

«Cuando entramos en la habitación, Stacy abrió los ojos y, por primera vez en muchos meses, me sentí realmente esperanzado —dijo el doctor Collins—. Volvía a tener los ojos como siempre e incluso esbozó una tímida sonrisa».

«Hasta que entré en la habitación después del exorcismo, no me di cuenta de lo distorsionada que se había vuelto su voz durante el proceso. Stacy siempre había tenido una voz suave y agradable, pero el demonio la había vuelto dura y muy poco femenina. Entonces volvía a sonar como nuestra hija» agregó la señora Collins.

Cuatro días después, Stacy regresó a su casa.

Una vez en ella, volvió a comportarse como la buena hija que era. Insistió en recoger su habitación, ayudar a su madre a preparar la cena y tratar bien a su hermano pequeño.

El padre Martins, completamente exhausto y carente de su antiguo entusiasmo, algo habitual entre los sacerdotes que han llevado a cabo un exorcismo, pasó algún tiempo retirado del mundo. Gradualmente, a lo largo de los cinco días siguientes, empezó a recuperar las fuerzas.

Lorraine sonríe al recordar dicho período.

«Su postre favorito era el helado, y le dimos bastante durante el proceso de recuperación. Recuerdo la primera vez que se lo ofrecimos. Se llevó una pequeña cucharada a la boca y dejó que se derritiera. Se le iluminó el rostro de placer. Parecía un niño; fue un hermoso recuerdo para nosotros».

«Por desgracia, el caso no tuvo un final feliz para ninguno de los participantes» —dijo Ed—. Tres semanas después de volver a casa, el demonio reapareció, o tal vez se había mantenido en estado latente dentro de Stacy.

Volvieron a ingresarla en el hospital, donde los médicos discutieron sobre el mejor modo de tratar su afección. Algunos se burlaron tanto del concepto de demonio como del exorcismo. Otros no estaban tan seguros.

Actualmente, Stacy, quien ya es toda una mujer, lleva una vida más o menos normal, aunque de vez en cuando sufre lo que su médico denomina «ataques».

Según él, Stacy tiene una enfermedad mental. Pero nosotros conocemos la verdad.

«En cuanto a nuestro buen amigo, el padre Martins, regresó a su Nigeria natal, un país que se encontraba en mitad de una guerra civil. El gobierno revolucionario odiaba a la Iglesia Católica y solía ejecutar a sacerdotes y monjas.

»Justo después de su regreso, el padre Martins fue visto por otros sacerdotes, pero no tardó mucho tiempo en desaparecer. Nadie le ha vuelto a ver desde entonces. Se supone que fue asesinado».

ARCHIVO DEL CASO EL ASESINO EN LA NIEBLA

Hace veinte años, la policía casi nunca asistía a nuestras conferencias, y los que venían era evidente que se sentían avergonzados de estar allí. En aquel tiempo, las personas con habilidades psíquicas, como es mi caso, todavía eran consideradas, en el mejor de los casos, actores y, en el peor, charlatanes.

Actualmente todo eso ha cambiado mucho.

Hoy en día son muchos los Departamentos de Policía de todo el país que se ponen en contacto de forma regular con personas «dotadas» para que les ayudemos en investigaciones de todo tipo.

En mi caso, la policía me ha pedido que les ayude a encontrar a niños desaparecidos, a descubrir a empleados que se dedicaban a robar y a rastrear a asesinos.

Uno de los casos más extraños en los que participé fue un homicidio que llevaba varios meses sin resolver y que había tenido lugar en las afueras de una ciudad del Medio Oeste; la mayoría de la gente creía que el caso no se resolvería jamás.

—Lorraine Warren

Es posible que, si no hubiera conocido a la familia, el teniente Grant Ferguson no se habría involucrado tanto en el asesinato de Barbara Harris. Sin embargo, seis meses después del homicidio, el caso Harris seguía afectándole, hasta el punto de que había empezado a influir en la relación con su mujer y sus dos hijos.

El teniente Ferguson, de treinta y ocho años, era un hombre orgulloso que había crecido en el peor barrio de la ciudad. Quería asegurarse de que las personas de clase trabajadora, en este caso los padres de Barbara Harris, recibían el mismo tratamiento por parte de la policía que el que disfrutaban los ciudadanos más prósperos de la ciudad. Por este motivo, Ferguson se obsesionó con su trabajo, una peligrosa actitud para un oficial de Policía que está investigando algo tan serio como un asesinato.

Los hechos son los siguientes: la noche del 12 de abril, Barbara Harris, de veinticinco años, regresó caminando a su casa desde el trabajo; Barbara era dependienta en una sucursal local de Target^[3]. Dado que la temperatura era agradable, unos 18 grados centígrados, al parecer la joven decidió dar un paseo por el camino de grava iluminado por la luz de la luna que corría paralelo a las vías del tren.

Un guardagujas que se encontraba en un terreno adyacente aseguró haber visto a Barbara en el camino de grava aproximadamente una hora antes de la hora fijada por el forense como el momento de la muerte. Por entonces, según el testimonio del guardagujas, la chica estaba sola y parecía completamente segura, disfrutando de una agradable tarde de primavera.

Por la mañana, el cuerpo apareció medio sepultado en un desagüe de hormigón a ochocientos metros de donde el guardagujas la había visto por última vez.

Ferguson, a quien le asignaron el caso, se quedó estupefacto cuando descubrió la identidad de la mujer. Pasó la mayor parte de la primera mañana de la investigación en la anodina y modesta casa de los padres de Barbara Harris, interesándose por sus hábitos, su vida personal y por cualquier persona nueva que pudiera haber conocido las últimas semanas. Tras hacer una lista de sus amigos, Ferguson se puso a trabajar.

Como suelen asegurar la mayoría de los oficiales de Policía, las primeras veinticuatro horas de una investigación de homicidio son fundamentales. Con cada día que pasa, disminuyen las probabilidades de atrapar al asesino. Se pueden destruir pruebas, el asesino puede irse de la ciudad o puede montarse una coartada.

Además, para desesperación de Ferguson, la escena del crimen ofrecía más bien poco. Se encontraron las huellas de un hombre cerca del desagüe, pero la lluvia de la mañana las borró casi todas. También se descubrieron dos colillas de una marca de cigarrillos muy popular entre la maleza, pero al final no revelaron nada.

Para complicar aún más las cosas, hubo incluso una confesión falsa. Un hombre regordete vestido con un traje oscuro y barato se presentó en la comisaría cuarenta y ocho horas después, pidió ver al teniente Ferguson y confesó directamente al asombrado policía que había matado a Barbara Harris porque le había sido infiel. El hombre insistió en que él y Barbara habían sido amantes.

Desconfiando de su testimonio, Ferguson comprobó los antecedentes del hombre y no tardó en descubrir que tenía un historial de graves problemas mentales y que en dos ocasiones había confesado ser culpable de asesinato en la zona de Buffalo. El hombre fue puesto bajo la tutela de funcionarios especializados en salud mental y lo dejaron en libertad.

Durante las dos semanas siguientes, Ferguson entrevistó a todas las amigas, antiguos novios y compañeros de trabajo de Barbara que pudo localizar. Esto fue lo que descubrió: aunque no muy agraciada, Barbara Harris había sido una chica agradable, extrovertida, inteligente y ansiosa por complacer. Quizás demasiado. Varias amigas le hablaron a Ferguson de algunas relaciones bastante embarazosas que había tenido la joven.

Los romances seguían todos la misma pauta: Barbara empezaba a salir con un hombre, se enamoraba desesperadamente de él y después toleraba cualquier tipo de degradación personal con el objetivo de mantener la relación intacta. Según la opinión de sus amigos, por desgracia, Barbara siempre elegía a hombres que no la respetaban. Aunque había tenido varias oportunidades para salir con hombres respetuosos y honorables, al parecer terminaba por aburrirse e, invariablemente, buscaba una razón para deshacerse de ellos.

Uno de sus novios había sido especialmente violento. Se trataba de un culturista que dirigía un gimnasio local. Algunos amigos de la víctima le contaron a Ferguson que el hombre, Bryan Yates, había pegado varias veces a Barbara, y en una ocasión de un modo tan violento que la joven tuvo que acudir a las urgencias de un hospital.

Ferguson tenía la intuición de que Bryan Yates podía ser el hombre que estaba buscando. Por desgracia, tras una hora interrogando al arrogante hombre, que además se mostró muy poco cooperativo, Ferguson descubrió que el gerente del gimnasio tenía una coartada para la noche en cuestión: había estado en la ciudad de Nueva York participando en un seminario de *fitness* y pasó la noche del homicidio rodeado de testigos.

Así es cómo se desarrollan la mayoría de las investigaciones de asesinato una vez terminada la fase preliminar: se sigue una pista tras otra y, por muy

prometedoras que parezcan todas, suelen terminar en un callejón sin salida.

Tres meses más tarde, tanto sus compañeros de trabajo como su familia empezaron a notar que Ferguson estaba obsesionado con el caso. Llamaba o visitaba a los Harris cada semana, siempre con una pertinaz actitud de disculpa y fracaso, como si se arrepintiera de haberlos decepcionado. También volvió a entrevistar semanalmente a las personas clave de la investigación con la esperanza de que cambiaran su historia o que recordaran algún detalle útil.

El verano fue muy caluroso. Ferguson echó por tierra las vacaciones familiares al pasarse la mayor parte del día en la habitación del motel haciendo llamadas de larga distancia a la ciudad, verificando y comprobando por enésima vez las pruebas y hablando con los Harris.

La última semana de verano, tanto su mujer como su comisario le dijeron que había llegado el momento de dejar de lado el caso, guardarlo en el archivo de casos por resolver y empezar a trabajar con igual diligencia en otros casos. El comisario mencionó la carga de trabajo que amenazaba con colapsar a sus demás compañeros, una carga que Ferguson no ayudaba reducir porque siempre estaba trabajando en el caso Harris. Su mujer mencionó a sus hijos, quienes tenían miedo de su padre. Últimamente tenía tendencia a los estallidos de mal genio y no parecían interesarle los asuntos familiares. Se pasaba la mayor parte del día pegado al teléfono.

Tras varias sesiones con el psicoterapeuta de la Policía, Ferguson finalmente reconoció que el caso Harris se había convertido en una experiencia malsana en su vida. Una vez más mostró la compasión que sentía hacia los Harris, quienes, de hecho, habían logrado seguir adelante con su vida mejor de lo que lo había hecho Ferguson, y después se entregó a la rutina habitual de un oficial de la Policía.

Aquel otoño trabajó en diversos casos importantes y fascinantes, entre ellos, el asesinato de una viuda rica que hizo que tanto Ferguson como su compañero aparecieran asiduamente en la televisión. Ferguson se convirtió en un personaje razonablemente famoso, lo que le ayudó a sacarse de la cabeza el caso Harris.

Llegó la nieve. Ferguson, ascendido por la rapidez y eficacia con la que había resuelto el asesinato de la viuda, tuvo la sensación de que el caso Harris por fin empezaba a desvanecerse. Aunque de vez en cuando aparecía una nueva pista, una o dos llamadas telefónicas demostraban que se trataba de otro callejón sin salida. Por entonces hablaba muy poco con los Harris, y sólo por teléfono.

Durante este período, Ferguson recuperó viejos hábitos, como sentarse en la sala de la televisión con los niños para ver series de comedia y de policías. Estas últimas le resultaban más divertidas que las comedias porque las series de televisión no tenían nada que ver con la realidad del trabajo policial.

Una noche, sin embargo, vio un programa en la televisión que le dejó conmovido: una entrevista a los «demonólogos», como los denominó el presentador, Lorraine y Ed Warren. En un primer momento, su escepticismo le impidió hacer mucho más que sonreír ante la pareja. Había sido educado para creer que cualquier cosa que tuviera que ver con la «investigación psíquica» era pura invención, normalmente con la intención de vaciarle los bolsillos a la gente.

Sin embargo, a medida que la entrevista avanzaba, Ferguson vio cómo se reducía su cinismo. Aquellos no eran fanáticos ni seguidores de Satanás de mirada enloquecida, sino personas interesantes y normales que no pedían nada a cambio. No eran estúpidos, ni fanfarrones, y no se dedicaban a invocar ningún poder oscuro. Hacían su trabajo de un modo razonable, inspirados por la fuerza que surgía de su profunda fe religiosa y el convencimiento de que muchas personas se enfrentaban, sin saberlo, a problemas que tenían que ver con el mundo sobrenatural.

Lo que más fascinó a Ferguson, sin embargo, fue cuando Lorraine reconoció haber trabajado en numerosas ocasiones con la policía para intentar encontrar a personas desaparecidas o a resolver homicidios.

A pesar de sus mejores intenciones, Ferguson no pudo evitar pensar de nuevo en el caso Harris.

¿Y si le pedía a una mujer con habilidades psíquicas que reconstruyera el homicidio y...?

Sentado en la oscuridad parpadeante de la sala de estar, sabedor de que no debería estar siguiendo aquella línea de pensamientos, Ferguson se sintió embargado por un nuevo entusiasmo por el caso Harris.

Por fin tenía ante él otra forma de...



—Con Lorraine Warren, por favor.

—Yo misma.

—Soy el teniente Grant Ferguson, detective de Policía. Anoche la vi en la tele. Aprovechando que está en el estado, me preguntaba si... podríamos hablar.

—Por supuesto. ¿Por teléfono, quiere decir?

—Por ahora, sí.

—No hay problema.

De modo que Ferguson le habló a Lorraine del caso Harris. Su respuesta le dejó impresionado. De nuevo, en lugar de hacer afirmaciones extravagantes, Lorraine Warren le dijo que su capacidad para «ver» era muy frágil.

A veces funcionaba y resultaba muy útil para las autoridades; otras veces no producía ningún resultado y era poco más que una pérdida de tiempo. Su modestia y su honestidad convencieron a Ferguson de que no era una charlatana en busca de publicidad.

—¿Hay alguna posibilidad de que vengan a la comisaría el próximo martes por la tarde? —le preguntó el detective.

Lorraine consultó su horario.

—Sí.

Ferguson le dio la dirección de la comisaría. Cuando colgó, estaba emocionado.

No comentó con nadie la inminente visita de los Warren. No quería poner nerviosos ni a su mujer ni al comisario.



Aquella noche Lorraine Warren tuvo problemas para conciliar el sueño. Antes de la medianoche se levantó tres veces y se quedó mirando por la ventana el oscuro paisaje invernal iluminado por la plateada luz de la luna.

El rostro de un hombre negro no dejaba de aparecer ante sus ojos, pero no estaba segura del motivo. No tenía la menor idea de quién era aquel hombre. De unos treinta años de edad, su atractivo rostro sugería una buena educación e inteligencia.

Pero ¿quién era? ¿Por qué su imagen no dejaba de aparecer en su conciencia?

Su último intento por dormir fue infructuoso. Uno de sus gatos se metió en la cama para dormir a su lado, pero como su ama, el animal tampoco podía conciliar el sueño. Finalmente, ambos se deslizaron en un duermevela incómodo.

Lorraine se despertó con los gritos de una joven en su mente.

Pensó en lo que el teniente Ferguson le había contado del asesinato.

¿Eran aquéllos los gritos de Barbara Harris?

¿Y quién era el hombre negro?



El trayecto desde el motel duró seis horas. El fuerte viento obligaba a los vehículos a circular lentamente por la autopista interestatal y, a pesar de eso, tanto los coches como los camiones eran zarandeados por las fuertes rachas de viento.

Los Warren llegaron a la comisaría media hora tarde.

El teniente Ferguson era un hombre alto y corpulento, con el pelo canoso y la apariencia de un exjugador de fútbol que se ha abandonado ligeramente. Durante las presentaciones, se mostró nervioso y un poco avergonzado. Los Warren estaban acostumbrados a situaciones como aquella. Incluso la gente que necesitaba desesperadamente su ayuda mostraba reservas respecto a sus supuestas habilidades. Según los Warren, debido a todos los prejuicios que existen en contra de los fenómenos sobrenaturales y ocultos en nuestra sociedad, es algo que cabe esperar.

—¿Por qué no salimos un rato? —dijo el teniente Ferguson mientras les indicaba apresuradamente la salida de la comisaría y miraba a su alrededor con ansiedad. Es posible que temiera que alguien pudiera reconocer a los Warren tras su aparición en la televisión de la otra noche.



Mientras circulaban por una carretera de grava llena de baches y se adentraban cada vez más en una destartada zona de la ciudad llena de almacenes oxidados y abandonados y terrenos del ferrocarril mal conservados, Lorraine empezó a tener migraña.

Obligada a cerrar los ojos cada pocos minutos, la imagen del hombre negro volvió a aparecer en su mente. Y también los agudos gritos de la joven.

El teniente Ferguson detuvo el coche patrulla en un acantilado de arcilla que daba a una zona boscosa especialmente densa. Era el típico lugar adyacente a las instalaciones de clasificación del ferrocarril, donde los vagabundos solían levantar sus pequeños campamentos.

Lorraine no se había alejado ni dos pasos del coche cuando los gritos en su mente se intensificaron. Ed, preocupado, le cogió la mano.

El teniente Ferguson los condujo por un sendero que desembocaba en una zona abierta repleta de latas de cerveza, colillas y envoltorios usados de establecimientos de comida rápida. Una hoguera apagada en el centro de la

zona les indicó que, efectivamente, los vagabundos utilizaban aquel sitio como lugar de reunión.

A medida que los gritos de la joven empezaron a disminuir en la mente de Lorraine, la imagen de Barbara se hizo más nítida.

—Disculpe, teniente.

—¿Sí?

—Barbara. ¿Era pelirroja?

—Sí.

—¿Y tenía los ojos verdes?

—Sí.

—¿Y un lunar en la comisura izquierda de la boca?

—Vaya, pues sí —dijo el teniente Ferguson—. Oiga, está...

—¿Por qué no seguimos? —dijo Lorraine.

Ed y Lorraine siguieron al teniente Ferguson, quien los condujo más allá del claro por un sendero estrecho que serpenteaba entre abedules y otros árboles de hoja caduca. El viento mecía las ramas desnudas, produciendo un sonido parecido a latigazos. El plomizo cielo gris hacía que el día fuera aún más desagradable.

Tras diez minutos caminando por el sendero, Lorraine se dio cuenta de que estaba sollozando. El sonido procedía de lo más profundo de su propio pecho e inmediatamente supo cuál era su origen. Las imágenes que veía en su mente le mostraron ahora a Barbara Harris deteniéndose a hablar con tres hombres montados en un vehículo la noche del asesinato. Lorraine intentó advertir a Barbara que se alejara del coche.

Sin embargo, Barbara se detuvo y bromeó con los hombres. Parecía conocerlos. Entonces uno de los hombres asomó la cara al aire nocturno. Estaba muy enojado. Lorraine vio que se trataba del atractivo hombre negro que había visto en sus sueños.

—Lorraine, Lorraine, ¿estás bien? —le preguntó Ed, rodeando con el brazo a su mujer.

—Estamos muy cerca.

—¿Cerca de qué, Lorraine? —le preguntó el teniente Ferguson. No costaba reconocer que el policía estaba emocionado.

—Cerca del lugar donde la mataron.

—¿Del desagüe?

El cuerpo fue encontrado en un desagüe de hormigón en la vertiente de la colina que quedaba a su derecha.

—No —dijo Lorraine. La imagen de un abedul ocupaba toda su mente. Era de noche, y vio cómo el hombre negro, y dos hombres blancos, empujaban bruscamente a Barbara Harris contra el árbol.

—Eran tres —dijo Lorraine.

—¿Tres asesinos?

—No. Sólo la mató uno. Pero había dos hombres más. Blancos.

Lorraine abrió los ojos, se apartó del sendero y avanzó por un terreno lleno de zarzas espesas y enredadas. Rodeó una enorme roca de granito y se detuvo frente a un abedul.

El mismo que había visto hacía tan sólo unos momentos.

Por entonces le temblaba todo el cuerpo. Los gritos de Barbara Harris volvieron a resonar en sus oídos.

—¡No! —gritó Barbara—. ¡No!

El apuesto hombre negro avanzó hacia ella. Hablaba con una voz profunda y clara. Había habido algún tipo de negocio —relacionado con drogas, supuso Lorraine— y Barbara le había traicionado con un traficante rival. Y el hombre lo sabía.

La golpeó brutalmente con la mano en un lado de la cabeza.

Barbara volvió a gritar.

Pero era demasiado tarde. El golpe de judo la dejó inconsciente. El hombre, llevado por un frenesí, empezó a golpearla repetidamente.

Cuando estuvo seguro de que estaba muerta, arrastró el cuerpo hasta el desagüe y lo introdujo en él.

Los ojos de Lorraine se llenaron de lágrimas al ver cómo el agua empapaba el cuerpo de Barbara Harris, dejando sus frágiles y pálidas piernas asomando por el desagüe.

—Cariño, ¿qué ocurre? —dijo Ed con cautela.

Lorraine miró al teniente Ferguson y esbozó una sonrisa.

—¿Le gustaría tener una descripción de los tres hombres?

Ferguson parecía cinco años más joven.

—¿En serio que puede describirlos?

Ella asintió.

—¿Ahora mismo?

—¿Tiene un libreta?

Ferguson se echó a reír.

—Por supuesto que la tengo, Lorraine. Por supuesto.



«Tres días después, los hombres del sueño de Lorraine fueron detenidos. Lorraine sufrió unos dolores de cabeza muy intensos y debilitantes. Desconocía el motivo exacto —comenta Ed—.

»A veces, cuando intentaba dormir, oía a Barbara Harris gritando, pidiendo ayuda».

A Lorraine sigue sin gustarle hablar de este caso. Hasta aquel momento, ni tampoco después, no había experimentado una «visión» tan clara. Y jamás ha vuelto a tener «visiones» que le provocaran un dolor físico semejante. Padebió fatiga y ansiedad durante varias semanas.

ARCHIVO DEL CASO INFESTACIÓN DEMONIACA

UNA ENTREVISTA CON LOS WARREN

A finales de octubre de 1973, el matrimonio compuesto por Jack y Janet Smurl compró la mitad de un dúplex en West Pittson, Pensilvania. En la otra parte del dúplex vivían los padres de Jack.

A partir de este inocente comienzo surgió una historia que apareció en las portadas de los principales diarios del mundo. Prácticamente todas las agencias del país enviaron reporteros para descubrir qué estaba pasando exactamente en el dúplex.

Cuando terminó la historia, aunque aún está lejos de «terminar» en cualquiera de los sentidos, habían participado en la controversia la Iglesia Católica, organizaciones policiales y centenares de vecinos.

Los acontecimientos del dúplex pasaron a dominar buena parte de nuestras vidas y, como la propia familia Smurl, nos preguntamos si sobreviviríamos a los incidentes que tuvieron lugar allí.

Nuestras habilidades para lidiar con lo sobrenatural nunca habían sido puestas a prueba hasta aquel límite.

—Ed Warren

P: ¿Comprendisteis inmediatamente que estabais ante un evento extraordinario?

Lorraine: Oh, sí. El primer día, cuando nos dirigíamos a West Pittson, unas fuertes ráfagas de viento zarandearon la furgoneta en la que viajábamos de tal modo que estuvimos a punto de volcar. Nos acompañaba una enfermera titulada que se llamaba Rosemary Frueh, una miembro regular de nuestro equipo de demonología. Asomó la cabeza por la parte delantera de la furgoneta y le dijo a Ed: «Tendría que haberme puesto el casco». Así de intensas eran las rachas de viento. Más tarde recuerdo que pensé que el viento había sido una señal, una advertencia para que diéramos media vuelta.

P: ¿Conocíais a los Smurl previamente?

Lorraine: No.

P: Habéis asegurado que, a veces, en cuanto llegáis a una casa las sensaciones del lugar os invaden de inmediato. ¿Sentisteis algo aquel día?

Ed: No, nos quedamos sentados en la furgoneta, observando el dúplex y el vecindario. Hacía un día agradable, a pesar del fuerte viento, y el barrio parecía muy tranquilo. Yo no le quitaba ojo a Lorraine, intentando descubrir qué le pasaba por la cabeza mientras lo observaba todo. Pero, en realidad, no sentimos nada fuera de lugar.

P: ¿Estabais decepcionados?

Lorraine: (*Riendo*). No. Lo creas o no, después de tres mil investigaciones, nos alegramos cuando nos encontramos con situaciones pacíficas que siguen siéndolo durante mucho tiempo.

P: ¿Cuál fue vuestra primera impresión de los Smurl?

Lorraine: Bueno, eso está relacionado con nuestra primera impresión de la casa: tranquila, de clase media, respetable.

Ed: Con la mayoría de las familias para las que investigamos casos en los que existen evidencias de infestación demoníaca, solemos detectar los problemas de inmediato.

Lorraine: Muchas familias con las que tratamos tienen otros problemas aparte de la actividad demoníaca. Nos encontramos con hogares destrozados, parejas al borde del divorcio o niños tan perturbados que necesitan la ayuda de un psiquiatra. Normalmente, resulta fácil entender por qué los demonios se han instalado en familias así. Hemos aprendido que, en líneas generales, las familias que tienen problemas sobrenaturales responden a un mismo patrón, problemas de alcoholismo, adulterio o incluso maltrato infantil, lo que permite que los demonios encuentren un lugar adecuado para instalarse.

P: ¿Me estás diciendo que los Smurl no eran así?

Lorraine: No, en absoluto. Jack y Janet eran muy trabajadores, unas personas muy honestas que habían criado a unos niños educados y felices.

Ed: Casi nos preguntamos si no nos habríamos equivocado de casa.

P: ¿Cómo os explicaron ellos sus problemas?

Ed: Bueno, desde que se mudaron allí, se habían producido varios sucesos inexplicables.

P: ¿Por ejemplo?

Lorraine: Un buen ejemplo sería lo que sucedió después de la remodelación del cuarto de baño. Habían instalado un lavabo y una bañera nuevos y, casi inmediatamente después, descubrieron unas huellas en todas las superficies, como si un animal con garras se hubiera paseado por todo el baño.

Ed: Después hubo una serie de pequeños pero, para nosotros, familiares ejemplos de la presencia de demonios. Olores fétidos en la casa. Golpes y voces en habitaciones vacías. Y Dawn, la hija pequeña, vio a unas personas flotando cerca del techo de su habitación.

P: ¿Cómo reaccionaron los Smurl a todo esto?

Lorraine: Ese es el problema. No sabían cómo enfrentarse a ello. Ponte en su piel: eres una familia de clase media agradable y normal, y, de repente, empiezan a suceder todos esos terribles acontecimientos. ¿Cómo los explicas? ¿Les hablas de ello a otras personas o prefieres no hacerlo por miedo a que piensen que toda tu familia está loca?

Ed: Janet, quien pasaba muchas horas sola en casa mientras hacía las tareas domésticas, se convirtió en el objetivo principal de los incidentes. Oía que la llamaban por su nombre, corría a la habitación contigua para ver quién era y la encontraba vacía. Un día vio una figura oscura de aspecto humano que parecía llevar una especie de capa. La temperatura de la habitación descendió bruscamente. Janet permaneció inmóvil mientras la observaba, y entonces se dio cuenta de que podía ver a través de ella.

Lorraine: Pero mantuvo la calma. Janet y Jack son dos personas muy fuertes.

Ed: Sí, dejó que la forma demoníaca atravesara la casa y, luego, fue hasta la casa contigua para ver cómo estaba su suegra. Janet se sobresaltó cuando Mary, la suegra, admitió que también había visto la forma oscura.

P: ¿De modo que la infestación afectaba a toda la familia?

Ed: En aquel momento, sí.

P: ¿Qué hicisteis?

Lorraine: Bueno, fuimos muy cautos, como siempre. A veces las cosas no son lo que parecen. Siempre existe la posibilidad de que, por algún motivo, la gente te engañe.

Ed: Pero inspeccionamos toda la casa con la ayuda de un equipo de investigadores psíquicos y quedamos convencidos.

P: ¿Qué encontrasteis?

Ed: Utilizamos una cámara infrarroja y una grabadora para ver si podíamos encontrar pruebas de la infestación.

P: ¿Y las encontrasteis?

Ed: Sí, apagamos las luces de la casa mientras Lorraine y el resto del equipo se quedaban en una de las habitaciones del piso superior. Ordené a los demonios que se marcharan mientras rociaba la casa con agua bendita. No tuvimos que esperar mucho.

Los demonios empezaron a golpear las paredes, tiraron un espejo que había sobre un escritorio y llenaron la pantalla de un televisor desenchufado con extraños resplandores que iluminaron de colores toda la habitación.

Lorraine: También hubo un hedor muy desagradable durante unos momentos.

P: Entonces, ¿no teníais ninguna duda de a qué os enfrentabais?

Ed: Ninguna en absoluto.

P: ¿Qué hicisteis después?

Lorraine: Intentamos involucrar al pastor local. En realidad, fue Janet quien lo intentó. Pero no tuvimos suerte. La Iglesia Católica es muy conservadora con los asuntos relacionados con el mundo sobrenatural.

P: ¿Cómo iban las cosas en casa de los Smurl?

Ed: De mal en peor. Una cosa muy importante sobre los demonios: cuando empiezas a desafiarlos, ellos sienten la necesidad de reafirmar su dominio. Por ejemplo, una pesada lámpara se desplomó del techo y estuvo a punto de matar a un miembro de la familia. Fue algo muy dramático, evidentemente, y aterrorizó a todos los habitantes de la casa, pero también estaban asustados por los golpes constantes en las paredes, los malos olores, las apariciones y los hurtos.

P: ¿Hubo hurtos?

Lorraine: Es una forma de terrorismo. A los demonios les gusta mover objetos importantes de un lugar a otro y ocultarlos o deshacerse de ellos de

forma permanente. Los Smurl perdieron muchas cosas valiosas durante aquella época. Además, la infestación parecía cebarse cada vez más con los niños.

P: ¿De qué modo?

Lorraine: Dawn Smurl, por ejemplo, se estaba duchando cuando notó cómo una presencia la cogía por los brazos y se rozaba contra ella de un modo inconfundible. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para conseguir salir de la ducha y llegar al pasillo, donde empezó a llamar a sus padres a gritos.

Ed: Sí, y, una noche, Shannon (los Smurl tienen dos hijas gemelas, Shannon y Carin) fue atraída desde su cama hasta la empinada escalera, donde la empujaron escaleras abajo.

Lorraine: Aquello los asustó mucho. Aparte del incidente de la lámpara, el de la escalera demostró que los demonios que infestaban la casa pretendían hacer daño a la familia.

Ed: Fue entonces cuando comprendimos que era necesario llevar a cabo un exorcismo completo.

P: ¿Recibíais algún tipo de cooperación por parte de la Iglesia?

Ed: En realidad, no. Le pedimos ayuda al obispo Robert McKenna, un sacerdote tradicionalista.

P: ¿Cómo fue el exorcismo?

Ed: Bueno, justo antes de eso se produjo un incidente aterrador. Jack Smurl fue violado por un súcubo.

P: ¿Podrías describir que ocurrió?

Ed: Una noche, mientras dormía en su cama, le despertó una mujer con aspecto de arpía y lo paralizó. Por supuesto, Jack quería gritar, estaba horrorizado por lo que tenía delante de él; la mujer tenía escamas en la piel y el pelo blanco y áspero, y le faltaban varios dientes. Sin embargo, lo tenía paralizado de algún modo. A continuación, se montó sobre él hasta alcanzar el clímax sexual.

P: ¿No pudo haber sido una pesadilla?

Ed: Oh, sí, es perfectamente posible. No obstante, cuando la anciana finalmente se hubo marchado, Jack fue tambaleándose hasta el cuarto de baño y descubrió que estaba cubierto por una sustancia pegajosa que la criatura había emanado por la vagina.

P: ¿Oyó algo de todo esto Janet Smurl?

Ed: A veces, cuando la noche es muy calurosa, Janet suele irse a dormir al sofá del salón, que es lo que había hecho aquella noche.

P: ¿Y Jack le contó lo que había pasado?

Ed: Por supuesto.

P: ¿Cómo reaccionó ella?

Ed: Como cabría esperar; estaba horrorizada y aterrorizada. Pero la violación no terminó ahí.

P: ¿No?

Ed: No. A la hora del desayuno, Dawn Smurl le dijo a su padre que había tenido una pesadilla en la que él era atacado por una horrible anciana a la que le faltaban muchos dientes y que tenía llagas por todo el cuerpo. Tuvieron que consolar a Dawn durante un buen rato.

P: ¿Cómo se enfrentaba la familia a esta situación?

Lorraine: Depende del día. Algunos se sentían muy positivos y estaban convencidos de poder superarlo todo. Y otros días estoy seguro de que tenían sus dudas.

Ed: No hay nada que pueda prepararte para una infestación demoníaca.

Lorraine: Incluso nuestro equipo de investigadores psíquicos, el cual incluye a pastores, agentes de Policía, enfermeras y profesores, a veces se deprime y se asusta.

Ed: Algunos miembros de nuestro equipo lo han dejado en mitad de una investigación porque estaban aterrorizados.

Lorraine: Hubo incluso un escritor que se negó a terminar un artículo sobre nosotros porque de repente empezaron a pasarle muchas cosas extrañas a él y a su mujer.

P: ¿Nunca terminó el artículo?

Ed: No, y jamás volvimos a saber de él.

Lorraine: Su mujer se lo prohibió. Por entonces estaba embarazada y tenía miedo de que le pasara algo malo a su hijo. No la culpo.

P: ¿Alguna vez os habéis asustado hasta el punto de querer dejar el caso?

Lorraine: Por supuesto. Muchas veces, de hecho. Pero tenemos una gran fe en el catolicismo y creemos firmemente que estamos desempeñando un servicio muy necesario para el mundo.

P: ¿Los Smurl apreciaban lo que estabais haciendo?

Lorraine: Totalmente. No podríamos haber encontrado a unas personas más amables. Nunca se quejaron; simplemente aceptaron sus circunstancias como una prueba de su fe.

P: Entonces, ¿procedisteis con el exorcismo?

Ed: Sí. El primero fue bastante complejo. Incluso tuvo algunos momentos muy hermosos. El obispo McKenna es un hombre muy fuerte y valiente.

P: ¿Tuvo éxito el ritual?

Ed: Durante un tiempo, sí. De hecho, nos alegró descubrir que después, mientras recorriamos la casa en busca de cualquier señal de infestación, la cocina olía a rosas.

Lorraine: Deberías haber visto a la familia. Dadas las circunstancias en las que nos habíamos conocido, nunca los habíamos visto realmente felices. Pero después del exorcismo lo estaban.

P: Lo cuentas con mucho entusiasmo. Debisteis de sentirlos muy complacidos en aquel momento.

Lorraine: Muchísimo. El obispo McKenna hizo un gran esfuerzo... Para las personas de nuestra edad, el ayuno necesario para el exorcismo tiene sus complicaciones. Y, además, los niños sonreían y reían por primera vez en muchos meses.

P: ¿Cuánto tiempo duró eso?

Lorraine: Por desgracia, sólo unos cuantos días.

Ed: Hablábamos con ellos constantemente, de modo que, poco a poco, empezamos a descubrir que la casa se estaba infestando de nuevo.

P: ¿Qué estaba pasando?

Ed: Bueno, regresaron los golpes y los siseos.

Lorraine: Y el dúplex de Mary Smurl, la suegra, se llenó de un hedor a aguas residuales.

Ed: Y Dawn vio cómo unos pendientes salían disparados de su joyero y volaban por la habitación.

Lorraine: Una mañana, Janet se despertó con unas enormes marcas en el brazo. Las marcas medían casi cinco centímetros de largo.

P: Entonces, los demonios habían vuelto.

Lorraine: Sí.

P: ¿Cómo respondieron los Smurl?

Ed: Empezaron a desesperarse. Querían que participaran los miembros de su iglesia, pero cuando éstos se negaron, Janet acudió a los medios de

comunicación.

P: Y la historia llegó a la prensa de todo el mundo, ¿verdad?

Lorraine: Exacto.

P: ¿Se explicó todo?

Ed: La mayor parte. La figura oscura volvía a atravesar las paredes y a causar problemas en los dos dúplex. Evidentemente, de eso sí se hicieron eco los medios.

Lorraine: Y, por supuesto, los distintos medios de comunicación se centraron en el aspecto más sensacionalista de la terrible experiencia.

P: ¿Informaron del segundo exorcismo?

Ed: (*Asintiendo*). Sí, unos días después del segundo exorcismo —dos días de tranquilidad para los Smurl—, una mujer rubia y resplandeciente apareció en mitad de la casa y después desapareció. Janet estaba sola en ese momento.

No se lo podía creer. Era la segunda vez que se dejaba llevar por la esperanza y ahora la infestación volvía a causar los estragos a los que estaban acostumbrados.

P: ¿Alguna vez trataron de huir de la casa?

Ed: Esa es una de las preguntas que nos hace casi todo el mundo. «¿Por qué no huían?». Bueno, de hecho, una vez sí que huyeron, en cierto modo. Se fueron de acampada a un parque estatal.

P: ¿Y qué pasó?

Ed: Que un demonio les siguió. Levantó un pesado cubo de basura y se lo lanzó a Jack.

P: ¿Así que no había escapatoria?

Ed: No sólo eso, sino que también era una cuestión de orgullo. Jack Smurl es un hombre muy trabajador y bastante orgulloso. Sentía que aquella era su casa, su familia, y que su deber era proteger ambas cosas. Por eso estaba tan frustrado. Jack es el tipo de persona que cree en la acción directa. Si tienes un problema, enfréntate a él, trata de solucionarlo ahora mismo. Sin embargo, eso es bastante difícil de hacer cuando quienes tienen la sartén por el mango son unos espíritus invisibles.

P: ¿Podíais hacer algo vosotros?

Lorraine: No mucho más de lo que ya estábamos haciendo: rezar mucho, inspeccionar todos los rincones de la casa, encontrar información sobre los anteriores ocupantes para, por ejemplo, descubrir si alguno de ellos «invitó» a entrar a los demonios..., pero, aparte de eso, los Smurl estaban solos.

P: ¿Cuándo entraron en escena los medios de comunicación?

Lorraine: Janet salió en un programa de televisión y, a partir de ese momento, todo se intensificó.

P: ¿No apareció una entrevista en un periódico?

Ed: Sí, después de que Jack sufriera otro ataque por parte de un súcubo.

P: ¿Otro ataque?

Lorraine: (*Asintiendo*). A veces, en los casos de posesiones, los demonios se sienten tan frustrados como los humanos. Quieren controlar cada vez más a las personas que están acosando. Y eso fue lo que ocurrió en la casa de los Smurl.

Ed: Sí, no había duda de que los demonios habían aumentado la escala de los ataques. Jack se escaldó las piernas con una fuente de calor que sólo el agua bendita pudo enfriar. Entonces el teléfono empezó a sonar toda la noche, incluso cuando estaba desenchufado, manteniendo en vela a toda la familia. Y una noche, cuando Janet estaba recostada en el sofá, un hombre con dos cuernos de aspecto animal que le sobresalían del cráneo apareció junto a ella con la intención de mantener algún tipo de contacto sexual. Sólo pudo librarse de él rociándole por encima agua bendita.

P: Por lo que explicáis, sus vidas se habían convertido en una pesadilla.

Lorraine: Sí, desde luego.

Ed: De hecho, a veces las cosas se pusieron tan feas que la familia incluso tenía miedo de hablar entre ellos.

Iban al garaje y se susurraban los planes para que los demonios no pudieran oírlos.

P: ¿Les ayudó en algo la repercusión pública?

Ed: Les ayudó en una cosa: empezaron a recibir llamadas de otras familias que habían tenido problemas similares con demonios. Al menos dejaron de sentirse tan solos, o tan raros. Entonces sabían que otras personas no sólo habían superado la experiencia, sino que habían sobrevivido.

Lorraine: Pero también vivían en una pecera. Cientos de espectadores acamparon en su calle con la intención de ver a algún miembro de la familia o presenciar algún suceso extraño en la casa.

Ed: Y no todo el mundo era amistoso.

Lorraine: Es verdad. Una persona lanzó una botella de cerveza por una de las ventanas de la parte delantera de la casa.

Ed: Y tuvieron que soportar muchas burlas. Puedes imaginártelo: los Smurl están locos, los Smurl se lo están inventando todo, los Smurl sólo quieren llamar la atención. Ese tipo de cosas.

Lorraine: Todo esto fue especialmente difícil para los niños.

P: ¿La historia tiene un final?

Ed: Bueno, supuestamente sí.

Lorraine: Pero nosotros no estamos de acuerdo.

Ed: Al final, los Smurl se mudaron. Creyeron que era la única opción que tenían.

P: ¿Y qué pasó?

Ed: Durante una temporada, todo fue bastante bien. No hubo ruidos, ni olores ni apariciones demoníacas.

Lorraine: Pero, lentamente, volvieron a aparecer.

P: ¿Dónde viven ahora?

Ed: Están escondidos, básicamente.

P: ¿Y de qué se esconden?

Lorraine: Están agotados. No quieren más publicidad ni más escrutinio público.

P: ¿Asumo que los demonios siguen acosándolos?

Lorraine: (*Con dudas y actitud triste*). Digamos que todavía no llevan la vida que les gustaría llevar.

Ed: Sí, eso es.



Recientemente, la casa de la familia Smurl ha sido exorcizada después de obtener el permiso por parte de las altas esferas del Vaticano.

ARCHIVO DEL CASO LO INNOMBRABLE

Éste es un caso que jamás olvidaremos. Lo que empezó siendo una investigación rutinaria sobre posibles fenómenos paranormales en el sur de California, terminó por convertirse en uno de los casos más extraños y escalofriantes de nuestra vida.

Debido a su temática, se trata de una investigación que no solemos compartir con el público. Sin embargo, ahora que finalmente podemos presentar al lector todos los hechos, queremos advertir de antemano que se trata de una historia muy impactante.

—Ed Warren

Joel Dewitt nunca le decía a nadie adónde iba los jueves por la noche, ni siquiera a su madre, una mujer de ochenta y un años con la que había vivido toda su vida, excepto por una estancia de un año en la escuela funeraria de Omaha. Joel tenía entonces treinta y ocho años.

Cuando empezó a salir los jueves por la noche (si hubiera sido por su madre, Joel *nunca* habría salido de casa, ni siquiera para ir a la funeraria Ruby, donde trabajaba como director), se disfrazaba.

A veces se calaba una gorra roja, se ponía uno de los viejos abrigos de su finado padre y un espeso bigote que había comprado en una tienda de artículos para el teatro.

Otras, se ponía una peluca de los Beatles que había comprado en 1964 para que sus compañeros de instituto le prestaran más atención. (La peluca,

como tantas otras iniciativas que había emprendido, sólo sirvió para que sus compañeros de clase le consideraran aún más extraño).

Otras veces incluso se ponía un chándal y un peluquín gris que le cubría perfectamente la calva. Con aquella indumentaria, parecía un atleta envejecido y sobrealimentado.

¿Por qué todos aquellos disfraces?

Porque Joel no quería que le descubrieran.

No quería que le descubriera su madre (Dios no lo quisiera).

Ni su jefe (en la funeraria solían comentar jocosamente que Arnold Ruby, sénior, se llevaba mejor con los muertos que con los vivos).

Ni sus vecinos, quienes, con total seguridad, se lo contarían (a) a su madre y (b) a Arnold Ruby.

Sus disfraces eran tan buenos que nunca le descubrieron.

Nadie del barrio descubrió nunca el patético secreto de Joel: se había vuelto un aficionado del cine pornográfico.

Aunque aquél no era su primer contacto con la pornografía. En absoluto.

En el armario de su dormitorio, bajo un montón de cajas repletas de piezas de aeromodelismo que nunca había sido capaz de montar, había una revista de desnudos. Joel pensaba que podía mantener una en secreto, pero más que eso sería una invitación a que le descubrieran.

Joel usaba la revista con frecuencia, y no sólo para masturbarse.

Por la noche, cuando su anciana madre roncaba al otro extremo del pasillo, Joel cogía la revista y la hojeaba detenidamente hasta encontrar el rostro más hermoso.

No los pechos más grandes ni las nalgas más redondeadas.

La cara más bonita.

Entonces le ponía un nombre a la cara. (Odiaba los nombres obviamente falsos que las revistas daban a aquellas mujeres: Candy, Trixie, Wanda y otros similares). Siempre era un nombre agradable.

Beth.

Susan.

Heather.

A continuación, se tumbaba en la cama de su pequeña y solitaria habitación e imaginaba que estaba casado con Beth o Susan o Heather.

No sólo imaginaba el sexo, aunque había mucho de eso, y era tan intenso y vital que casi enloquecía.

No; también imaginaba la vida cotidiana con esa mujer. Una casa en las afueras. Una noche frente al televisor comiendo palomitas de maíz. Un paseo

por el parque en octubre, con las coloridas hojas crepitando bajo sus pies y un viento frío y dulce envolviéndolos.

Era tan agradable, tan esencialmente puro.

A veces Beth, Susan o Heather eran en realidad Shannon Lee, la chica del instituto a la que había amado de un modo tan alocado como inútil, siempre temeroso incluso de saludarla.

Pero entonces su madre, tras despertarse de una de sus pesadillas, le llamaba y la fantasía se desvanecía. Entonces se apresuraba por el pasillo, aterrorizado de que su madre pudiera morir, al tiempo que la parte más culpable de sí mismo confiaba en que ocurriera de una vez.

Cierto día, mientras volvía a casa desde la funeraria Ruby, pasó por delante de una sórdida pero excitante sala de cine porno y algo cambió para siempre. Se quedó pasmado, rodeado por el clamor de la tarde primaveral, mientras el humo del autobús, las bocinas de los coches y los gritos de los niños se desvanecían lentamente.

Ahora sólo cabía una realidad: la fotografía de tamaño natural de una mujer muy hermosa y sexy, inclinada de modo sugerente... y que parecía estar mirándole fijamente.

Aquello sugería mucho más que las fantasías de las casas en las afueras, las noches frente al televisor comiendo palomitas de maíz o los paseos por el parque.

Aquello era sexo puro y duro en su forma más abrumadora.

Joel jamás se había sentido tan confundido.

¿No era ya lo suficientemente mayor y responsable como para tomar la decisión de entrar en el cine?

Sí.

Pero ¿no tenía miedo también de lo que su madre pudiera llegar a hacer si alguna vez lo descubría?

Sí.

Podía imaginarla armando un escándalo.

Sollozando.

Gritando.

Agarrándose el pecho y asegurando que probablemente sólo le quedaban unos minutos de vida.

Y, después, cogiendo su crucifijo especial del escritorio (de niña había visitado Roma y el papa había bendecido personalmente aquel crucifijo) y sosteniéndolo frente a ella como la víctima de un vampiro en una película de terror.

Si se enteraba que había ido a un cine donde se exhibían películas X, se moriría del disgusto.

¿Cómo iba a vivir con aquella culpa?

Rápidamente, antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse después, se obligó a sí mismo a alejarse del cine.

Unas calles más allá, a medida que la tensión sexual que lo había embargado empezaba a disiparse, se le ocurrió por primera vez la idea del disfraz.

De niño, uno de sus programas favoritos de la televisión era *Jim West*. Aunque su madre había expresado muchas veces su disgusto por las mujeres semidesnudas que siempre se ofrecían al agente especial Jim West, Joel lo veía siempre que podía.

Su parte favorita era cuando Artemus Ward, interpretado magistralmente por Ross Martin, se disfrazaba para llevar a cabo una misión encubierta. En ocasiones, sus disfraces engañaban incluso a Jim West, interpretado por Robert Conrad.

La siguiente noche, con la peluca de los Beatles, unas gafas de carey y el bigote de la tienda de teatro, Joel asistió a su primera película pornográfica.



La sala le pareció una cueva eléctrica.

Se sentó en la última fila con unas palomitas de mantequilla y una Coca-Cola extragrandes (en las salas de porno no hay productos *light*, sólo cosas auténticas), y se dispuso a disfrutar con las imágenes mágicas en technicolor que transitaban de una forma tan erótica por la pared de la cueva.

Toda su vida Joel había soñado con poseer a las mujeres del modo en que eran poseídas en aquellas películas.

Allí sentado, indiferente a las demás personas que había en la cueva, sudó, se retorció y gimió con las imágenes que bailaban en la pared y que le ofrecían un húmedo y sensual atisbo de mujeres desconocidas.

Acudió a la sala X veinticuatro jueves seguidos.

Por supuesto, en la ansiosa oscuridad del confesionario, confesó su pecado al párroco, con su aliento rancio, a cebolla, colándose a través de la fina tela que los separaba.

Cuando se arrodilló para decir su penitencia, la tenebrosa iglesia le recordó a la sala X.

En algún momento alrededor de la decimoctava semana, su madre empezó a sospechar algo.

—Lo anoto.
—¿Qué anotas, madre?
—Cuándo te vas.
—¿Cuándo voy adónde?
—¿Cuándo vas adónde? Sólo porque sea vieja no significa que sea estúpida.
—No, madre.
—Vas a un lugar al que no se supone que debes ir.
—¿Cómo lo sabe?
—Porque en mitad de la noche, los jueves, entro en tu cuarto con mi vela sagrada y te observo mientras duermes. Se te contrae todo el cuerpo. Pareces una persona anciana a punto de morir.
—Voy a la bolera.
—A la bolera. ¿Y esperas que me crea eso? —Le clavó su ojo oscuro de vieja arpía—. Es una chica, ¿verdad?
Joel se sonrojó. Desde muy pequeño, su madre había tenido una forma de decir la palabra «chica» que siempre le provocaba una vergüenza intolerable.
—No —repuso—. Se lo prometo. No es una chica.
El ojo de la anciana examinó su rostro como si tuviera rayos X.
—Entonces, ¿a dónde vas?
—A la bolera.
—Venga.
—Y después de los bolos, doy un paseo. ¿No se ha fijado que he perdido volumen en la cintura?
—Venga. La tienes más grande. El mes pasado tuve que ensancharte todos los pantalones. Es una chica, ¿no?
—No —dijo Joel, y como no sabía qué más hacer, se fue a su habitación.
La madre se quedó al otro lado de la puerta.
—¡Es una chica! ¡Lo sé! —le gritó.
Joel se cubrió la cabeza con la almohada para no oírla.
Poco después se marchó.



Decir que Joel Dewitt nunca había visto a una mujer desnuda no era técnicamente cierto.

De hecho, Joel había visto a muchas mujeres desnudas.

El problema era que las mujeres desnudas estaban muertas.

Como parte de su trabajo como director de la funeraria, Joel ayudaba en el proceso de embalsamamiento. Las primeras veces que lo había hecho, tuvo la sensación de estar trabajando en un matadero.

Cuando se trabaja en una funeraria, uno llega a saber que los seres humanos no son más que carne, como los terneros o los cerdos.

Puede que el alma sea algo hermoso y se eleve para reunirse con Dios, el Padre, Jesús, el Hijo y el Espíritu Santo, pero el cuerpo sigue siendo un recipiente frágil que se descompone rápidamente y que sólo alberga durante un corto período de tiempo lo que denominamos vida.

Casi siempre que trabajaba con cadáveres, Joel tenía un truco para evitar mirarlos directamente.

Es decir, era perfectamente consciente de lo que estaba haciendo, incluso podría decirse que era todo un experto en su trabajo, pero no dejaba que sus ojos se detuvieran en ninguna parte de los cuerpos desnudos.

Para empezar, era pecado.

La carne era carne, estuviera viva o muerta.

Y, por otro lado, resultaba espeluznante.

A veces Joel esperaba que la persona en la que estaba trabajando se incorporara y empezara a reír y a decir que todo era una broma.

La muerte no existe, Joel.

Todo es una broma.

Joel incluso soñaba con que tales cosas pasaban. Tal vez aquella pequeña broma era su forma de mantenerse alejado de la realidad a la que se enfrentaba todos los días.

Hasta que vio a la joven de veinticuatro años que había fallecido de causas naturales.

Su abundante pecho y sus caderas femeninas le recordaron a las mujeres que veía en las películas pornográficas.

No podía creer —de hecho, intentó negárselo a sí mismo— los sentimientos que le abrumaban.



Aquella primavera, Ed y Lorraine Warren estaban disfrutando de un éxito sin parangón como invitados de un circuito de conferencias.

También estaban a punto de alcanzar el asombroso récord de más de dos mil investigaciones minuciosas de casos paranormales en EE. UU., Europa y Australia. Además, impartían cursos de demonología y ciencias paranormales en diversas universidades del país.

Teniendo todo esto en cuenta, la llamada que recibieron por parte de una mujer muy tímida podría haberles pasado desapercibida. La mujer les habló de su hermano, quien se estaba comportando de un modo extraño. El hermano vivía con su madre. Entonces la mujer dijo algo que despertó el interés de los Warren:

—El domingo pasado mi hermano levitó.

—¿Se lo ha contado su madre? —le preguntó Ed.

—No, yo estaba sentada a tres metros de él. Lo vi con mis propios ojos.

Ed y Lorraine Warren sintieron un especial interés por la reservada joven y su formidable hermano.



—¿No me quieres?

—Claro que te quiero. Por eso tu hermana y yo los hemos invitado.

—Si me quisieras, no permitirías que me examinaran personas extrañas.

—Sólo quieren ayudarte.

Joel y su madre habían tenido la misma discusión durante todo el día.

Joel no entendía por qué su hermana Tanya se había puesto en contacto con los Warren, el matrimonio que había visto en *Mike Douglas* ^[4].

—Es obra del diablo —insistió su madre—. No puedes imaginar cómo fue.

Estabas tumbado en ese sofá de ahí, dormido. Y entonces todo tu cuerpo empezó a elevarse en el aire.

Como de costumbre, estaba sentada en la sala de estar, con un viejo y polvoriento vestido de cachemir oscuro pero descolorido, con cuello alto de volantes blancos y un enorme broche. Tenía el cabello gris, y lo llevaba tan recogido que casi parecía una peluca. Apoyaba los nudosos nudillos sobre el mango del bastón.

—No quiero que vengan.

—Me estás ocultando algo, Joel. Te pasa algo.

—No me pasa nada. Tengo mucho trabajo, eso es todo. Estrés.

—Esto es obra del diablo —volvió a decir ella.

Joel se marchó a su cuarto y cerró la puerta detrás de él.

Se cubrió la cara con ambas manos.

¿Y si los Warren no eran el fraude que imaginaba que eran?

¿Y si eran capaces de descubrir lo que Joel había estado haciendo?

Los Warren volaron a la Costa Oeste...



—Joel, estos son los Warren.

Joel estaba de pie junto a la mesa del comedor. A pesar del sobrepeso, la camisa blanca almidonada y los pantalones oscuros le hicieron pensar a Lorraine en la ropa que llevaría un niño para su primera comunión.

Aunque de una forma un tanto siniestra, había algo infantil en Joel.

—Hola —dijo éste.

—Nos gustaría hablar contigo —dijo Ed sin andarse con rodeos—. Sobre lo que ocurrió aquí la semana pasada.

—Creo que se lo imaginaron —repuso Joel.

—¿Eso crees?

Joel se encogió de hombros.

—Estaban preocupadas por mí. Sería algo lógico, ¿no?

—¿El qué sería lógico?

Joel volvió a encogerse de hombros. Pese a que en la habitación se estaba fresquito, Joel había empezado a sudar copiosamente.

—Que la preocupación las llevara a imaginar cosas.

—No necesariamente —dijo Ed.

Su hermana Tanya, una mujer delgada y atractiva, intervino:

—¿Por qué no nos sentamos y tomamos un poco de café y pastel de manzana? Lo he hecho yo misma.

Todos se sentaron. Joel parecía un niño de seis años al que estuvieran riñendo por no comerse la verdura.

Durante los primeros veinte minutos de la entrevista, se mostró malhumorado y poco cooperativo. Sólo empezó a comportarse de un modo más agradable cuando su anciana madre se dedicó a dirigirle señales de advertencia con sus ojos oscuros y líquidos. Ojos de cuervo, pensó Ed.



«Entrevistamos a Joel en seis ocasiones —asegura Ed— antes de empezar a entender lo que ocurría. Con cada nueva entrevista, Joel se recluía cada vez más en sí mismo. Para entonces, no nos cabía ninguna duda de que había levitado. Tampoco teníamos dudas de que su madre tenía razón, que lo que estábamos presenciando allí era obra de las fuerzas satánicas.

»Era evidente que Joel estaba ocultando algo. Es un problema al que solemos enfrentarnos con bastante frecuencia. Al llegar a una casa,

preguntamos si en los últimos meses les ha ocurrido algo extraño a alguno de los miembros de la familia; la respuesta casi siempre es no.

»La gente tiene miedo de hablar. A veces es producto de la reticencia natural a revelar secretos familiares, incluso si los secretos no son dañinos ni embarazosos. Pero, otras veces, la gente sabe que tiene algo que ocultar y por eso no nos dice nada.

»Con Joel nos pasó eso. Era obvio que estaba ocultando algo, pero íbamos a tener que arrancárselo.

Tras la sexta entrevista, durante la cual la hermana les informó de un nuevo incidente de levitación y la madre les aseguró haber vuelto a oír voces extrañas procedentes de la habitación de Joel, Ed y Lorraine empezaron a trabajar en una explicación para todo aquello que las dejó boquiabiertas.

«Al principio rechazamos la idea —dice Ed—. No sólo parecía improbable, sino incluso un pecado siquiera considerarla. Aunque habíamos oído hablar de algunos casos similares, nunca nos habíamos enfrentado a uno en primera persona».

Para la séptima entrevista, Ed llevó una cámara de vídeo y convenció a la familia de que iba a grabar el apartamento porque, a veces, la cinta infrarroja puede captar cosas que el ojo humano es incapaz de percibir.

La verdadera intención de Ed era intimidar sutilmente a Joel con la cámara. Cuando sintiera el objetivo de la cámara sobre él (Ed pretendía sugerir de forma casual que grabaran la entrevista), tal vez Joel sintiera la presión y empezara a hablar honestamente sobre lo que había estado ocurriendo en su vida.



—¿Te gusta tu trabajo, Joel? —le preguntó Ed.

—Sí.

—¿Alguna vez te has planteado cambiar de trabajo?

—No.

—¿Tienes mucha presión?

—A veces, cuando hay dos o tres funerales el mismo día.

—¿Y qué te parece trabajar con personas muertas?

—¿Quiere decir si me molesta?

—Sí.

—No, no me molesta. Estoy acostumbrado.

—Supongo que a veces embalsamar cadáveres puede resultar bastante desagradable.

—Depende de la persona.

—¿A qué te refieres? —se interesó Ed.

—Bueno, es evidente que es muy triste cuando muere un niño pequeño.

Incluso los directores de funeraria, quienes tienen que aprender a aceptar la muerte, tienen problemas con los niños pequeños. He visto cómo mi jefe se desmoronaba y lloraba cuando ha tenido que enterrar a un niño.

—Pero, normalmente, ¿no te molesta trabajar con cadáveres?

—Normalmente no. Puede que sea distinto con un accidente grave de coche. O algo muy macabro.

—Pero los casos normales...

—No.

Ed hizo una pausa.

—¿Alguna vez has oído hablar de directores de funerarias que se toman ciertas libertades con las personas que entierran?

—¿Ciertas libertades?

—Libertades sexuales.

—No, no lo he oído nunca.

—Me han dicho que a veces sucede.

—¿En serio?

—Sí.

—Bueno, es un tema bastante desagradable de tratar, especialmente en mi propia casa, con mi madre y mi hermana en la habitación de al lado.

Ed observaba el rostro de Joel con suma atención.

—¿Alguna vez trabajas con mujeres atractivas? —preguntó Ed.

—¿Se refiere a mujeres fallecidas que son atractivas?

—Sí.

—Algunas veces.

—Entonces ¿las ves desnudas?

—Por supuesto.

—¿Alguna vez has sentido deseo carnal por ellas?

—Por supuesto que no.

Joel tenía todo el cuerpo cubierto de una pátina de sudor. Temblaba y no dejaba de mordisquearse el labio inferior.

—¿Qué intenta decirme?

—Únicamente que la gente no levita sin un motivo.

—No quería que los invitaran a venir.

—Lo imagino, Joel.

—Lo que haga con mi vida no es asunto suyo.

—Cálmate, Joel.

—¿Por qué debería calmarme? Ésta es mi casa y usted está haciéndome preguntas asquerosas.

—¿Quieres un vaso de agua?

—No.

—¿Quieres que llame a tu madre para que puedas calmarte un poco?

—No.

Ed hizo una pausa.

—¿Joel?

—¿Qué?

—A veces, cuando cometemos un pecado especialmente malo, invitamos a los demonios a entrar en nuestras vidas.

—Yo voy a misa tres veces por semana.

—Ya lo sé.

—Y rezo el rosario todas las noches.

—También lo sé.

—No soy un hombre malo.

—Estoy seguro de que no lo eres.

Joel señaló la cámara.

—¿Por qué está encendida?

—Me gustaría estudiar la grabación más tarde.

—¿Por qué?

—Porque a veces la cámara ve cosas que se nos escapan.

—¿Como qué?

—Bueno, demonios, por decirlo simple y llanamente.

—¿La cámara graba cosas que no se ven?

—A veces, sí.

La respuesta pareció apaciguar a Joel. Se dio la vuelta y se quedó mirando por la ventana con aire de tristeza.

—No entiendo cómo puede pensar que soy capaz de hacer algo así —dijo Joel.

—Sólo quiero ayudarte, Joel. Soy tu amigo, no tu enemigo.

—Las mujeres que veo desnudas... —Vaciló.

—¿Sí, Joel?

—A veces son... —Volvió a dudar.

—¿Sí?

—Admito que a veces son muy sexis.

—¿De verdad?

—Sí, debo reconocerlo. Pero nunca he...

—¿Nunca qué?

—Nunca las he tocado.

—¿De ninguna manera?

Joel negó con la cabeza.

—¿Hay algo más que quieras decirme, Joel?

Las lágrimas empezaron a acumularse en los ojos y a correrle por las mejillas regordetas. Joel apretó los puños de modo inocente y empezó a golpearse los muslos.

Ed supo que Joel estaba confesando haber tenido relaciones sexuales con algunos de los cadáveres en los que había trabajado. El problema era que no podía verbalizarlo.

—Debes ser fuerte, Joel —dijo Ed.

—Lo sé.

—Aunque hayas hecho cosas de las que te avergüenzas, no es tarde para cambiar.

—Lo sé.

—Si lo deseas, puedes deshacerte de los demonios.

Entonces Joel lloraba abiertamente.

—¿En serio?

—Sí.

—Las pesadillas... —Empezó a sollozar como un niño—. Veo a las mujeres muertas en mis pesadillas, mujeres desnudas, que vienen hacia mí, enojadas por lo que les hice...

—Aún estás a tiempo de parar, Joel. Tu madre y tu hermana te quieren mucho. Puedes sacar fuerzas de ellas, Joel.

Ed dejó que Joel se desahogara.

Finalmente, tras unos cinco minutos, Ed se levantó sin decir nada, fue hasta la sala de estar y les hizo un gesto a la madre y a la hermana.

—¿Por qué no entran y hablan con Joel un rato?

—¿Han hecho algún progreso hoy? —preguntó Tanya.

—Oh, ya lo creo —dijo Ed solemnemente—. Hemos hecho grandes progresos.



«Por muy escabrosa que sea esta historia, ilustra una realidad simple y dramática que siempre tenemos presente. Por muy sórdidas que sean las

circunstancias, en el centro de todos los incidentes demoníacos hay un ser humano con problemas», comenta Lorraine.

Joel, pese a no ser el tipo de ser humano que la mayoría de nosotros encontraríamos interesante, era un hombre decente que intentaba seguir adelante con una vida terriblemente solitaria y confusa.

Cayó probablemente en el peor pecado de todos, la necrofilia, y al hacerlo, entregó su vida al diablo.

La lucha por liberarse de su tormento todavía continúa.

ARCHIVO DEL CASO LA OSCURIDAD DEL MÁS ALLÁ

Lorraine y yo hemos participado en muchos casos en los que un adolescente curioso atrae virtualmente (y, en algunos casos, literalmente) a una casa a espíritus malignos. No obstante, el que tuvo lugar al norte del estado de Nueva York resultó ser uno de los más inquietantes porque no estuvo exento de algunos aspectos bastante cómicos.

Aunque la protagonista tiene ahora veinticinco años y es la madre de dos niños, es poco probable que alguna vez olvide lo que le sucedió tras empezar a aficionarse a las novelitas de temática demoníaca.

—Ed Warren

Tal vez era su aliento, pensó Denise Summers. Tal vez tenía mal aliento y no se daba cuenta.

O tal vez era su nuevo perfume.

Sea lo que fuere, su repentina falta de popularidad entre sus amigos de undécimo curso resultaba difícil de explicar.

En definitiva, era una jovencita de dieciséis años guapa y simpática que sólo dos semanas antes había sido una de las chicas más populares de su clase. Pero entonces...

Entonces su novio, con el que llevaba saliendo once meses, rompió con ella de buenas a primeras.

Y el gerente del McDonald's en el que trabajaba después de clase decidió sacarla del mostrador y meterla en la parte de atrás, donde nadie podía verla.

Como si se avergonzara de ella o algo así.

¿Cuál era el problema? ¿El mal aliento? ¿Su nuevo perfume? ¿Un repentino caso de lepra del cual era la última en enterarse?

En aquel momento, Denise aún no había establecido ninguna conexión entre los libros que había estado leyendo últimamente y la repentina crisis en la que parecía encontrarse su vida social.

No obstante, un rápido vistazo a su librería permitía descubrir que sus gustos literarios eran, cuando menos, curiosos.

En el primer estante había títulos como *El demonio total*, *Satanás es mi amigo* y *Mis noches con los demonios*. Por no mencionar la segunda estantería, que incluía obras maestras tales como *Contacto con el Otro Reino*, *Quince semanas en el infierno* y *Descubriendo la oscuridad*.

El verano anterior, Denise había trabajado de canguro y se había dedicado a leer todos los libros que los Webber tenían amontonados en su desordenada casa. Los Webber parecían tener un interés genuino en los asuntos paranormales, de ahí todos aquellos libros extraños sobre otros mundos más allá de éste.

Sin embargo, Denise no se tomaba aquellas obras demasiado en serio. Le encantaba hojear los libros, descubrir algún conjuro que supuestamente abría las puertas del infierno y recitarlo en voz alta varias veces, hasta que empezaba a reír tanto que las lágrimas le empapaban las mejillas. Una diversión buena e inofensiva.

Pero entonces sus amigas empezaron a encontrar motivos para dejar de serlo. ¿Qué estaba pasando?



«Había algo en ella. Ni siquiera sé si soy capaz de explicarlo —dice un joven llamado Michael Elwell al entrevistador—. Era una chica realmente guapa con la que la mayoría de los chicos quería salir, pero entonces algo cambió en ella.

»Recuerdo que un día la vi por el pasillo y me di cuenta de que había un aura muy oscura a su alrededor. La cara le brillaba y parecía una auténtica arpía. Sin embargo, cuando parpadeabas, el aura desaparecería y Denise volvía a ser la de siempre.

»No era el único que se dio cuenta. Su novio, Chris, también lo hizo. Por eso rompió con ella. Estaba muy asustado. Aunque la gente murmuraba sobre ella todo el tiempo, ella no parecía darse cuenta».

Julie Sheppard, una mujer brillante y atractiva que había sido la mejor amiga de Denise, posteriormente explicó lo siguiente:

«Un día, mientras dábamos un paseo después de clase, la vi cambiar de forma. Literalmente. Se convirtió en un demonio.

»Yo no grité; pensé que me estaba volviendo loca o alucinando y que si gritaba, sólo conseguiría que la gente pensara que tenía un problema. Pero entonces empecé a hablar con otros chicos y me dijeron que ellos también habían visto cosas extrañas en Denise».



Denise fue consciente de sus problemas por primera vez mientras volvía a casa en compañía de Dan, un niño de nueve años.

Dan llevaba un año perdidamente enamorado de Denise. A menudo le preguntaba a ésta si creía que un hombre joven y una mujer mayor podían tener una relación. Denise siempre sonreía para sí y le aseguraba que no.

Una tarde, de camino a casa desde la escuela, Dan montado en su bici Schwinn varios metros por detrás de ella, Denise se dio la vuelta para mirarle... y el niño empezó a gritar como un personaje en una película de ciencia ficción que acabara de ver a un monstruo.

Empezó a pedalear para deshacer el camino, obviamente asustado incluso de mirar hacia atrás.

Aturdida y recelosa, Denise continuó observando al niño durante varios minutos más.

También pensó en el extraño comportamiento de otras personas.

¿Qué estaba pasando aquí?

Siguió caminando hacia su casa.



Aquella noche, mientras se estaba aplicando un poco de Clearasil en un grano, Denise comprendió finalmente el motivo por el que todos sus amigos—incluso el enamorado Dan— habían estado actuando de una forma tan extraña en su presencia.

Aquella noche, frente al espejo, vio a la vieja arpía que los demás habían vislumbrado: la pus supurándole de unas llagas que parecían cráteres lunares, unos ojos rojos que emitían un brillo espeluznante, unos dientes que no eran más que tocones ennegrecidos y unas verrugas que se retorcían formando ángulos extraños y repugnantes.

Cuando la encontraron sus padres, yacía desnuda en el suelo del cuarto de baño, sollozando, gritando y rodando de un lado a otro como si estuviera poseída por una fuerza invisible.



—¿Señora Warren?

—¿Sí?

—Mi nombre es Ellie Summers. El padre McCabe me dio su teléfono.

—Ah, sí. ¿Cómo está el padre McCabe? No nos hemos visto desde hace algún tiempo.

—Está bien. —Pausa—. La llamo por mi hija. Está... teniendo algunos problemas.

—¿Qué tipo de problemas, señora Summers?

—Bueno, cree que está poseída por un espíritu.

A continuación, la señora Summers le habló sobre los libros de ocultismo que Denise había estado leyendo. Y sobre el extraño comportamiento de sus amigos.

Lorraine escuchó pacientemente y después dijo:

—¿Ha estado experimentando con los conjuros que aparecen en esos libros, señora Summers?

La madre, como es habitual en los padres, se puso ligeramente a la defensiva.

—Bueno, en realidad se lo estaba tomando como una broma, señora Warren... Es decir, no se lo estaba tomando en serio. Pero anoche la oí gritar y subí corriendo a su habitación.

—¿Descubrió algo?

—No vi nada, pero hacía mucho frío en la habitación. Mucho. Y eso que era una noche de primavera muy agradable y cálida.

—¿Podría describir el frío que sintió?

—Me recordó al frío en el interior de una cámara frigorífica para la carne. Ya sabe, esas cámaras en las que entras y empiezas a tiritar.

Como Lorraine sabía muy bien, aquél era un signo habitual de las infestaciones demoníacas. El frío repentino solía significar que un demonio estaba dando a conocer su presencia a la persona que le había permitido hacerse presente.

—¿Le explicó Denise por qué estaba gritando?

—Me dijo que alguien le estaba manoseando el cuerpo. Como si... Bueno, de un modo sexual, ¿entiende?

—¿Dónde está ahora Denise?

—Le dije que hoy no fuera a la escuela, que se quedara en casa. Está arriba, durmiendo. ¿Podría venir hasta aquí para visitarla?

—Sí, inmediatamente. Llegaremos por la tarde.

La señora Summers suspiró.

—Hay algo más, señora Warren.

—Diga.

—Cogí una Biblia, entré en su habitación y empecé a leer... —La señora Summers hizo una pausa—. Y yo también noté las manos. En todo el cuerpo. Con la misma intención sexual. Toda la familia está muy asustada, señora Warren. No sabemos qué hacer.

La señora Summers rompió a llorar.

Lorraine Warren la consoló lo mejor que pudo y le prometió que ella y Ed llegarían lo antes posible.

—Por favor, dense prisa —dijo la señora Summers—. Por favor.



Por la tarde, Lorraine y Ed Warren se encontraron con una familia muy preocupada esperándolos en una casa de las afueras bien cuidada pero modesta.

El señor Summers, un hombre corpulento que trabajaba de capataz de una fábrica, permaneció sentado en el salón y no se levantó para recibirlos. Apenas les dirigió un saludo. Parecía avergonzado de que los Warren estuvieran allí, y lo estuvo aún más cuando su mujer empezó a explicarles otros detalles que no se había atrevido a tratar por teléfono.

- Denise había estado conversando con un chico de dieciocho años que llevaba muerto muchos años y que había acudido a ella después de uno de sus conjuros. El espíritu del chico no dejaba de susurrarle palabras con un alto contenido sexual y de asegurarle que le gustaría tener relaciones carnales.
- Denise, en un intento por deshacerse del espíritu, había llevado una Biblia a su cuarto y el espíritu se la había arrancado de las manos y la había hecho pedazos.
- Una semana atrás, en mitad de la noche, las manos demoníacas volvieron a encontrar a Denise y, esta vez, también la penetraron. Cuando Denise se resistió, el espíritu la arrojó de la cama y empezó a golpearla con tanta furia que Denise terminó cubierta de cicatrices y moretones.

- Al día siguiente, mientras descansaba, el espíritu empezó a tocarle los pechos y a susurrarle obscenidades, invitándola a unirse a otros espíritus en el reino del más allá.
- La segunda vez que Denise experimentó un frío gélido en su habitación, también vislumbró horribles criaturas, algunas sin ojos ni nariz, otras con heridas abiertas y supurantes, moviéndose por la habitación y realizando amenazas sexuales.

—Ahora está en su cuarto —dijo la señora Summers.

Todavía avergonzado, el señor Summers añadió:

—¿Todo esto no podría ser sólo un producto de su imaginación?

—Es posible —dijo Lorraine Warren con cuidado—. Pero el hecho de que la hayan zarandeado por toda la habitación indica que aquí está pasando algo.

El señor Summers asintió con tristeza.

Todos subieron a ver a Denise.



La chica que tenían delante había perdido casi siete kilos en las últimas tres semanas. Tenía unas ojeras profundas por la falta de sueño. Estaba acurrucada en un rincón de la cama, el pijama sudoroso, como si esperara que en cualquier momento la atacaran.

Un miedo sin fin brilló en sus pálidos ojos azules cuando saludó a los Warren.

—¿Puedo ver los libros que has estado leyendo? —le dijo Lorraine.

Denise señaló la librería con gesto vacilante.

Lorraine se acercó a ella para examinar los libros. Mientras los hojeaba, vio que ciertos pasajes clave estaban subrayados, y la mayoría de ellos eran invitaciones a los espíritus malignos para que entraran en la vida de uno.

Lorraine volvió a mirar a los Summers.

—¿Podríamos quedarnos a solas con Denise durante un rato?

Los Summers se miraron el uno al otro y luego volvieron a mirar a Lorraine. Asintieron al unísono. La señora Summers se acercó a su hija y la besó en la frente. A continuación, el matrimonio regresó a la planta baja.



Durante el resto del día, Lorraine y Ed hablaron con la joven y descubrieron la naturaleza del espíritu que había estado provocándole tantos problemas.

También conocieron más detalles sobre el modo en que se había manifestado.

En un momento dado, Ed puso una excusa y bajó para hablar con los padres. Les preguntó si podía llamar a un sacerdote que conocía. Los Summers estuvieron de acuerdo.

Ed fue a la cocina y llamó al padre Owens, un joven sacerdote que, a pesar de la reticencia del obispo, se sentía muy atraído por los fenómenos sobrenaturales. El padre Owens subió a su coche de inmediato y se dirigió hacia la casa de los Summers.

En el piso superior, los Warren y el sacerdote le pidieron a la niña que permaneciera muy quieta en la cama mientras sostenía un rosario. A continuación, se dispusieron a convocar al demonio que la había poseído.

El demonio no se hizo esperar.

La niña empezó a llorar y a gritar. De sus labios brotaron terribles obscenidades. Era el demonio quien hablaba.

Durante la siguiente media hora, el trío habló con el demonio, confirmando lo que la señora Summers les había dicho: el espíritu pertenecía a un chico de dieciocho años que había muerto mientras se peleaba con su padre. Si en vida había sido una persona violenta, no lo era menos de demonio entonces que estaba muerto. Deseaba poseer carnalmente a Denise y esclavizarla de todas las formas posibles.

Un hedor fétido inundó la habitación.

Vieron como unas manos invisibles agarraban a Denise del cabello y la zarandeaban en la cama.

Pero, por muchas cosas que el espíritu le hiciera, Denise no soltó el rosario en ningún momento.

Lorraine cogió los libros de ocultismo que Denise había estado leyendo, se los llevó al cuarto de baño y los quemó en el lavabo.

Cuando regresó, se unió a las plegarias que estaban recitando Ed y el padre Owens. La niña seguía en la cama, tiritando y pidiendo a gritos una manta.

La habitación se había vuelto a enfriar rápidamente.

Las oraciones continuaron más allá de la medianoche.

De vez en cuando, los Summers subían y se acercaban a la puerta. Llamaban suavemente y se interesaban por cómo iban las cosas.

Por el momento, los Warren no sabían cómo iban las cosas.



La noche dio paso al alba y el alba, al ajetreo de un nuevo día. La gente salía de casa para ir a la escuela, al trabajo o a pasar un ocioso y placentero día.

Sin embargo, en la diminuta habitación de la pequeña casa de las afueras donde un sacerdote y dos demonólogos seguían adelante con su cometido, no había lugar para la noche ni el día. Sólo para las oraciones.

«Denise pasó por todas las transformaciones que estamos acostumbrados a ver —comenta Lorraine—. Cuando conseguíamos aislar temporalmente al espíritu, Denise volvía a ser ella misma, una niña dulce y servicial. Pero cuando el demonio se imponía, cambiaba completamente; su rostro joven e inocente se volvía feo, demacrado y viejo, profería todo tipo de insultos imaginables y exigía que nos fuéramos».

Incluso al sacerdote, a pesar de sus buenas intenciones, empezaron a fallarle las fuerzas. No hay un trabajo tan exigente físicamente como enfrentarse a un demonio. Dado que no están hechos de carne humana, los demonios son incansables. El padre Owens estaba agotado.

Los Warren le ayudaron a sentarse en un rincón del cuarto mientras ellos continuaban durante un rato más recitando oraciones.

Poco después, cuando el sacerdote se hubo recuperado tras un breve descanso, volvió a unirse a los Warren y a dirigir las plegarias.

En latín, en inglés, mediante oraciones formales o emotivas súplicas, los tres le pidieron a Dios que les ayudara a salvar la vida espiritual y física de la joven.

Eran oraciones tan antiguas como la oscuridad cósmica que Lucifer considera su hogar.

Eran oraciones que habían sido pronunciadas en las catacumbas cuando los cristianos primitivos eran perseguidos no sólo por los romanos, sino también por las legiones de Satanás.

Eran oraciones que habían desterrado a las formas oscuras de los druidas de sus tenebrosos altares de piedra manchados con la sangre de vírgenes sacrificadas.

Oh, Señor, salva esta vida.

Oh, Señor, permanece con nosotros en esta habitación.

Oh, Señor, llena nuestros corazones de esperanza y deleite.

Hacia las tres de la tarde, Denise Summers empezó a llorar de tal modo que los Warren y el padre Owens supieron que el demonio había sido finalmente desterrado.

Eran lágrimas de inocencia, de la alegría que experimenta el alma cuando vuelve a reunirse con Jesús.



«Me gustaría poder decir que Denise Summers vivió feliz durante el resto de su vida —dice Lorraine Warren una luminosa mañana de invierno en la que las colinas relucían con la nieve más allá de la ventana.

»Por desgracia, las infestaciones demoníacas no funcionan así. Nunca puedes estar completamente seguro de que has expulsado al demonio.

»En el caso de Denise, terminó el instituto, fue dos años a la universidad, se casó y formó una familia..., pero el demonio volvió a aparecer en su vida.

»Denise nos escribe una o dos veces al año y, gracias a sus cartas, supimos que su médico de cabecera le había dicho que sufría una “crisis nerviosa”. Aquello provocó nuestras suspicacias y decidimos visitarla en el hospital psiquiátrico.

»Denise padecía las mismas manifestaciones que la habían acosado de joven: los horribles rostros, las insinuaciones sexuales, la gélida atmósfera de la habitación.

»Su marido permitió que, junto al padre Owens, que aún vivía cerca y que, desde entonces, había realizado muchos exorcismos, aunque sin la aprobación de la diócesis, intentáramos de nuevo expulsar a los demonios.

»Actualmente, a Denise le van bien las cosas. Vuelve a estar en casa, a su marido lo han ascendido recientemente en el trabajo y su hija mayor acaba de celebrar su octavo cumpleaños.

»Hoy en día, Denise no tiene más problemas. Obviamente, esperamos que no vuelva a ver nunca más al chico de dieciocho años que, sin pretenderlo, invitó a su vida mediante los conjuros».



«Éste es un caso que siempre relatamos —dice Ed— porque es un magnífico ejemplo de los peligros que conlleva jugar con otras dimensiones. Como dice Lorraine, confiamos en que Denise no vuelva a tener los mismos problemas. A veces, una persona continúa con su vida durante años sin ningún problema y, de repente... Conocemos varios casos de supuestos suicidios que, en realidad, no fueron más que el último recurso para intentar lidiar con una posesión demoníaca; la persona simplemente tomó la decisión de quitarse la vida porque no veía otra salida».

ARCHIVO DEL CASO

EL SACERDOTE ATERRORIZADO

Aunque mucha gente cree que los pastores, sacerdotes y rabinos no suelen ser el objetivo de espíritus malignos, el siguiente caso demuestra que los líderes religiosos también pueden verse afectados, e incluso controlados, por los fenómenos sobrenaturales.

Este caso en particular también sirve para ilustrar que las infestaciones pueden durar muchos años. A continuación, presentamos un ejemplo de fenómenos que se extienden durante algo más de un siglo y que involucran a docenas de vidas.

—Ed Warren

Corría el año 1850. El lugar era Stratford, Connecticut. Terminada la guerra de Independencia, Nueva Inglaterra estaba sentando las bases del negocio más característico de América: los negocios. Stratford no era una excepción. El humo de la industria y el ruido de los carros cargados de suministros eran una estampa habitual.

A excepción de los domingos por la mañana.

Como cualquier otra pequeña ciudad de Nueva Inglaterra, Stratford estaba plagado de iglesias. Cada cual podía elegir la que más le conviniese, dependiendo de cuales fueran sus creencias.

Uno de los pastores más populares de la ciudad era el reverendo Elijah Phelps. Pese a que no gritaba ni exaltaba a los fieles desde el púlpito, Phelps era considerado uno de los oradores más brillantes de Nueva Inglaterra. Para algunos era su voz grave y autoritaria. Para otros, su penetrante mirada.

Incluso había quien aseguraba que su eficacia desde el púlpito se debía a la mezcla de rectitud y compasión que transmitía.

Sea cual sea el auténtico motivo de su popularidad, su iglesia casi siempre estaba abarrotada los domingos por la mañana.

De hecho, a veces se preguntaba si no sería demasiado popular. ¿Era juicioso que un hombre de Dios tuviera tantos seguidores?

Al margen de las actividades propias de la iglesia, Phelps también dedicaba una gran parte de su tiempo a estudiar revistas y libros sobre los movimientos intelectuales de su tiempo. En la mejor tradición de Nueva Inglaterra, que combinaba lo espiritual con lo estético, el reverendo Phelps ansiaba conocer tanto los caminos de Dios como los del hombre.

Se rumoreaba, por tanto, que Phelps no era precisamente un adepto de las ciencias ocultas. Consideraba que dicha dimensión no era intelectual ni espiritual, sino, fundamentalmente, el negociado de charlatanes.

Su escepticismo empezó a tambalearse un domingo por la mañana después de regresar, en compañía de su mujer y sus dos hijos, del servicio dominical. El 14 de marzo de 1850, el buen reverendo Phelps, junto con su esposa y sus dos hijos, entró en su casa y su vida cambió para siempre.



La familia Phelps vivía en una gran mansión de estilo federal que, literalmente, era la envidia de la ciudad. Los domingos, muchas personas pasaban por delante de la hermosa casa en sus calesas o paseando para admirarla detenidamente.

Sin embargo, en aquel momento, no era tan hermosa.

Al menos no en su interior.

Parecía como si un ejército la hubiera saqueado tras haber pasado por la ciudad.

El suelo estaba repleto de objetos destruidos: cerámica, elegantes cortinas, hermosas pinturas...

Los muebles, volcados y destrozados.

Alguien había vaciado los armarios y apilado la ropa en el suelo, para después desgarrarla furiosamente.

¿Qué había pasado allí?

Cuando el reverendo Phelps se aventuró en el salón, lo que vio le hizo pronunciar una oración.

Sólo Dios podía explicar una burla tan dantesca y desconcertante como la que Phelps tenía delante de él.

Sentados en semicírculo había once maniquíes de tamaño natural vestidos con la indumentaria propia de la época colonial. Los maniquíes tenían las manos en actitud suplicante, como si estuvieran rezando, y los ojos miraban hacia...

... la lámpara de araña que había sobre ellos y de la cual estaba suspendida la imagen de un enano cuyo rostro había sido cubierto de marcas lascivas.

Asustada, la familia Phelps huyó de la casa. Se quedaron en el exterior, al aire fresco de un domingo por lo demás pacífico, mientras intentaban determinar qué estaba ocurriendo. Más tarde, tras haber regresado a la casa, la familia oyó ruidos y golpes extraños procedentes del sombrío interior de los armarios y vio volar por toda la casa objetos familiares.

Aquella noche, la familia Phelps durmió junta en una sola cama, acurrucados frente al ataque de los demonios que sabían que habían ocupado su casa.



Después de aquel domingo, en la oscuridad de la noche se oían golpeteos y gritos.

Nadie sabía cuál era su origen.

En un arrebato de valentía, el reverendo Phelps cogió un pequeño farol y registró todos los rincones y grietas de la casa.

Pero no descubrió nada.

Los golpeteos y los gritos continuaron.

Phelps se volvió un hombre aún más religioso. Si antes había hecho gala de cierto orgullo en sus habilidades como predicador, entonces la gente percibía en él una humildad renovada.

La experiencia con lo sobrenatural, y los efectos de dicha experiencia sobre su familia, le había hecho entender el auténtico significado de las palabras de Jesús... y el auténtico temor a las fuerzas invisibles que operan en el cosmos.



Aunque, finalmente, la familia Phelps se fue a vivir a otra localidad, los rumores acerca de la casa no se marcharon con ellos. De hecho, los vecinos empezaron a sentir un orgullo perverso por el lugar.

La mansión se convirtió en uno de los pocos edificios embrujados que aparecen en diversos diarios de viaje.

La gente recorría grandes distancias para verla de cerca. Los domingos, los trenes llegaban cargados de visitantes deseosos de vislumbrar la mansión. Los ómnibus circulaban repletos de turistas ansiosos por atisbar la más mínima prueba de que la casa estilo federal estaba realmente encantada.

Oye, ¿no acabas de oír un grito?

Mira, ¿eso no es un fantasma?

Con el paso de los años, los vecinos aprendieron a reírse con cariño de la casa Phelps.

Los golpes y gritos, de siniestros, pasaron a resultar familiares, incluso agradables, como un animal salvaje que se convierte en mascota después de ser domesticado.

La casa Phelps se había convertido en una atracción turista en toda regla.



Los años dieron paso a las décadas y, éstas, a su vez, a más años. La historia afectó a la ciudad de Stratford del igual modo que al resto del país.

La primera guerra mundial dio paso a la segunda guerra mundial y, ésta, dio paso a las guerras de Corea y Vietnam.

John F. Kennedy brilló con fuerza en la oscuridad del tiempo para caer de nuevo en las sombras y el silencio.

El propio Stratford cedió a los gustos modernos, pero con la sensibilidad suficiente como para mantener gran parte de la arquitectura y el patrimonio de su historia única.

La antigua casa Phelps tuvo múltiples usos, el último de ellos, una residencia de ancianos.

Los domingueros curiosos ya no pasaban por delante de ella, a pie o montados en sus Ford Modelo T, para echar un vistazo a sus oscuras ventanas.

Ya no se contaban historias sobre los ruidos extraños que solían oírse los días de luna llena, cuando las bestias recorrían la tierra.

Sí, a los niños todavía les gustaba contar historias sobre lo que sospechaban que seguía ocurriendo dentro de la casa. No hay nada como pasar miedo cuando te quedas a dormir en casa de un amigo el viernes por la noche.

Pero la casa pasó al olvido..., salvo por alguna que otra historia curiosa sobre unas formas que parecían monjas y que aparecían en las ventanas de la

mansión de vez en cuando.

Ancianos agradecidos de tener un hogar se mecían ahora en sus amplios porches.

Enfermeras de uniformes blancos y almidonados la recorrían de un lado a otro.

No volvió a oírse ni un sólo golpe ni grito, ni siquiera cuando la luna llena del equinoccio otoñal tenía un color rojo sangre y el dueño del cine donde se exhibían películas de monstruos aseguraba que Drácula andaba al acecho.

No obstante, todo esto cambió con la aparición de un policía local enviado a investigar unos ruidos extraños que habían oído algunos transeúntes.



Tras casi veinte años de experiencia policial, el detective sabía que la mayoría de aquellas llamadas siempre tenían la misma explicación: niños que jugaban en una casa abandonada.

Pero, aquel día, mientras se dirigía en su vehículo hacia la desierta mansión en ruinas, el detective percibió algo distinto en aquella llamada.

No sabía por qué, pero le habían empezado a temblar las manos.

Y estaba sudando copiosamente.

Había algo que...

Con una pesada linterna en la mano, el detective se aproximó a la vieja casa Phelps con precaución.

Con el paso del tiempo, había muchas ventanas rotas y todo tipo de escombros esparcidos por el césped, lo que hacía que acercarse a la casa en mitad de la oscuridad fuese una aventura traicionera.

Cuando alcanzó el porche, probó el picaporte de la entrada principal. La puerta estaba cerrada, de modo que decidió intentarlo con la puerta posterior.

Mientras rodeaba la casa, le pareció ver un destello procedente del interior, aunque le costó definirlo o describirlo..., una especie de presencia que relucía bajo la luz de la luna.

Supuso que era alguno de los niños que habían entrado en la casa y que ahora estaba jugando dentro.

En la parte de atrás encontró abierta una de las puertas posteriores. Agarrando con fuerza la linterna con la mano enguantada, se dispuso a entrar.

Lo primero que percibió fue la temperatura. El interior de la casa parecía estar a unos treinta grados menos que el exterior.

Empezó a tiritar de inmediato.

La luz de la luna iluminaba la formidable cocina. En la época del reverendo Phelps, una pequeña dotación de personal doméstico preparaba allí las comidas para el ministro y su familia.

Cuando la casa había sido una residencia de ancianos, una dotación más numerosa de cocineros preparaba allí comidas al estilo de las cafeterías para los ancianos que residían en ella.

En aquel momento, el lugar era un espacio polvoriento y lleno de telarañas, viejos olores de comida, crujidos en las maltrechas paredes y el frío gélido que dominaba toda la casa.

Con ayuda del haz de su linterna, el detective recorrió el resto de la casa. El polvo acumulado no tardó en activar todas sus alergias. Ni siquiera el frío impedía que las partículas de polvo le taponaran las fosas nasales.

El detective dedicó unos veinte minutos a registrar la planta baja.

Abrió chirriantes puertas de armarios; apartó voluminosos muebles que sólo revelaron paredes vacías y puertas que se abrían a más habitaciones donde la luz de la linterna sólo encontraba más muebles polvorientos.

Nada.

Al menos, nada que pudiera ver u oír.

No obstante, el detective sabía que había algo en aquella casa.

Una presencia.

Si se trataba de un adolescente —o de varios, como sospechaba—, era el adolescente más sigiloso que había visto nunca.

Dirigió el haz de la linterna hacia la amplia escalera que desaparecía en la penumbra de la segunda planta.

El detective tragó saliva.

A pesar de todas las arengas que él mismo había pronunciado negando la existencia de los fantasmas, estar físicamente en la vieja mansión Phelps era una experiencia bien distinta.

Se oían cosas.

O daba la impresión de que las oías.

Veías cosas.

O tenías la sensación de verlas.

Y sentías la presencia de...

Ojos.

No había otra forma de describirlo.

Notabas que alguien te estaba observando.

Esperando.

El detective volvió a dirigir el haz de la linterna hacia la escalera y subió el primer escalón hacia la oscuridad que le esperaba en el segundo piso.

¿Qué había sido eso?

Le pareció oír algo y miró rápidamente por encima del hombro...

Pero allí no había nada.

Nada en absoluto.

Tenía que recuperar el control de sí mismo.

Continuó subiendo la escalera.

Una mano en la barandilla.

Otra sujetando la linterna.

El polvo era más molesto que nunca.

Tosió.

Estornudó.

Y entonces lo vio por primera vez.

Cuando has sido policía durante tanto tiempo como lo había sido aquel agente, no hay muchas cosas que te asusten. Tal vez un criminal armado con una pistola o un marido furioso y borracho con un cuchillo de carnicero en la mano. Pero poco más.

Con la excepción de algo que no sea... humano... corriendo por un pasillo al final de una oscura escalera.

¿Qué había visto?

Entonces, además del frío gélido, el detective también empezó a oler algo... fétido.

Continuó subiendo la escalera.

Era su trabajo.

Y, además, ¿no se estaría dejando llevar por el miedo? ¿No estaría permitiendo que la reputación de aquella casa desvencijada se impusiera a su instinto y a su juicio?

¿No era un...?

Volvió a verlo, justo en el borde del círculo de luz que proyectaba la linterna.

Fuera lo que fuese.

Una figura oscura, de complexión delgada y corta estatura... corriendo por el pasillo.

Cuando llegó a la parte superior de la escalera, el detective empezó a correr.

Pese a la vaga sospecha de que podía tropezar con algo y romperse algún hueso, no se detuvo.

Entre las sombras del amplio y polvoriento pasillo vio el contorno de la figura gracias a la luz de la luna que se colaba a través de las ventanas llenas de telarañas.

—¡Detente! —gritó mientras desenfundaba la Smith & Wesson del calibre .38.

Sin embargo, la figura siguió corriendo.

Entonces, además, también emitía unos débiles sonidos chirriantes.

Unos sonidos que resultaban aterradores.

El detective se adentró rápidamente en la última habitación del lado oeste del pasillo, la misma en la que había visto entrar a la diminuta figura.

Era una habitación grande y vacía con un hogar inactivo desde hacía mucho tiempo en la pared que daba al este. Resultaba evidente que, más de cien años atrás, aquel había sido el dormitorio principal.

Los pasos del detective resonaban en el escalofriante silencio que lo envolvía todo. Levantó el haz de la linterna, atravesando el aire polvoriento de la habitación, e iluminó la puerta de un armario.

La figura tenía que haberse refugiado allí.

El detective estaba seguro de que la figura había entrado en aquella habitación. Por lo tanto, sólo había un lugar donde pudiera haberse escondido.

La figura tenía que estar en el...

... armario.

Con el corazón latiendo aceleradamente, el detective dio un paso al frente.

Los zapatos de piel chirriaron.

Desde muy lejos le llegó el ruido del tráfico. Se sentía tan solo y aislado que bien podría haber estado en la luna.

Se acercó un poco más al armario.

Un poco más.

Un poco más.

Y rodeó el pomo con una mano, dispuesto a girarlo y abrir la portezuela...

Pero se detuvo.

Estaba temblando.

¿Y si abría la puerta y la luz de la linterna no iluminaba a un adolescente norteamericano prototípico pasándoselo bien sino...

... a algún tipo de monstruo?

¿Qué haría entonces?

¿De qué le serviría el arma reglamentaria?

¿Alguien oiría sus gritos pidiendo ayuda?

Prestó atención.

Acercó la cabeza a la puerta del armario.
Y escuchó con atención.
Sólo oía su propia respiración.
Espasmódica y produciéndole sudores fríos.
Miró fijamente la puerta del armario.
¿Qué estaría acechando en su interior?
¿Le saltaría a la cara y se la arañaría antes incluso de poder defenderse?
¿Y si era sólo un chico adolescente y el miedo hacía que le disparara por error?

No; tenía que controlarse.
Contar hasta diez.
Respirar profundamente.
Como te enseñan en la academia a lidiar con el estrés.
Ahora.
Inclínate hacia la puerta.
Extiende la mano.
Rodea el pomo.
Gíralo y...
¡Abre la puerta!
Nada.

Recorrió con la linterna hasta el más pequeño confín del mueble. Lo único que vio fue una capa tras otra de papel de pared manchado y desconchado.

El detective se derrumbó contra la pared, riéndose de su propio miedo.
Un monstruo.

Claro.

Siguió riendo, y el sonido resonó en las paredes inclinadas del armario.

Obviamente, no le contaría a ninguno de los otros detectives de la comisaría su pequeña aventura.

Oye, ¿te has enterado del monstruo que vio un detective anoche?

Eran el tipo de historias que a los detectives les encantaba contarse los unos a los otros.

No, aquello se lo guardaría sólo para él.

Especialmente teniendo en cuenta que todo había sido producto de su imaginación.

Sin embargo, cuando se alejó del armario y se encaminó de vuelta al pasillo, volvió a darse la vuelta rápidamente.

Recorrió la grande y vacía habitación con la linterna.

Estaba seguro de que algo había entrado en ella.

Probablemente, un adolescente.

Pero, si lo había visto realmente, ¿dónde estaba en ese momento?

El detective se acercó a las ventanas para comprobar si estaban abiertas.

Los marcos estaban llenos de escarcha y asegurados con clavos. Aquellas ventanas llevaban cerradas muchos años.

Entonces, ¿dónde se había metido el adolescente?

El detective volvió a entrar en el armario y a registrarlo todo en busca de fondos o suelos falsos. Algunas mansiones antiguas tenían escaleras secretas que conectaban los armarios con las entrañas de la casa.

El detective recorrió con la mano cada centímetro de las paredes interiores del armario.

Pero no encontró nada.

¿Dónde se había metido el adolescente? ¿Dónde?



Dos años después, Ed y Lorraine Warren acompañaron al mismo detective y a una fotógrafa psíquica llamada Anne Curtis a la antigua mansión Phelps.

A Ed y Lorraine, quienes sospechaban que la mansión estaba infestada de demonios tras estudiar decenas de historias, les costó mucho convencer al detective.

Aunque habían pasado veinticuatro meses, el detective aún mostraba las señales de un miedo muy real.

Seguía sin saber a qué se había enfrentado en la oscuridad de la mansión Phelps. Pero empezaba a sospechar que su naturaleza no era precisamente humana.

El detective se mostró especialmente reacio a subir la escalera. Permaneció mucho rato al pie de ésta, mirando hacia arriba pero sin decidirse a avanzar. A Ed y Lorraine aquello les resultó particularmente extraño, sobre todo teniendo en cuenta que el detective les había parecido un hombre valeroso.

Aquella noche, Anne Curtis, la fotógrafa psíquica, tuvo la suerte de fotografiar una figura vestida con un hábito de monja... muy similar a la figura vista por numerosos vecinos.

En cuanto al detective...

Finalmente, decidió subir la escalera y después se sintió mucho mejor. Sin embargo, cuando el grupo se marchó de la mansión, no parecía especialmente desilusionado.



»La mansión Phelps sigue siendo una de las casas más misteriosas de Nueva Inglaterra —comenta Lorraine—.

»Varios años después de nuestra investigación, otro policía nos contó una historia muy extraña. Nos escribió una carta en la que nos decía que, después de jubilarse del Departamento de Policía de la localidad, había empezado a reparar su casa como pasatiempo. Un día, fue a la mansión Phelps para coger unas cuantas baldosas de la parte posterior. Tenía intención de construir un camino hasta el jardín que había en la parte trasera de su casa.

»Nos explicó que, desde que había utilizado las baldosas de la casa Phelps, su vida había cambiado para peor. Por ejemplo, se habían producido varios accidentes en casa. Al principio se negó a creer que tuviera algo que ver con las baldosas.

»Al ser un expolicía, era muy escéptico respecto a los fenómenos sobrenaturales. Pero, además de los accidentes, también empezaron a pasar otras cosas. Algunas noches veía una figura parecida a una monja en el jardín, inclinada sobre los parterres de flores. Mientras la observaba atentamente, la figura levantaba la mirada súbitamente y se quedaba mirándolo.

»El expolicía estaba convencido de estar viviendo auténticas experiencias sobrenaturales.

ARCHIVO DEL CASO AMITYVILLE

UNA ENTREVISTA CON LOS WARREN

Pocos casos sobrenaturales gozan de tantos malentendidos como el que afectó a la familia Lutz en Amityville. Debido a la gran repercusión que tuvo el caso, se han acabado propagando muchas leyendas que no responden a la realidad de lo ocurrido.

Es inevitable que, en el transcurso de nuestras conferencias, los asistentes saquen a relucir el tema. Y nosotros aprovechamos la oportunidad para aclarar pacientemente las cosas.

Creemos que es positivo que el caso siga generando interés, siempre y cuando se cuente la verdad.

—Lorraine Warren

P: Cuando hablamos del «horror de Amityville», ¿a qué nos estamos refiriendo exactamente?

Lorraine: A primera hora de la mañana del 13 de noviembre de 1974, uno de los hijos de la familia DeFeo cogió un rifle de gran calibre y mató a los otros seis miembros de la familia.

P: ¿Eso es el horror de Amityville?

Lorraine: Eso y lo que pasó después, cuando George y Kathleen Lutz se mudaron a la casa trece meses después de los asesinatos.

P: ¿La casa había estado vacía durante ese tiempo?

Lorraine: Sí. Los vecinos le tenían miedo. Nadie quería comprarla. Los asesinatos tuvieron mucha repercusión y la casa se ganó una sombría reputación.

P: ¿Hubo quien pensaba que el hijo de la familia DeFeo estaba poseído cuando cometió los crímenes?

Lorraine: Oh, sí, por supuesto. Como he dicho antes, se escribieron muchos artículos sobre la tragedia, y, obviamente, las historias sobre una posesión demoníaca no tardaron en aparecer.

P: ¿Al matrimonio Lutz no les importaban todas aquellas historias?

Lorraine: No las conocían. O, al menos, no todos los detalles. Eran jóvenes, y una familia buena y fuerte; supongo que consideraban que aquellas historias eran absurdas.

P: ¿Y se mudaron?

Lorraine: Exacto. Un poco antes de Navidad. Ni Ed ni yo conocemos de primera mano lo que sucedió en la casa de los Lutz. Nos basamos en el relato de Jay Anson, quien escribió el famoso libro sobre Amityville.

P: ¿Los Lutz tuvieron problemas en la casa?

Lorraine: Sí, casi desde el primer día.

P: ¿Cómo los describirías?

Lorraine: Bueno, para empezar, tanto George como Kathleen experimentaron lo que los psicólogos denominan desintegración de la personalidad.

Ed: Cuando analizas la mayoría de los casos que hemos investigado, te das cuenta de que durante el transcurso de las posesiones demoníacas, las personas implicadas empiezan a cambiar. «Fred ya no es el que era», suele ser uno de los comentarios más habituales. O «Normalmente Judy no hace esas cosas». A los seres queridos de las personas poseídas les resulta muy difícil aceptar estos cambios en el comportamiento. No pueden llegar a imaginar qué puede haber provocado semejante cambio.

P: ¿Y eso es lo que les ocurrió a los Lutz?

Ed: George Lutz —debo reiterar que todo esto es según la opinión de Jay Anson— pasó de ser un hombre duro y trabajador a convertirse en un auténtico holgazán dado a súbitos cambios de humor.

P: ¿Kathleen Lutz también se vio afectada?

Lorraine: Completamente. Pasó de ser una persona muy tranquila y agradable a una que se enojaba por cualquier nimiedad. Era como si algo dentro de ella le estuviera dictando el comportamiento.

P: ¿Y empezaron a pasar cosas en la casa?

Lorraine: Jay Anson estaba convencido de que el espíritu que había acosado al hijo de los DeFeo, fuera cual fuese su naturaleza, seguía deambulando por la casa.

P: Entonces, ¿Anson estaba totalmente convencido de que los Lutz se enfrentaban a una posesión demoníaca?

Ed: En cierto modo, no podía haber otra explicación para lo que, según Anson, había sucedido.

P: No parece muy convencido con la interpretación del caso que dio Jay Anson.

Ed: Tengo la impresión de que algunas cosas se exageraron demasiado, desvirtuando parcialmente la realidad.

P: ¿Desacredita eso el caso de algún modo?

Ed: No, en absoluto.

P: Entonces, crees que el horror de Amityville se produjo tal y como Anson lo relató.

Ed: En líneas generales, sí. Al menos, su versión de la infestación demoníaca encaja con la nuestra.

P: ¿De qué modo?

Ed: Bueno, analicemos las evidencias presentadas por los Lutz: nubes de moscas negras de gran tamaño en el dormitorio del segundo piso; el interior de los inodoros completamente negros, como si alguien los hubiera pintado; una gran estatua que se movía sola por toda la casa; ventanas que se abrían y cerraban sin motivo aparente.

Lorraine: Además, tanto George como Kathleen Lutz aseguraron que, a veces, la temperatura en el interior de la casa era gélida y que no podían subirla por muy alta que pusieran la calefacción. En otras ocasiones, el calor era sofocante y no podían refrescar las estancias ni siquiera abriendo las ventanas.

P: ¿Y todo esto es algo habitual en las infestaciones demoníacas?

Ed: Por supuesto. Sobre todo, el frío psíquico.

P: Los Lutz tuvieron todos estos problemas durante un corto período de tiempo, ¿verdad?

Ed: Sí, durante las vacaciones de Navidad.

P: ¿Y después se mudaron a otro lugar?

Lorraine: Exacto. La situación se había vuelto insostenible.

P: ¿Peor de lo que habéis descrito hasta ahora?

Lorraine: Mucho peor. Kathleen empezó a tener sueños —pesadillas, mejor dicho— en los que aparecía la familia DeFeo. Eran sueños muy vívidos e inquietantes.

Ed: Además, la propia infestación también empeoró.

Lorraine: Un crucifijo quedó boca abajo, por ejemplo, y eso es casi siempre una señal de que los demonios han empezado a reafirmarse a sí mismos.

Ed: Y sus hijos empezaron a tener accidentes. A uno de ellos le aplastaron la mano, aunque después no había ninguna evidencia física. Los demonios provocaban alucinaciones en los miembros de la familia. En algunos aspectos, éste puede ser uno de los aspectos más aterradores de las infestaciones.

Lorraine: Los Lutz empezaron a poner en duda su propia cordura.

Ed: Eso es algo con lo que nos encontramos muy a menudo.

Lorraine: Llegamos a una casa y entrevistamos a la familia. Ellos nos cuentan todo tipo de cosas que han estado sucediendo en la casa; pero en lugar de creer en sus propios ojos y oídos, lo que nos suelen preguntar es si nosotros pensamos que están locos.

Ed: La mayoría de las personas en nuestra sociedad han sido educadas para descartar todo lo que tiene que ver con el mundo de los demonios.

Lorraine: Si no, fíjate alguna vez en las carcajadas que provocan los cómicos cuando explican un chiste relacionado con lo demoníaco.

Ed: Sencillamente no queremos enfrentarnos al tema. Creemos que no estamos capacitados emocionalmente para ello. De modo que decidimos desacreditarlo asegurando que todo es un producto de nuestra imaginación.

Lorraine: Para la mayoría de las personas es más fácil pensar que se están volviendo locas que aceptar la posibilidad de que están sufriendo un ataque sobrenatural.

Ed: Los psicólogos denominan a esto negación, y es algo que vemos continuamente. La gente es incapaz de enfrentarse a lo desconocido.

P: ¿Y eso es lo que les ocurría a los Lutz?

Ed: Así es, siempre según Anson. Cuando lo piensas bien, es una reacción natural al estrés. Te niegas a admitir lo que está pasando realmente y buscas una explicación más cómoda. «Nos hemos mudado a nueva casa donde, tiempo atrás, sucedió algo muy malo y estamos dejando volar nuestra imaginación».

¿Lo ves? No hay ningún problema. Nada que la realidad no pueda explicar.

P: Sin embargo, no tardaron en descubrir que la «realidad» no podía explicar lo que les estaba pasando.

Lorraine: Exacto.

P: ¿Y en qué situación los dejó eso?

Ed: Ponte en su lugar. Están sufriendo una transformación radical de la personalidad, han empezado a enfrentarse a una crueldad que pocas semanas atrás les hubiera parecido imposible y, de repente, las puertas son arrancadas de las bisagras, se oyen voces extrañas que salen de habitaciones vacías y los niños están profundamente afectados por la situación.

Lorraine: ¿Qué haces?

Ed: Al final decidieron mudarse, por supuesto. Fue la mejor decisión que pudieron haber tomado.

P: ¿Y funcionó? ¿No volvieron a sufrir ninguna infestación más?

Ed: Eso parece.

P: ¿No parece muy seguro?

Ed: Bueno, mudarse no es siempre una solución. Conocemos algunas familias que se mudaron a casas infestadas y que después se marcharon de la casa, pero los demonios las siguieron.

P: Debe de ser horrible.

Lorraine: Algunas de estas familias lucharon contra este tipo de infestación durante años.

P: Entonces, ¿qué pensaban los Lutz cuando se marcharon de la casa?

Lorraine: Por las palabras de Jay Anson, parece ser que se mudaron justo a tiempo.

Ed: Lo que preocupaba especialmente a George era que algún miembro de la familia, sin descartarse a sí mismo, pudiera hacer lo mismo que el hijo de los DeFeo: coger una escopeta y matar a toda la familia.

P: ¿Tenía la sensación de que la experiencia terminaría de aquel modo?

Ed: Esa es la impresión que nos da.

P: ¿Creéis que era una posibilidad real?

Ed: Sin duda.

Lorraine: Porque ya hubiese sucedido una vez no significaba que no pudiera volver a pasar. Es probable que George Lutz tuviera buenas razones para estar preocupado.

P: Entonces, ¿podría haber habido otra tragedia?

Ed: Naturalmente. Las infestaciones demoníacas suelen predisponer a las personas a cometer actos violentos. Y el problema es que nunca sabes quién se dejará llevar por dicha compulsión.

Lorraine: En el caso de la familia DeFeo, por ejemplo, fue el hijo. ¿Por qué no el padre o la madre?

P: De modo que si la gente se encuentra en circunstancias similares a las de Amityville, si empiezan a experimentar cambios de la personalidad inexplicables y son testigos de actividades extrañas en la casa, ¿qué deben hacer?

Ed: Hablar con su pastor de inmediato. Y si éste no quiere ayudarles, deben recurrir a demonólogos expertos.

Lorraine: Pueden ponerse en contacto con nosotros.

P: Pero que no dejen pasar el tiempo, es eso lo que estáis diciendo, ¿verdad?

Ed: Si tienes la clara sospecha de que tú mismo o alguien de tu familia está bajo el control de un demonio, lo peor que puedes hacer es esperar.

P: ¿La oferta iba en serio? ¿La gente puede contactar con vosotros?

Lorraine: Claro. De hecho, lo hacen todos los días.

P: Entonces, ¿creéis que los Lutz actuaron con presteza?

Ed: Teniendo en cuenta todas las cosas que les habían sucedido en tan poco tiempo, sí.

Lorraine: Se marcharon en cuanto entendieron que no había ninguna otra explicación para lo que estaba ocurriendo.

P: ¿Libros como El exorcista y Horror en Amityville ayudan o empeoran las cosas?

Ed: La respuesta más honesta sería decir que «ambas cosas». Aunque suelen exagerar demasiado la amenaza del mal, arriesgándose a que el público se ría en lugar de sentir interés por seguir estudiando el tema, al menos plantean el tema desde una perspectiva seria.

Lorraine: Al menos, *Horror en Amityville* mostraba cómo una casa maldita puede afectar a familias muy distintas. También ponía de manifiesto que las infestaciones demoníacas son una realidad que puede invadir la vida de cualquiera persona.

P: Los Lutz parecían una familia bastante normal.

Lorraine: Mucho. Eran un encanto. Y eso hizo que su experiencia fuese aún más horrible.

ARCHIVO DEL CASO EL PUEBLO MALDITO

Como crecimos en la zona donde en el pasado estuvo la localidad de Dudleytown, habíamos oído hablar de los numerosos incidentes extraños que supuestamente habían tenido lugar en la zona.

En honor a la verdad, éramos bastante escépticos al respecto.

Ed y yo rechazamos muchas más investigaciones de las que aceptamos por la sencilla razón de que muchos «casos» no nos parecen serios, sino simplemente surgidos de rumores, chismes e insinuaciones. Pero fueron tantas las personas que nos hablaron de Dudleytown que, finalmente, no nos quedó más remedio que examinar el asunto.

—Lorraine Warren

Nueva Inglaterra es una tierra rica en leyendas sobre fantasmas y sucesos sobrenaturales. Desde las brujas de Salem al «jinete sin cabeza» de Washington Irving, los estados que conforman las colonias norteamericanas originales continúan siendo el foco de una asombrosa actividad paranormal.

Pero incluso para los estándares de Nueva Inglaterra, los acontecimientos que han tenido lugar en Dudleytown los últimos tres siglos resultan más que notables.

¿Y dónde está Dudleytown?

Bueno, pese a que ya no existe como tal, sus vestigios se encuentran cerca de Cornwall, Connecticut.

Pero antes de hablar de la propia localidad, primero descubramos más cosas sobre las personas que la fundaron.

En la Inglaterra del siglo XVI vivía un hombre llamado Edmund Dudley que fue ministro del rey Enrique VII y que también ocupó el cargo de presidente del Consejo Real. Dudley no era sólo una persona poderosa, sino también, para su propia desgracia y la de sus seres queridos, traicionera.

Pese a tratarse de un hombre bastante rico, su codicia parecía no tener límites. Malversó fondos de la tesorería real y fue castigado con el más cruel de los destinos: la decapitación.

El 18 de agosto de 1510, un día sofocante en Londres, la cabeza de Edmund Dudley fue separada del resto de su cuerpo por el certero golpe de una reluciente hacha.

Poco después, otros miembros del clan Dudley emigraron al Nuevo Mundo. Uno de los más eminentes fue Thomas Dudley, quien, a pesar del funesto destino de Edmund, llegó a ser vicegobernador de la Compañía de la Bahía de Massachusetts, la prestigiosa e importante entidad que era la fuente real de autoridad política entre los colonos.

Al igual que Edmund, Thomas Dudley sentía una inclinación natural por el poder y la connivencia. Fanático puritano, imponía sus creencias a todas las personas que tenía bajo su control. Thomas Dudley despreciaba a los cuáqueros. Bajo su mando, miembros de esta secta fueron juzgados por varios crímenes y ejecutados con una crueldad que incomodaba incluso a sus peores enemigos. Thomas Dudley dio muestras de ser un paranoico fuera de control.

Según se cuenta, durante esta época, uno de los muchos hombres que Dudley sentenció a muerte no sólo maldijo al vicegobernador, sino también a toda la localidad de Dudleytown, condenándola eternamente.

Tras cuatro mandatos enteros como gobernador, la vida de Thomas Dudley conoció un extraño destino: su cuerpo apareció cosido a machetazos en la zona que más tarde se conocería con el nombre de Dudleytown.

Nunca se descubrió al asesino.

Poco después de este incidente, cuatro hermanos Dudley, todos ellos sobrinos de Thomas, descubrieron un área de tierra salvaje por la que se sintieron extrañamente atraídos.

La primera vez que los hermanos Dudley, Abijah, Bavzillai, Gideon y Abviel, vieron aquel territorio en particular fue mientras regresaban a casa de las sangrientas guerras franco-indias que habían consumido las colonias durante una década.

En 1632 fundaban Dudleytown.

Y las cosas empezaron a ir mal casi desde el principio.

El general Herman Swift, un residente de Dudleytown, se encontraba lejos de casa asesorando a su oficial superior, George Washington, cuando su esposa falleció al ser alcanzada por un rayo. Poco después, el propio general Swift se volvió loco y tuvo que ser internado.

El doctor William Clark se hizo construir una mansión señorial a las afueras de Dudleytown, pero su esposa no tardó mucho tiempo en enloquecer. Según ésta, se sentía continuamente asediada por fantasmas y unas horribles criaturas que parecían ser mitad hombre, mitad bestia.

Mary Cheney se casó con un hombre prominente y juicioso. Su nuevo marido, Horace Greeley, se hizo famoso por su proclama: «¡Ve al oeste, joven, ve al oeste!». Mary no lo dudó un instante. La idea de seguir viviendo en Dudleytown le resultaba aterradora.

Con macabra regularidad, los hombres, mujeres y niños de Dudleytown aparecían asesinados en misteriosas circunstancias: ahogados, quemados, lacerados, envenenados, asfixiados, apaleados..., los ciudadanos de Dudleytown experimentaron todos los tipos de muerte vil y violenta imaginables.

No mucho tiempo después, durante el siglo XIX, la gente empezó a marcharse de Dudleytown.

Los avistamientos de fantasmas eran habituales, al igual que los de las criaturas mitad hombre, mitad bestia que habían hecho enloquecer a antiguos vecinos.

El otrora próspero municipio era entonces un pueblo fantasma, a excepción hecha de una familia obstinada. Un hombre llamado Brophy se burlaba de la idea de que el lugar estuviera maldito y declaró su intención de quedarse.

Entonces su mujer murió como consecuencia de una caída.

Y sus hijos desaparecieron y nunca más se los pudo encontrar.

Y su casa ardió hasta los cimientos.

Una noche lluviosa, Brophy entró precipitadamente en una posada de una localidad vecina mientras murmuraba de forma incoherente acerca de criaturas de pezuñas hendidas.

Fue el último residente de Dudleytown. Cuando él se marchó, no quedó nadie más.



En una historia del escritor de terror H. P. Lovecraft se describe un valle que una vez había sido hermoso y que, repentina e inexplicablemente, aparece devastado: los cultivos muertos, los árboles pelados y enfermos y gran parte de la propia tierra cubierta por una extraña niebla. El canto de los pájaros ya no se escuchaba en las arboladas colinas, y ni siquiera la luz de la luna podía embellecer la tierra carbonizada y desolada.

Era como si la mano invisible de la muerte hubiera pasado por encima del valle, arrebatándole la vida a todo aquello que tocaba.

En los cincuenta años siguientes a la expulsión de los paganos, algo similar sucedió en Dudleytown. De hecho, en 1884 un poeta describió la tierra como «el paisaje lunar que la ciencia actual imagina».

El poeta, que recorrió a caballo aquella tierra extrañamente triste, encontró muy pocas señales de vida natural. Ciertamente, la hierba crecía con un color verde pálido y de las ramas de los árboles apuntaban pequeños brotes, pero lo único que se oía era el sonido del viento solitario y lo único que se veía era el arco de un mirlo ocasional volando en las alturas, temeroso de posarse en aquel valle sin vida.

El poeta desmontó de su caballo y trepó por un peñasco para observar desde lo alto el valle que se extendía a sus pies. Vislumbró los restos de lo que había sido una próspera ciudad: viviendas, dependencias y un molino en mal estado y vacío, con el musgo y el liquen cubriendo la mayor parte de la madera sin pulir.

En el frágil viento, el poeta creyó oír la radiante risa de unos niños un día de verano, y a alegres adultos bailando en la noche. La música del laúd y la lira parecieron llenar abruptamente el valle, y en los campos en barbecho germinaron el maíz, la alfalfa y las judías.

En algún momento, este lugar debió de ser muy feliz, pensó el poeta.

Pero entonces el viento le trajo otros sonidos, una risa oscura más fuerte que cualquier sonido producido por los alegres aldeanos, un murmullo de secretos sólo conocidos por los antiguos dioses paganos cuyo poder se extiende por todo el cosmos.

El poeta tuvo una visión: vio morir a bebés mientras eran amamantados, a hombres en brazos de sus esposas y a inocentes venados dominados por fuerzas invisibles. También vio a hombres azotados por estas mismas fuerzas invisibles.

Los viejos dioses se habían sentido amenazados por los nuevos habitantes cristianos y habían forjado su venganza, provocada por la maldición de los Dudley...

Entonces nadie vivía en aquel lugar.

No crecía nada importante.

Sólo estaba el viento y el sutil olor de la muerte.

Tembloroso, el poeta continuó su camino. Temía que la tenebrosa atmósfera de aquel lugar también le corrompiera a él.



A finales de la década de 1930, justo antes del inicio de la segunda guerra mundial, jóvenes valerosos subían a sus vehículos, con la música *big band* atronando en la radio, y conducían hasta la colina más alta de Dudleytown para besarse con sus novias.

Parte de la emoción, como la mayoría de ellos sabía, consistía en la promesa de dos grandes placeres: el sexo y el absoluto terror.

Incluso el valiente capitán del equipo de fútbol se asustó tanto una noche que saltó de su descapotable y corrió hasta la carretera principal, dejando a su joven y airada novia en el coche.

¿Qué vio el capitán del equipo?

¿O en realidad no vio nada?

A nadie le gusta más gastarse bromas a sí mismo y a los demás que un adolescente. Tal vez el capitán de fútbol empezó a contarle una historia a su novia para asustarla y para poder rodearla con sus brazos, antes de asustarse y salir corriendo.

Pero si eso fue lo que ocurrió realmente, debían de contarse muchas historias en las colinas de Dudleytown, porque, a lo largo de los años, el *sheriff* local tuvo que escuchar cientos de historias por parte de jóvenes jadeantes.

Historias sobre criaturas con hocico que aparecían en un remolino de niebla.

Historias sobre gritos ensordecedores que no parecían humanos.

Historias sobre manos anormalmente frías que, de repente, tocaban a las chicas en sus partes púdicas.

Incluso había una historia sobre un chico de diecisiete años que se enfrentaba a algún tipo de monstruo en un profundo barranco adonde había ido para expulsar toda la cerveza que él y su novia habían ingerido. Lo único que pudo contarle al *sheriff* fue que la bestia tenía unos ojos de un rojo intenso y un aliento tan desagradable que el chico había tenido que contener la respiración durante gran parte de la pelea.

Unas manos enormes le arañaron la cara, infligiéndole unos cortes terribles, y después había oído unos pesados pasos corriendo a través de la espesa y sombría maleza.

Poco después del incidente, la familia del chico se mudó a otro lugar sin dejar a nadie su nueva dirección de contacto.



En 1983, el equipo de noticias de una emisora local de televisión tuvo lo que pensó que era una gran idea para Dudleytown. ¿Y si la emisora enviaba a la localidad a un reportero en una noche oscura para hacer un reportaje?

A pesar de las reticencias que provocó la idea, la emisora finalmente dio luz verde al proyecto.

En una noche muy oscura no mucho tiempo después, dos caras furgonetas repletas de material audiovisual subían por la empinada colina que llevaba a la parte más alta de Dudleytown.

Detrás de éstas circulaba un sedán nuevo con una joven y atractiva periodista y su cámara favorito. Una parte del programa consistía en entrevistar a seis estudiantes de parapsicología que habían sido elegidos personalmente por Ed y Lorraine Warren.

Casi todo el personal de la cadena consideraba la experiencia como poco más que un divertimento; al menos antes de llegar a la cima de la colina. Se hicieron muchas bromas relativas a Drácula y Frankenstein, y varios miembros del equipo emitieron aullidos de hombre lobo que, supuestamente, debían resultar en parte aterradores y en parte divertidos.

Cuando llegaron a su destino, las circunstancias cambiaron bruscamente.

La reportera percibió algo en la atmósfera de Dudleytown... El aire tenía una cualidad diferente, una gelidez extraña.

Incluso la oscuridad parecía tener una textura diferente, más *oscura* de lo habitual.

Y había un hedor que resultaba ciertamente inexplicable...

Antes de poder empezar el reportaje, se encontró terriblemente mal y tuvo que regresar al coche sin haber grabado ni un solo minuto de su historia.

Pero tampoco habría importado mucho. La mayor parte del costoso material audiovisual en el interior de las furgonetas, por alguna misteriosa razón, no funcionaba...

¿Qué estaba pasando?

El equipo regresó a las furgonetas y volvió rápidamente por donde había venido.



«Es difícil saber lo que ocurre en Dudleytown —reconoce Lorraine Warren—. Fundamentalmente, es el tipo de mitología que a la gente le gusta fomentar sin ningún motivo concreto. A todos nos gustan las historias de terror, y Dudleytown es el lugar perfecto para inventarlas.

»Pero dejando a un lado el aspecto más frívolo, cuando estás físicamente en la zona, sientes que allí hay algo... distinto. Incluso a plena luz del día, en una hermosa tarde de verano, te das cuenta de que las cosas no terminan de crecer como es debido. Y hay un extraño silencio que lo domina todo. Jamás he conocido un lugar tan *silencioso*.

»No podemos comprobar las historias sobre maldiciones que supuestamente tuvieron lugar en Dudleytown en los inicios de su historia —dice Ed—, pero aunque no hubiera habido fuerzas malignas entonces... es evidente que sí las hay hoy en día».

«Oh, por supuesto —coincide Lorraine—. Hace algunos años, una pandilla de motoristas acudía asiduamente a la colina situada en las proximidades de Dudleytown para llevar a cabo rituales satánicos. De modo que, por entonces, es evidente que el lugar ya estaba infestado de demonios».

Cuando le preguntamos a Ed Warren si pasaría una noche en la montaña, responde:

«Claro que lo haría, siempre y cuando fuera por un buen motivo. Pero me temo que, actualmente, son tantas las personas que han estado usando la montaña que han atraído demasiados problemas. Creo que no aportaríamos nada».

«Lo que yo temo —añade Lorraine— es que, después de tantos rituales satánicos que se han realizado en ese lugar, al final pase algo realmente terrible».

«Lo único que sé —termina Ed— es que se trata de una situación muy habitual: la gente se divierte con este tipo de rituales demoníacos... y termina por provocar terribles situaciones, tanto para ellos como para sus seres queridos».

ARCHIVO DEL CASO

LA AGENTE DE POLICÍA PETRIFICADA

Son muchas las personas que todavía trabajan bajo la falsa impresión de que los fenómenos psíquicos sólo les ocurren a las familias que, de un modo u otro, son «distintas» a la norma. Sin embargo, como demuestra el siguiente estudio, los incidentes sobrenaturales también los sufren las familias más prototípicas, y a veces con resultados aterradores.

Esta historia demuestra que, para la mayoría de la gente, el mundo sobrenatural está mucho más cerca de lo que podríamos llegar a pensar.

—Ed Warren

Abigail Radley era una mujer muy atractiva y madre de seis hijos. La gente siempre se sorprendía cuando les decía que trabajaba de policía. Y no precisamente dirigiendo el tráfico, sino como una auténtica agente.

Abigail, su marido Ted y sus hijos vivían en una vieja casa de madera llena de rincones y recovecos de estilo Nueva Inglaterra en Newtown, Connecticut, la misma localidad en la que su familia había vivido desde hacía décadas. No existía una familia más típica que la de los Radley. Por el día estaban ocupados con el trabajo y la escuela, y las tardes las dedicaban a la preparación de la comida del día siguiente (Abigail), la reparación de vehículos (Ted) o a hacer los deberes y salir con chicos (las hijas).

A pesar de las quejas habituales sobre la vida (no les habría venido mal disponer de algo más de dinero y el tiempo nunca parecía ser suficiente para

terminar todas las tareas cotidianas), podría decirse que la familia Radley era una familia feliz y satisfecha.

De modo que cuando comenzaron los extraños sucesos de aquel otoño, los cogió completamente desprevenidos.

Al echar la vista atrás, Abigail estaba segura de que en lo primero que reparó fue en los sonidos.

Golpeteos.

Desde el primer momento Ted estuvo convencido de que los sonidos respondían a algún tipo de código, como el código morse.

Pero ¿quién se dedicaba a dar golpecitos en las paredes? ¿Y por qué?

Al principio, los Radley no les hicieron mucho caso y consideraron que era algo de lo que no debían preocuparse demasiado. En las casas antiguas eran habituales los crujidos y otros ruidos que no tenían explicación.

Por aquella época, Abigail leyó un artículo sobre Ed y Lorraine Warren. Aunque el artículo le pareció muy interesante, y a pesar de aceptar como ciertas muchas de las cosas que se decían en él, Abigail no lo relacionó con lo que ellos estaban experimentando.

En aquel momento, se habría puesto a reír ante la sugerencia de que una presencia sobrenatural había invadido su vida. Sencillamente no lo habría creído.

Pero eso no era lo único que estaba sucediendo en la vida de Abigail; había algo más que le provocaba cierta ansiedad.

A Abigail le habían ofrecido un puesto en New Hampshire, como jefe de seguridad en un importante hotel. El sueldo era, aproximadamente, tres veces más de lo que estaba cobrando en la Policía. En New Hampshire había escuelas muy buenas y el mercado inmobiliario favorecía la adquisición de viviendas. Ted era partidario de mudarse. Creía que allí también había muy buenas perspectivas de trabajo para él.

¿Qué los detenía, entonces?

Bueno, Abigail era reticente a abandonar una casa que había sido propiedad de la familia desde los años treinta.

Un día estaba convencida de empaquetar y mudarse a Concord y, al día siguiente, la ansiedad le dominaba y decidía que no podían marcharse.

Ted empezó a alarmarse ante la aparente incapacidad de Abigail para decidirse. Normalmente tomaba una decisión y después actuaba en consecuencia. Sin reconsiderar la decisión ni darle demasiadas vueltas.

Simplemente actuaba.

Entonces, ¿por qué no se habían mudado aún a Concord?

Poco después de que comenzaran los golpeteos en las paredes, Abigail empezó a soñar con su abuelo, Edgar Morgan Howell.

A pesar de lo mucho que lo había querido —Abigail había crecido con él—, no había soñado con él de una forma tan vívida desde hacía años.

En los sueños, su abuelo no le decía nada, pero ella tenía la impresión de que estaba profundamente descontento con algo.

¿Pero con qué?

Edgar Morgan Howell había sido un personaje muy respetado y querido en la localidad. Había sido un corpulento hombre que nació en una caravana en mitad de las Badlands^[5], se hizo a la mar con tan sólo catorce años, sirviendo a bordo de barcos balleneros y pesqueros de arrastre, y a los treinta y dos años regresó a EE. UU., donde construyó una magnífica casa familiar con la intención de que se convirtiera en el hogar de los Howell durante generaciones.

Se hizo muy famoso en la localidad cuando anunció, el día en que se terminó de construir la casa, que deseaba que ésta fuera siempre un «puerto en la tormenta» para cualquier miembro de la familia Howell.

Sin embargo, también dijo otra cosa a modo de inauguración de la vivienda que superó incluso a la anterior: «Perseguiré a cualquier Howell que intente abandonar la casa».

Edgar Morgan Howell dedicó su larga vida a criar a su familia, a trabajar en las inmediaciones de la casa y contar historias sobre sus experiencias en el mar.

Fue un hombre muy respetado por la comunidad y, cuando falleció, todo el mundo lamentó sinceramente su pérdida.

En el momento en que Abigail Radley estaba decidiendo si iba a mudarse de la casa familiar, no tenía la menor idea de que la maldición de su abuelo se había hecho realidad. Desconocía que su abuelo la había embrujado.

Abigail no estaba muy segura de dónde provenía la idea. Pero fuera cual fuese su origen, resultó ser de lo más persistente. Abigail se planteó ponerse en contacto con los Warren.

Gracias a un programa de radio, supo que iban a dar una conferencia abierta al público en una universidad cercana.

Abigail se pasó la noche en vela decidiendo si debía ir.

Por un lado, los golpeteos en las paredes habían empeorado. Estaba convencida de que se trataba de algún tipo de código, pero ¿qué tipo y cuál era su propósito?

¿Y quién trataba de comunicarse con ellos?

Por otro lado, Abigail sentía la reticencia típica de los habitantes de Nueva Inglaterra a exhibir públicamente sus problemas personales.

Se convertirían en el centro de los chismorreos.

En el objetivo de bromas.

Si el incidente se hacía público, lo más probable era que se burlaran de toda la familia.

Al amanecer, se quedó dormida.

Cuando el cielo aún tenía un tono perlado, justo antes de que la luz rojiza del sol asomara por entre las densas nubes grises, Abigail creyó oír una voz.

La llamaba por su nombre.

Se revolvió en la cama, se levantó, se puso la bata y se quedó de pie en mitad de la habitación.

Volvió a escuchar los débiles golpeteos en la pared.

¿Qué le estaban diciendo?

Mientras preparaba el desayuno, tomó una decisión.

Iría a ver a los Warren.



La sala donde los Warren daban la conferencia aquella noche estaba abarrotada. Estudiantes y profesores igualmente ansiosos prestaron toda su atención a la pareja, quienes repasaron su trayectoria como demonólogos con la ayuda de diapositivas y cintas de casete.

El entusiasmo podía palparse en el ambiente; la atmósfera era eléctrica.

Abigail se sentó en un asiento de una de las últimas filas.

Cualquier duda que pudiera haber tenido sobre los Warren no tardó en disiparse definitivamente. El matrimonio hablaba de un modo directo y sincero, sin utilizar ninguna expresión excesivamente dramática para referirse a la dimensión sobrenatural.

Pusieron ejemplos que eran a un tiempo alarmantes pero también tranquilizadores; alarmantes porque algunas de sus historias eran aterradoras, y tranquilizadores porque demostraban positivamente que había otra vida más allá de nuestro tiempo en la tierra.

Al finalizar, tanto los estudiantes como los miembros del personal educativo se pusieron en pie para rendir un cálido aplauso a los Warren por la charla de aquella noche.

Lorraine, paseando la mirada por encima de los hombros y cabezas de los alumnos que la rodeaban una vez finalizada la conferencia, reparó en una tímida pero atractiva mujer sentada en la parte posterior de la sala.

Se preguntó quién sería.

Y qué estaba haciendo allí.

Lorraine percibió que la mujer se moría de ganas de hablar con ella, pero que, por alguna razón, tenía miedo de hacerlo.

Finalmente, cuando los estudiantes se dispersaron, la mujer se acercó a Lorraine y se presentó. Le explicó su problema con grandes dificultades.

Lorraine se dio cuenta inmediatamente de que Abigail Radley no era el tipo de mujer que suele explicar sus problemas a los demás, especialmente si los acaba de conocer.

Lorraine le pidió a Ed que se acercara y, durante la siguiente media hora, los tres se dedicaron a charlar. A continuación, Ed y Lorraine aceptaron visitar pronto la casa de los Radley.



Últimamente, Lorraine también había estado teniendo sueños, y uno de ellos resultaba especialmente preocupante: estaba en el interior de un automóvil con el techo muy bajo. El vehículo había recibido un golpe en la parte posterior y Lorraine estaba herida.

No tenía la menor idea de cómo había sucedido.

Ed siempre era el que conducía cuando tenían que ir a alguna parte.

Entonces ¿por qué conducía una mujer? ¿Y de dónde había salido el coche con aquel techo tan bajo?

Lorraine no tardó en hallar una respuesta.

Unos días más tarde, Cindy Lou Boyle, reportera de un periódico local, acompañó a Ed, Lorraine y un fotógrafo psíquico a explorar una casa que supuestamente estaba embrujada.

Cindy y Lorraine siguieron a Ed, quien conducía su propio coche.

A medio camino de su destino, un conductor ebrio golpeó el vehículo en el que viajaban Cindy y Lorraine por la parte de atrás.

Lorraine resultó gravemente herida y fue trasladada al hospital. Entonces comprendió que el sueño había sido profético.

Cuando salió del hospital, Lorraine descubrió dos cosas: que llevaba un collarín ortopédico... y que sus poderes psíquicos habían aumentado.

Las lesiones, como asegurara el psíquico Edgar Cayce, a menudo aumentan las capacidades mentales..., especialmente si la persona ya poseía dones psíquicos con anterioridad.

Lorraine estaba a punto de descubrir lo útil que le iba a resultar su lesión.



Dos días más tarde, durante el trayecto hacia la casa de la familia Radley, Lorraine empezó recibir imágenes psíquicas fugaces en las que aparecía un marinero corpulento y resolutivo de pelo blanco y rasgos exagerados. Supo de inmediato que se trataba de Edgar Morgan Howell, el abuelo de Abigail Radley.

Cuanto más se acercaban a la casa, más vívidas eran las imágenes.
Y aterradoras.



Mientras los Warren se dirigían a la casa, la noche de los Radley discurría con normalidad.

Ted estaba en el garaje, trabajando en un coche. Las chicas estaban o bien en casa o bien en algún lugar de la ciudad. Y el niño pequeño, Indigo, ayudaba a su madre a coser mientras veían la televisión.

Hacia las nueve, Abigail e Indigo, que ya estaban en la cama, oyeron un terrible estruendo.

Tras bajar la escalera precipitadamente, Abigail descubrió que la vajilla que reservaba para las mejores ocasiones, y que había pertenecido a su madre, estaba hecha añicos en el suelo de la cocina.

Regresó al piso superior y, mientras trataba de calmarse, cogió en brazos a Indigo y cerró los ojos. Otro ruido ensordecedor volvió a sobresaltarla.

Medio histérica, Abigail corrió escaleras abajo para comprobar que todo estuviera bien.

Encontró más piezas de la vajilla en el suelo, destrozadas. Y el cuchillo de carnicero clavado profundamente en la pared de madera... como si alguien lo hubiese lanzado con intención de hacer daño.

O de matar.

Indigo empezó a gritar desde el vestíbulo.

Una forma luminosa que recordaba vagamente a un hombre estaba bajando las escaleras.

La forma era casi cegadora a la vista.

Cuando Abigail llegó junto a Indigo, se produjeron más ruidos violentos en otra parte de la casa.

En la sala de estar, un cenicero de latón que había pertenecido a Edgar Morgan Howell surcaba el aire de la estancia rompiendo cosas a su paso.

Incluyendo una fotografía del propio Howell.
Abigail Radley estaba observando un atisbo del infierno.



Cuando llegaron los Warren, los Radley estaban muy nerviosos. Ed y Lorraine intentaron tranquilizarlos hasta donde les resultó posible, y les pidieron que les mostraran dónde se habían producido los desperfectos y que les repitieran exactamente lo que había estado ocurriendo no sólo aquella noche, sino también durante los últimos meses.

Abigail condujo a los Warren a través de la casa. Entonces Lorraine vio la imagen de un manzano y una niña pequeña en un columpio. La niña llevaba calcetines blancos, largas trenzas y cintas de color rosa.

Un hombre alto estaba empujando el columpio.

Lorraine reconoció a Howell.

Mientras Lorraine le relataba la visión a Ed, se sentó en una silla. Ed le preguntó si había algo en la visión que pudiera demostrar que era real.

«Arriba, en el altillo», le dijo una voz a Lorraine.

Los Radley y los Warren subieron al altillo y empezaron a registrar la habitación.

Quince minutos después encontraron una polvorienta caja de zapatos. Al abrirla, encontraron varias fotografías, algunas del propio funeral de Howell y otras que éste había hecho a lo largo de su vida. También había un recorte de periódico de 1937.

Regresaron a la primera planta con la caja y llevaron a cabo una inspección más detallada de ésta.

Por fin, Abigail entendió que los motivos de su abuelo no eran tan siniestros como habían parecido en un principio. Sencillamente, su abuelo estaba tratando de proteger a su familia de lo desconocido, convencido de que nada terrible podía sucederles si se quedaban allí, en la casa familiar.

Abigail, quien ya había decidido aceptar su nuevo empleo, se sintió mucho mejor ante aquella revelación.



Pero el caso no terminó aquí.

Cuando llegaron tarde a su casa aquella misma noche, los Warren fueron al estudio para coger una carta que Ed había recibido por la mañana.

En lugar de ésta, encontraron un obituario sobre el escritorio: el obituario de Howell.

Había sido enviado por medios sobrenaturales para que Ed y Lorraine supieran que, efectivamente, habían contactado con el fantasma del marinero.

«Los Radley —asegura Lorraine— eran una familia muy agradable. Nos alegró ayudarles a que entendieran que el abuelo de Abigail les quería mucho y que los estaba protegiendo.

»Con el tiempo me quitaron el collarín y desaparecieron la mayor parte de las molestias y los dolores. Aunque no perdí ninguno de mis poderes, sí perdí parte de la intensidad que acompañó mis visiones durante aquel período. Sin embargo, no creo que merezca la pena volver a romperme el cuello para recuperarlos».

ARCHIVO DEL CASO

UNA EXPLOSIÓN POLTERGEIST

UNA ENTREVISTA CON ED WARREN

A muchos lectores les sonará la «infestación de la calle Lindley» simplemente porque es uno de los casos poltergeist que han recibido una mayor atención por parte de los medios de comunicación en las últimas décadas.

Tanto a Ed como a mí todavía nos hacen muchas preguntas sobre el caso y las personas que vivían en la casa. Lo que les interesa especialmente es saber qué fue de ellas. Para nosotros, rememorar el caso nos provoca una mezcla de sensaciones. Hay momentos de gran alegría, por supuesto, pero también los hay de un gran dolor.

Independientemente de cuáles sean nuestros sentimientos respecto al caso, lo cierto es que atrajimos a numerosos adeptos a nuestra causa. Y gracias a él reclutamos a varios demonólogos jóvenes y serios que nos ayudaron en nuestras investigaciones.

—Lorraine Warren

P: ¿Cuándo oíste hablar por primera vez de la calle Lindley?

Ed: Nuestra buena amiga Sue se encargaba del seguimiento. No recibimos ningún tipo de información. De hecho, estábamos recuperándonos de una investigación muy intensa y enfrentándonos a algunos problemas personales. Mi madre acababa de fallecer y, como puedes comprender, la echaba a faltar.

Lorraine estaba preparando la casa para recibir a los visitantes. Muchos amigos de mi madre acudían a nuestra casa para un encuentro.

P: ¿Fue entonces cuando llamó Sue?

Ed: Exacto. Sue no es una mujer que se ponga nerviosa fácilmente...

P: Pero aquel día lo estaba.

Ed: (*Sonriendo*). Mucho. La imaginaba dando botes al otro lado de la línea telefónica. Y no la culpo. La gente que dedica su vida a los fenómenos sobrenaturales reza por toparse algún día con un caso tan evidente que incluso convenza al más escéptico. Estamos acostumbrados a recibir el desprecio, la incredulidad y las bromas de los demás acerca de nuestra cordura y nuestros motivos.

P: ¿Y el caso que Sue te describió era uno de esos ejemplos evidentes?

Ed: Completamente. De hecho, no podía pensar en ningún otro caso tan claro en los últimos veinte o treinta años.

P: ¿Qué te describió Sue?

Ed: Bueno, me dijo que en la calle Lindley, en Bridgeport, Connecticut, tanto agentes de Policía como pastores y periodistas habían asegurado presenciar manifestaciones *poltergeists*.

P: ¿Y reconocían abiertamente que habían sido testigos de ese tipo de fenómenos?

Ed: Sí, sí. Sue me aseguró que allí no se hablaba de otra cosa y que teníamos que ir para verlo en persona.

P: Entonces, ¿no te pareció que estuviera exagerando?

Ed: No, en absoluto.

P: ¿Fuisteis para allí enseguida?

Ed: En cuanto pude.

P: ¿Lorraine no te acompañó?

Ed: Ella vino después.

P: ¿Así que fuiste sólo?

Ed: Sí.

P: ¿Estabas emocionado?

Ed: (*Riendo*). Estaba temblando, literalmente. Quería encontrar una situación tan evidente como la que Sue me había descrito. Supongo que también tenía otro motivo para estar agradecido.

P: ¿Y cuál era?

Ed: Cuando sufres una pérdida como la que yo había sufrido, ya sabes, la muerte de mi madre y todo eso, agradeces tener algo en lo que distraerte por un tiempo de la pena.

P: Entiendo.

Ed: Mi madre y yo habíamos estado muy unidos, pero los sucesos de la calle Lindley prometían ofrecerme un respiro.

P: ¿Superaste el límite de velocidad para llegar allí?

Ed: *(Riendo)*. Un poco.

P: ¿Habías estado antes en Bridgeport?

Ed: Sí, muchas veces. Es una ciudad preciosa, como sabes. Pero no estaba preparado en absoluto para lo que me encontré.

P: ¿Qué encontraste?

Ed: Sue me había dicho que me dirigiera al hospital de St. Vicent y eso fue lo que hice. Me dijo que la calle Lindley estaba cerca del hospital y que allí me darían las indicaciones para llegar.

P: ¿Y te las dieron?

Ed: No me hizo falta llegar al hospital.

P: ¿No?

Ed: No. Había tanta gente alrededor de la casa de los Goodin (Gerald y Laura Goodin eran el matrimonio que estaba sufriendo la infestación demoníaca) que no podías pasar de largo ni aunque quisieras.

P: ¿Cuántas personas podía haber?

Ed: Había unos tres coches patrulla, dos vehículos de los bomberos y unas treinta y cinco personas.

No se reunieron unas diez o quince mil personas hasta más o menos el tercer día, cuando el caso apareció en toda la prensa internacional. Al menos mil quinientas personas.

Nunca olvidaré la sensación. Yo estaba subiendo por la colina y allí abajo estaban pululando todas esas personas. Era como si fuera el fin del mundo y aquella pequeña casa fuera el único lugar donde aún quedaba algo de comida.

P: ¿Qué hiciste?

Ed: Obviamente, tuve que aparcar el coche lejos de la casa y después abrirme paso entre la multitud. La gente no dejaba de gritar, berrear y señalar.

La situación era bastante aterradora. Tenías la sensación de que en cualquier momento la multitud podía perder el control.

P: ¿Pasaste miedo?

Ed: Más que miedo, estaba preocupado.

P: ¿Te planteaste volver a casa?

Ed: Supongo que la idea me pasó por la cabeza, sí.

P: ¿Sufriste algún tipo de altercado?

Ed: No. Como he dicho antes, era sólo que todo el mundo estaba muy nervioso y que tenías la sensación de que podía pasar algo. Incluso vi llorar a algunas personas. Me recordó a las historias que se oyen acerca de Lourdes, de cómo la gente rompe a llorar y a gemir cuando alcanzan las aguas. Algo parecido ocurría allí.

P: ¿Cómo conseguiste llegar a la casa?

Ed: Les dije quién era a dos policías y les expliqué que estaba allí por un motivo muy serio. Por suerte me creyeron.

P: ¿Te acompañaron hasta la casa?

Ed: Así es.

P: ¿Y te dejaron entrar?

Ed: Sí, en cuanto supieron quién era.

P: ¿Cómo estaba el interior de la casa?

Ed: Hecho un desastre. No se parecía a nada que hubiera visto antes.

P: ¿Por qué?

Ed: Bueno, cada pocos minutos algo se volcaba o caía o era arrancado de la pared. Llevaba ocurriendo desde hacía algún tiempo, o sea, que puedes hacerte una idea del aspecto que tenía el interior de la casa.

P: ¿Y había testigos de todo esto?

Ed: Oh, ya lo creo. Eso es lo que convertía al caso de la calle Lindley en algo tan extraordinario. Por primera vez, había más de una docena de testigos.

P: ¿Por ejemplo?

Ed: Agentes de Policía, para empezar.

P: ¿Qué hacía allí la policía?

Ed: Bueno, un vecino de los Goodin era oficial de la Policía de Bridgeport. Se llamaba Parrish.

P: ¿Cómo se vio involucrado?

Ed: Un día pasaba por delante de la casa cuando los Goodin le llamaron porque habían oído unos ruidos. Es una casa de una sola planta, de modo que no hay escaleras.

P: ¿Y entró a investigar?

Ed: Exacto.

P: ¿Y qué encontró?

Ed: Bueno, entró en la casa y les dijo a los Goodin que esperaran en el pequeño porche. Parrish fue a la cocina. Allí los ruidos eran aún más claros. Pero no fue eso lo que le sobresaltó.

P: ¿Oyó algo más?

Ed: No, cuando estaba inspeccionando la cocina, vio cómo la nevera se tambaleaba de atrás para adelante y le golpeó en el codo.

P: ¿Y no tuvo ninguna duda de lo que había visto?

Ed: Ninguna.

P: ¿Qué hizo después?

Ed: Bueno, tras registrar la casa en busca de una explicación, consiguió que la Policía de Bridgeport se interesara en el caso. Los Goodin también intentaron que el pastor de su parroquia se involucrara.

P: ¿Y lo consiguieron?

Ed: A la Iglesia Católica no le gusta ningún tipo de publicidad. Desde su punto de vista, el caso era demasiado llamativo.

P: ¿De modo que se negaron a cooperar del todo?

Ed: «Del todo» no. Enviaron a un sacerdote muy amable que bendijo la casa y a sus ocupantes. De hecho, la escena fue muy conmovedora. La familia Goodin y un montón de oficiales uniformados arrodillados frente al sacerdote mientras éste los bendecía.

P: ¿Continuaron los ataques *poltergeist*?

Ed: Sí, claro.

P: ¿Fuiste testigo de alguno de ellos?

Ed: No sólo fui testigo, también lo sufrí.

P: ¿Has dicho que Lorraine fue más tarde?

Ed: Sí, con el padre Fred Garvey, un sacerdote de nuestra localidad que había estudiado en Roma y que era un investigador. Por entonces estaba dando un curso sobre ocultismo y parapsicología.

P: ¿Qué pensaron de lo que vieron?

Ed: En primer lugar, cuando llegaron, la multitud que rodeaba la casa era aún más numerosa. Según algunas fuentes, eran unas diez mil personas.

P: ¿Había prensa de otros países?

Ed: Sí, para entonces ya estaban allí las tres grandes cadenas estadounidenses, además de periodistas de prácticamente todos los países del mundo. Fue la noticia más importante durante las siguientes cuarenta y ocho horas.

P: ¿Se habían tranquilizado las cosas en el interior de la casa?

Ed: Hasta cierto punto; el padre Garvey evaluó la situación y, después de comunicarnos sus impresiones, decidió pasar algún tiempo con la hija de nueve años de los Goodin.

P: ¿Descubrió algo especial en la niña?

Ed: Bueno, en este tipo de investigaciones siempre se busca un conducto, un medio por el que los demonios entran en los hogares. Y a menudo recurren a los niños.

P: ¿Creía el padre Garvey que los demonios habían utilizado a la niña?

Ed: Es posible.

P: ¿Había experimentado algún cambio?

Ed: Los Goodin habían perdido a su único hijo. Había fallecido de un modo horrible cuando aún era muy pequeño. Tras su muerte, adoptaron a aquella niña nativa del Canadá. Aunque desde el primer momento la quisieron muchísimo, debían admitir que habían tenido algunos problemas.

En la escuela, por ejemplo, algunos niños se metían con ella y la insultaban. Como resultado de eso, se aisló de los demás. Supongo que pudo haber desarrollado una gran fantasía, como suele ocurrirles a los niños solitarios. En casa parecía una niña feliz, pero fuera de ella los problemas de adaptación continuaban.

P: ¿Participó la niña en alguno de los sucesos que tuvieron lugar durante esas cuarenta y ocho horas?

Ed: Los Goodin nos contaron una extraña historia sobre su gato. El animal se llamaba Sam y, aparentemente, sabía hablar. Al menos ésa era la impresión que daba. Cuando estabas en la misma habitación con Sam, oías una voz y, al bajar la mirada, la única fuente posible de la voz era él. Bueno, como el padre Garvey había estudiado en la Universidad Pontificia de Roma

y era un experto en demonología, no era la primera vez que oía hablar de un gato con semejantes habilidades. Por eso decidió entrevistar a la niña.

P: ¿Oyó hablar al gato?

Ed: El padre Garvey descubrió que los Goodin estaban siendo víctimas de un «ataque *poltergeist*». El problema no era que el gato hablara o que cantara villancicos; el problema eran los demonios que trataban de poner nerviosas a las personas haciéndoles creer que el gato hablaba.

P: ¿No había pasado algo antes con la profesora particular de la niña?

Ed: Sí. Algún tiempo atrás, los Goodin pensaron que sería buena idea contratar a una profesora particular para su hija. Una mujer muy agradable empezó a darle clases a la niña. Un día los padres oyeron una serie de maldiciones y juramentos procedentes del otro lado de la puerta. La voz exigía que abrieran la puerta. Cuando la abrieron, sólo vieron al gato. Comprobaron todos los rincones para asegurarse de que no había nadie escondido, pero no encontraron nada. La única fuente posible del sonido era Sam, el gato. No hace falta decir que la profesora se asustó muchísimo. A los Goodin les costó mucho persuadirla de que volviera.

P: ¿Y lo hizo?

Ed: Creo que no. Esto sucedió más o menos cuando empezaron a pasarles cosas muy extrañas a los Goodin de manera habitual. Es algo que la gente percibe, siente y de lo cual intenta mantenerse alejada.

P: ¿Cuándo comprendieron los Goodin que lo que les sucedía tenía un origen sobrenatural?

Ed: No estoy seguro de qué incidente fue el que lo desencadenó todo, pero es evidente que uno de los más aterradores sucedió en la cocina.

P: ¿El incidente tuvo lugar poco antes de que llamaran a la policía?

Ed: Sí, esto ocurrió un sábado por la noche y a Ed le llamaron al día siguiente.

P: ¿Qué pasó?

Ed: Laura Goodin estaba en los fogones preparando la cena. Su marido y su hija estaban sentados a la mesa. Los Goodin tienen un gran aparato de televisión en la cocina, justo al lado de los fogones, para ver las noticias mientras cenan. De repente, el pesado televisor se levantó mediante una fuerza que los Goodin son incapaces de determinar y cayó sobre el pie de Laura.

P: ¿Resultó herida?

Ed: Se fracturó dos dedos.

P: ¿Y qué hicieron ellos?

Ed: No estaban muy seguros. En este tipo de circunstancias la gente tiene miedo de actuar.

P: ¿Tenían miedo de que la gente creyera que estaban locos?

Ed: O de que tenían algún propósito oculto; como si lo hubieran hecho por alguna razón personal.

P: Las personas que se encuentran en situaciones como ésta, ¿adónde pueden acudir?

Ed: (*Riendo*). Bueno, siempre pueden ponerse en contacto con Lorraine o conmigo.

P: ¿Puede resultar útil acudir a una iglesia o a una parroquia?

Ed: A veces. Aunque debo decir que el clero suele mostrarse bastante escéptico. Y, en ocasiones, incluso cruel. No estoy diciendo que todos los clérigos sean así, ni siquiera la mayoría de ellos, pero creo que la gente debe estar advertida de antemano.

De vez en cuando te encontrarás con sacerdotes, pastores y rabinos que te rechazarán de inmediato cuando saques a colación algún tema sobrenatural.

P: Pero el día que el padre Garvey entrevistó a la niña, ¿no fue hostil con ella?

Ed: No, en absoluto. Quería saber qué estaba pasando en la casa.

P: ¿Y qué descubrió?

Ed: Bueno, volvemos a estar ante un caso clásico. Los niños con problemas atraen a los demonios.

P: ¿Y te pareció que la niña tenía problemas?

Ed: Por supuesto. Para empezar estaba la situación que debía de vivir en el colegio. Ya sabes, a pesar de nuestra supuesta tolerancia, aún tenemos dificultades para aceptar a los extranjeros como nuestros vecinos. Con ella fue algo tan sencillo como eso.

P: ¿Pero la niña no invitó a los demonios a su vida?

Ed: Oh, no, no, para nada. Simplemente pudo haber sido el conducto.

P: ¿Pudo haber sido?

Ed: No tuvimos tiempo de hacer todas las comprobaciones necesarias; fueron cuarenta y ocho horas muy caóticas.

P: De modo que, incluso después de que el padre Garvey hablara con la niña, siguieron produciéndose sucesos extraños.

Ed: Bueno, por poner un ejemplo, Lorraine sufrió una grave quemadura en una mano mientras estaba tranquilamente sentada en una silla. Pocas veces he visto a Lorraine quejarse tanto de dolor. Fue una quemadura psíquica; con eso quiero decir que se la infligió un demonio. (*Sonríe*). Y también hubo un incidente bastante gracioso. Había una mesa que, de vez en cuando, empezaba a flotar. Surcaba el aire de la habitación y después volvía a posarse en el suelo. Yo estaba de pie en la habitación donde estaba la mesa cuando vi venir a una mujer desde la cocina con una jarra de café en la mano. Obviamente pretendía dejar la jarra sobre la mesa. La detuve justo a tiempo de que lo hiciera. Y justo en ese momento la mesa se elevó del suelo y empezó a girar en el aire. Si la mujer hubiera dejado la jarra sobre la mesa, nos habría rociado a todos con café ardiendo. Es algo normal en situaciones como ésta; a veces hay momentos muy cómicos.

P: ¿Cómo se comportó la policía durante los incidentes?

Ed: A lo largo de los años, hemos trabajado con oficiales muy profesionales y con ganas de cooperar, pero creo que nunca he conocido a un grupo que demostrara tanta resistencia como aquél. Pese a estar fascinados y un poco asustados por lo que estaba pasando, se mantuvieron en su puesto, ayudándonos en todo lo que pudieron.

P: ¿De modo que participaron directamente en algunos de los sucesos?

Ed: Por supuesto. Por ejemplo, fueron testigos de cómo los televisores se elevaban de las mesas y se posaban suavemente en el suelo. Lo hacían de tal modo que no se rompían, sino que seguían golpeando contra el suelo sin sufrir ningún daño.

P: ¿Cuántas personas se habían reunido por entonces en el exterior de la casa?

Ed: Según las estimaciones de la prensa mundial, la multitud superaba en aquel momento las diez mil personas. La historia que pareció entusiasmarlos más, y que atrajo a aún más personas a la zona, fue la de la explosión del crucifijo.

P: Eso pasó el segundo día, ¿verdad?

Ed: En realidad, pasó ambos días. La gente de todo el mundo percibió su significado. Cuando te detienes a reflexionar, te das cuenta de que es el peor acto de profanación. El cuerpo de Cristo en la cruz, que representa el momento exacto en que murió por nuestros pecados, y de repente estalla. Es obvio que las fuerzas demoníacas nos están diciendo algo.

P: ¿Qué crees que nos están diciendo?

Ed: Que quieren que impere el caos. (*Inclinándose hacia delante*). Verás, hay dos fuerzas primarias que operan en el cosmos: el caos y el orden. El caos es enfermedad, locura, sufrimiento, odio, guerra. Esas son sólo algunas de las cosas que inspira el caos. El orden es amor, compasión, creatividad, optimismo. Los aspectos que Jesucristo inspiró en todos nosotros. El caos pretende destruir los buenos impulsos humanos y reemplazarlos por... Bueno, piensa en una región como Oriente Medio. El caos impera por todas partes, y ha sido así incluso desde antes del tiempo de Jesús. Eso es lo que sucede cuando no nos aferramos a nuestras creencias, cuando permitimos que nuestros impulsos más oscuros nos dominen.

P: ¿Y asististe a todo esto en casa de los Goodin?

Ed: Por supuesto. Por ejemplo, el segundo día vino un seminarista y dirigió a la familia durante el rezo del rosario. Algunos miembros de la familia Goodin se unieron al rezo. Fue un momento muy religioso y emotivo. Sin embargo, cuando el seminarista estaba terminando, apareció una forma oscura que le golpeó. Evidentemente, el seminarista sabía qué era aquella forma brumosa y oscura, por lo que cogió a la niña en brazos y la sacó de la casa.

P: ¿La puso a salvo?

Ed: La forma le siguió mientras corría hacia la casa del vecino de al lado.

P: ¿Pero la eludió?

Ed: Sí. Estaba alterado, como la niña, por supuesto, pero continuó corriendo hasta la casa de al lado y empezó a golpear la puerta.

P: Y en casa de los Goodin...

Ed: Allí continuaba la peor explosión *poltergeist* que hemos visto jamás.

P: Los objetos volaban por todas partes...

Ed: ...y los muebles estaban boca abajo...

P: ...y se daban golpes en las paredes...

Ed: ...y se oían voces en armarios y pasillo y... (*Sacudiendo la cabeza*). Repito, nunca he visto algo parecido.

P: ¿Cómo lo llevaban los Goodin?

Ed: Teniendo esto en cuenta, bastante bien.

P: ¿Cómo lo llevabais tú y Lorraine?

Ed: Como he dicho, acabábamos de perder a un familiar, así que estábamos muy cansados emocionalmente. Al final del segundo día, necesitábamos recuperar un poco la normalidad.

P: ¿A qué te refieres con eso?

Ed: (*Riendo*). Quiero decir darse una ducha, comer, ponerse ropa limpia, ese tipo de cosas.

P: Así que volvisteis a la normalidad, como dices, y...

Ed: ... y sonó el teléfono.

P: Era el padre Garvey, ¿verdad?

Ed: Así es.

P: ¿Y qué os dijo?

Ed: (*Suspirando*). Nos dijo que el comisario de Bridgeport había calificado de engaño el incidente de la calle Lindley.

P: ¿Cómo puede ser que dijera algo así cuando había tantos testigos, entre ellos, sus propios hombres, que podían testificar?

Ed: Nunca hemos estado seguros del todo. La policía puede hacer cualquier cosa en nombre de la ley y el orden. Al parecer, la mayor parte de la culpa se la llevó la niña. Según el comisario, era la que estaba detrás del engaño.

P: ¿Y los Goodin aceptaron la explicación?

Ed: En realidad, no. No creían que su hija fuera la responsable del incidente, pero tampoco aceptaron sus causas sobrenaturales. De poco sirvió haber presenciado un milagro: después de todas las pruebas irrefutables de la existencia de otras dimensiones a las que hemos dedicado nuestras vidas y, al final, se niega todo.

P: ¿Y no sabéis por qué?

Ed: (*Suspirando*). Supongo que por los motivos habituales.

P: ¿Y cuáles son esos motivos?

Ed: La mayoría de la gente no quiere enfrentarse a lo sobrenatural. Es algo que siempre me ha parecido muy extraño. Somos una nación que parece

creer firmemente en algún tipo de vida más allá de la muerte y, sin embargo, nos negamos a creer que esa vida pueda afectar a nuestra existencia actual.

Tenemos evidencias de otra dimensión, de lo sobrenatural, por utilizar un término más amplio, y hacemos todo lo posible por negarla. Mucha gente se siente incómoda cuando tocas el tema, pero esas mismas personas van a la iglesia todos los domingos y rezan a un Dios que ninguno de ellos ha visto nunca y con el que jamás han hablado.

Si somos capaces de imaginar y creer en una divinidad, ¿por qué nos resulta tan difícil aceptar su opuesto..., la dimensión de la oscuridad?

P: ¿Habéis mantenido el contacto con los Goodin?

Ed: No.

P: ¿Y con el padre Garvey?

Ed: Oh, por supuesto. Hablamos mucho con él. Y seguimos colaborando.

P: Al analizar en perspectiva el caso de la calle Lindley, ¿te arrepientes de algo?

Ed: Supongo que sí. Verás, habría sido bueno disponer de nuestros propios testigos independientes. Personas que pudieran dar testimonio irrefutable de lo que sucedió allí durante aquellos dos días.

P: Pareces molesto.

Ed: (*Suspirando*). Es que creo que perdimos una gran oportunidad. Afortunadamente, sacamos algo positivo del incidente.

P: ¿El qué?

Ed: Documentación independiente de varios oficiales de la Policía que estuvieron en la casa y presenciaron la mayoría de los incidentes.

P: ¿Tenéis sus versiones escritas del caso?

Ed: Así es. Y creemos que validan nuestra versión de los hechos.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Como ahora ya sabes, nuestras investigaciones de fenómenos psíquicos y sobrenaturales nos han llevado por todo el mundo. Por diversos mundos, de hecho, si tenemos en cuenta la naturaleza de nuestro trabajo.

A aquellos de vosotros que habéis sido testigos de fenómenos inquietantes, os instamos a no tener miedo. Poneos en contacto con algún demonólogo acreditado. O hablad con algún miembro del clero que se muestre receptivo.

Pero, sobre todo, no perdáis la fe.

Durante todos estos años como demonólogos hemos aprendido que la fe es el arma más poderosa en la lucha contra las fuerzas oscuras. Sin fe, se reduce la esperanza de poder soportar las tentaciones y aflicciones que los demonios suelen infligir a los seres humanos.

A lo largo del libro han aparecido muchas tipologías distintas de ser humano enfrentándose al mundo sobrenatural. En algunos casos, como en la historia de West Point, los demonios eran relativamente benignos.

Pero cuando pienso en la joven que terminó en un hospital psiquiátrico, o en los aterrorizados lugareños que entraron en contacto con Bigfoot, comprendes que muchos incidentes sobrenaturales no son en absoluto benignos sino peligrosos y, de vez en cuando, incluso fatales.

Fe.

Es la única solución.

Si actualmente le estás dando vueltas a alguna situación de tu propia vida, pequeños pero preocupantes sucesos que parecen presagiar un encuentro con las fuerzas oscuras, aprende todo lo que puedas sobre la dimensión sobrenatural.

Busca libros que ofrezcan consejos útiles sobre el tema, no sólo sensacionalismo e histeria.

Lorraine y yo continuaremos llevando nuestro mensaje a todos los rincones del planeta. Durante el próximo año, visitaremos muchos lugares en

los que nunca hemos estado.

Con nosotros, llevaremos la buena voluntad, la sinceridad y la profunda fe religiosa que muchos de vosotros nos habéis ofrecido a lo largo de estos años.

Aunque a veces nuestras vidas son aterradoras, también son gratificantes porque muchos de vosotros nos habéis ofrecido la oportunidad de ayudaros. Gracias a la eterna voluntad de Dios, comprendemos de un modo más maduro y sofisticado lo que está pasando realmente en este planeta que llamamos Tierra.

—Ed Warren



Ed y Lorraine Warren tuvieron experiencias sobrenaturales durante su infancia y juventud en Connecticut. Se hicieron novios en el instituto y, el día de su decimoséptimo cumpleaños, Ed se alistó en la Marina para luchar en la Segunda Guerra Mundial. Unos meses después, su barco se hundió en el Atlántico Norte y él fue uno de los pocos supervivientes. Ed y Lorraine se casaron y tuvieron una hija. En 1952, crearon la Sociedad de Investigación Psíquica de Nueva Inglaterra, el grupo de cazadores de fantasmas más antiguo de Nueva Inglaterra. Desde Amityville hasta Tokio, han participado en miles de investigaciones y exorcismos sancionados por la Iglesia en todo el mundo. Han dedicado su vida y sus extraordinarios talentos a enseñar a otras personas y a luchar contra las fuerzas diabólicas cuando se requieren sus servicios. Ed y Lorraine Warren también han escrito *El cementerio* y *Cazadores de fantasmas*.

Robert David Chase trabaja para diversas revistas y ha publicado tres novelas hasta la fecha.

Notas

[1] El cobertizo de los perritos calientes. (N. del T.). <<

[2] El antiguo ático.(N. del T.). <<

[3] Cadena estadounidense de grandes almacenes. (N. del T.). <<

[4] Programa de televisión estadounidense que se emitió principalmente en los años sesenta y setenta. (N. del T.). <<

[5] Región yerma situada en los estados de Nebraska y Dakota del Sur. (N. del T.). <<